



BUZO
DE LOS SUFRAGIOS
ELECTORAL
PARA PERENCIO

POR
REFERENCIO

PRECIO
40
CTVS

Variedades

CONTRIBUCION A LA ENCUESTA ELECTORAL

Fórmula que proponemos para hacer las elecciones con la nueva orientación electoral que se impone

RASGOS Y RASGUÑOS

Por CHALLE

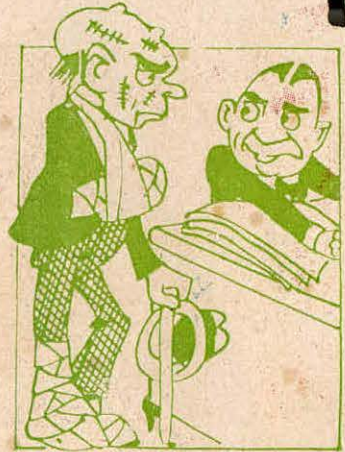


—¿Cuántas veces te has puesto ese vestido?
 —Una vez.
 —Pues no lo parece.
 —Es que mi abuelo lo usó diez años.



ELLA.—Parece que yo fuera una carga para tí!

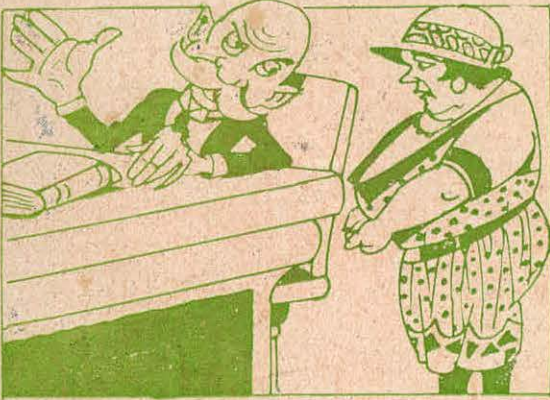
EL.—Hija, algo pesas!...



EN EL REGISTRO CIVIL

—¿Es Ud. casado?

—No lo está Ud. viendo.



—Dice Ud. que vivió feliz con su marido hasta que la golpeó?

—Sí, señor Juez.

—Y cuándo la golpeó?

—Al salir de la iglesia.



—Yo nada más que en los dientes conozco la edad de los pollos.

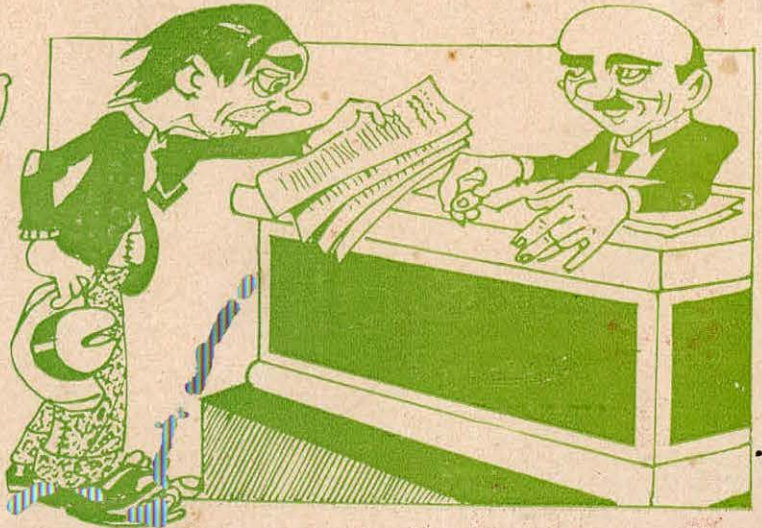
—¡Pero si los pollos no tienen dientes!

—Ellos no; pero yo sí.



—¡Dos horas para traer un jarro de agua! Seguramente que te has entretenido hebiendo en el camino.

—No, mujer, no. Fíjate que no falta ni una gota.



—Si no me acepta Ud. estas cuartillas en su periódico, voy a morir de hambre, señor Director...

—¿Y qué es? ¿Un artículo?

—Ya ve Ud., un artículo de primera necesidad.



VARIEDADES

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA



CASA EDITORA M. MORAL Y LA CRÓNICA - "VARIEDADES" S. A.

Director: Clemente Palma

Gerente: Enrique Rivero Tremouille

U. N. M. S. M.
BIBLIOTECA CENTRAL
HEMEROTECA
FONDO ANTIGUO

DE JUEVES A DOMINGO

Todo parece indicar que el país se encamina con paso resuelto a la normalidad institucional. Por lo menos parece que la Junta de Gobierno procura llenar su difícil encargo con toda la discreción y acierto que se le puede exigir, y si no fuera porque aun subsiste el régimen de la suspensión de las garantías individuales, el estado de sitio, previsoriamente sostenido para reprimir sin mayores trámites cualquier atentado contra el orden público, y si no fuera porque perdura el régimen de las prisiones ordenadas directamente por la autoridad política a nombre de motivos que se reserva, podríamos decir que, en orden al desenvolvimiento hecho de las libertades públicas, vivimos con esta Junta de Gobierno en el mejor de los mundos. Desgraciadamente, exigencias de previsión, contempladas con un poco de exageración, obligan a la Junta a no dar todavía los pasos necesarios para poner el país a tono con el sano concepto de la democracia; pero no dudamos de que pronto, a fines del mes probablemente, si la paz pública no es turbada con nuevas aventuras comunistas, militares o políticas, se producirán los decretos-leyes destinados a situar el espíritu público en el diapason y condiciones necesarias para que lleguen a realizarse los propósitos de reconstrucción del orden constitucional.

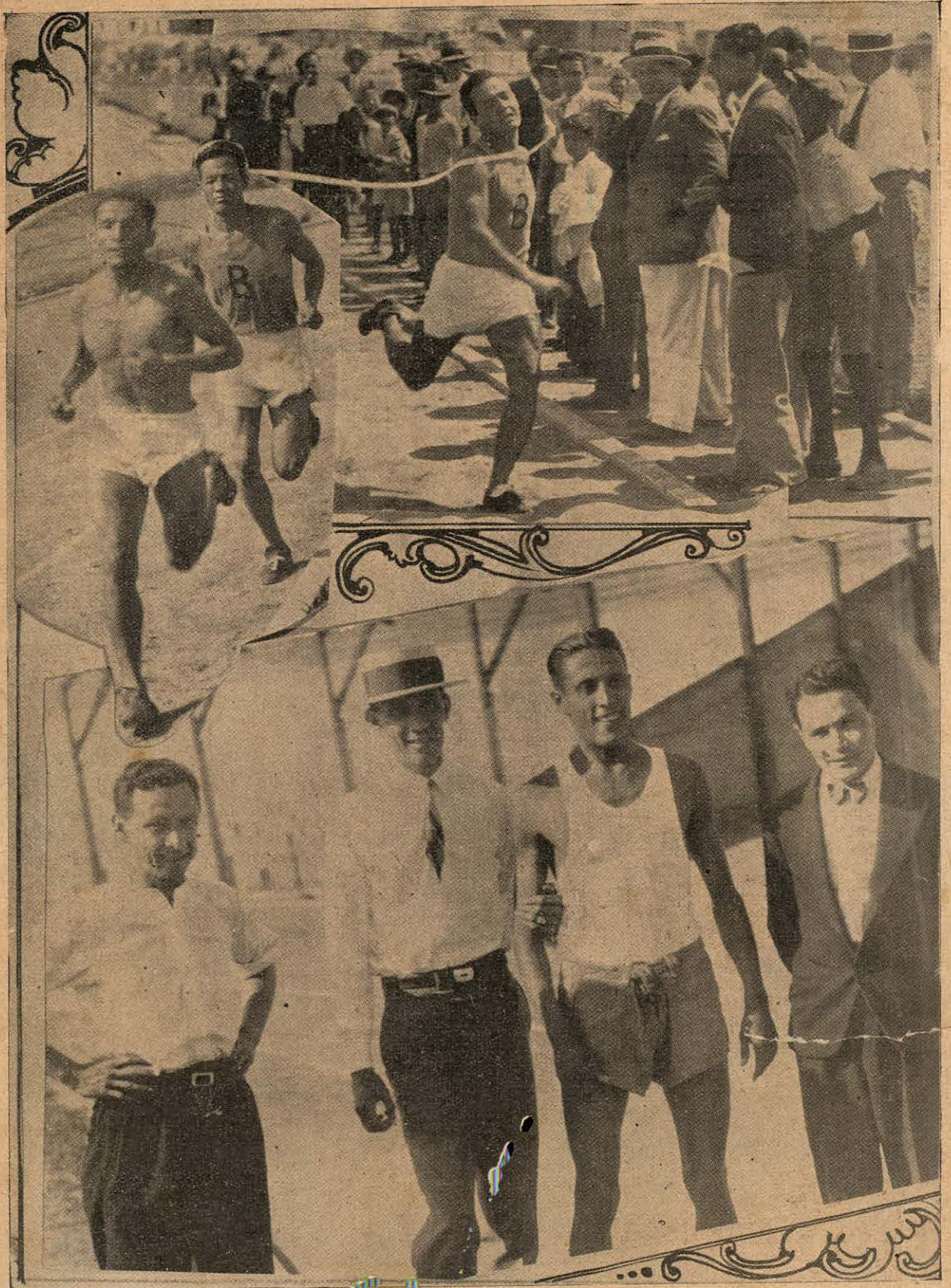
El 28 del presente, entendemos que caducará el plazo de actuación del famoso Tribunal de Sanción Nacional, y que, por consiguiente, serán puestos en libertad todos los ciudadanos a los que, a título de estar sometidos al juzgamiento depurador de responsabilidades, se tiene privados de ella en la Isla de San Lorenzo y en otros lugares de detención. Cierto es que, según mañosas transformaciones operadas por la cudería de los vocales que formaban parte de ese tribunal, se ha echado la pluma a los tribunales comunes, para que éstos sean los que condenen; pero el caso es que como las prisiones no han sido ordenadas por el Tribunal de Sanción sino por la autoridad política, graciosamente coadyuvante en la obra depuradora, terminada la función de ese tribunal, no podría, sino por acto de arbitrariedad, prolongar por más

tiempo esas prisiones. Nada hay dentro de la ideología patriótica que inspira a la Junta de Gobierno, no pueden suponerse arbitrariedades que estarían en contradicción con sus propósitos de plasmar en su actuación la voluntad de afirmar el espíritu democrático y el reinado inmediato del régimen constitucional.

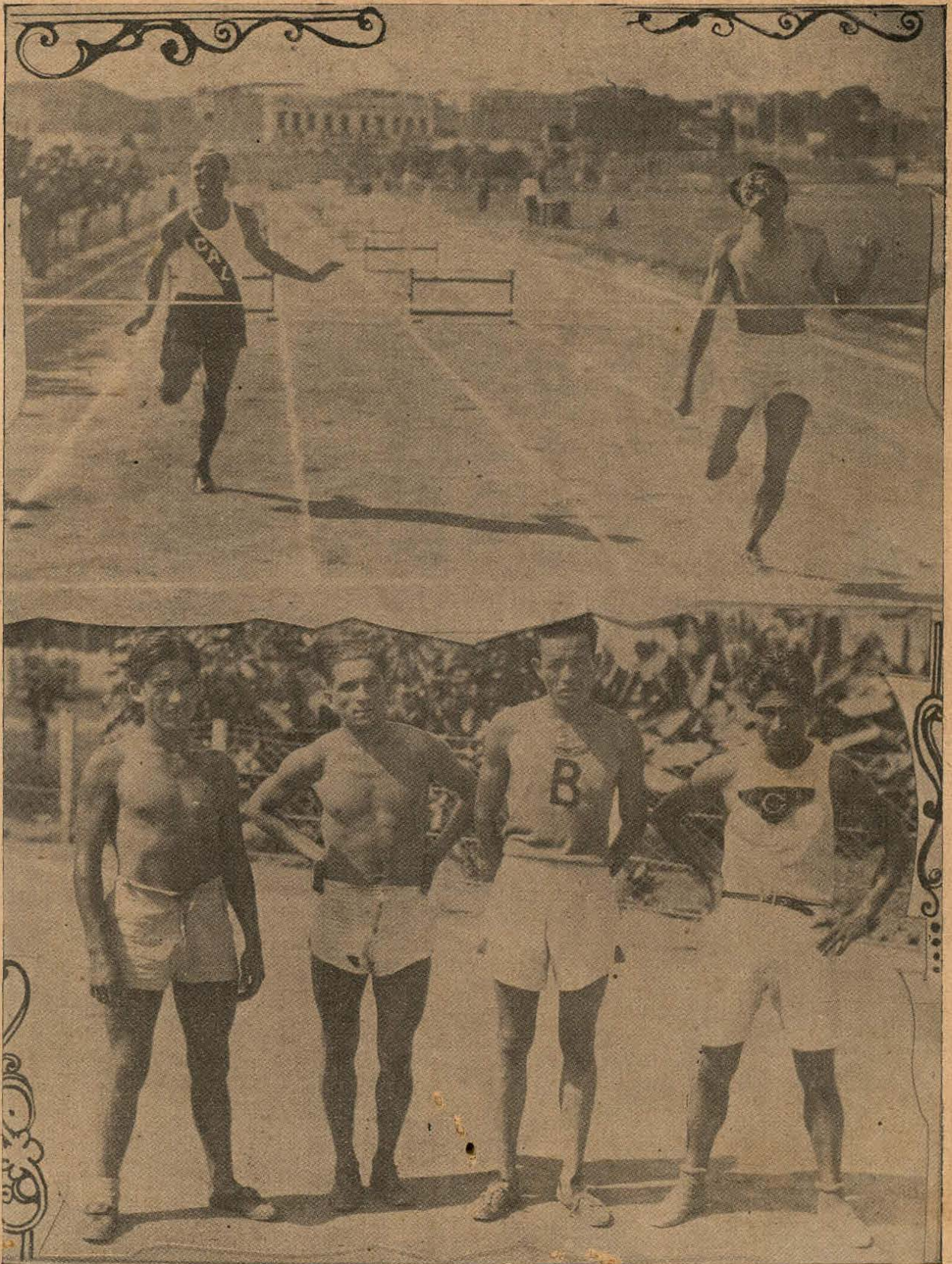
En estos momentos, probablemente, estará entregado a la Junta de Gobierno el anteproyecto de legislación electoral, consagrando el voto obligatorio y secreto y la representación de las minorías y esbozando el procedimiento que debe emplearse para que cumpla la trascendental reforma de nuestros métodos electorales. Entendemos que es intención del gobierno someter este esbozo al análisis de las gentes interesadas en el asunto, es decir, de todos los peruanos. Como la cosa apremia, y no es de suponer que, a título de darse una ley óptima, se dilate el estudio del asunto por mucho tiempo, hay que creer que después de una semana o diez días de debate, acogerá el gobierno las indicaciones que sean más sensatas y que pocos días después, saldrá, flamante y listo, para su ejecución, el decreto-ley convocando a elecciones en el plazo de tres meses, tiempo suficiente para que se hagan las inscripciones en el Registro Electoral. (si es que se adopta el sistema de Registros), los partidos organicen sus trabajos de propaganda y concentración, se nombren las Juntas controladoras, etc. Se anda diciendo, y no sabemos con qué fundamento, que se está pensando no dar inmediata aplicación política al decreto-ley electoral que se dice, porque la prudencia aconseja — como cuando se adquiere una máquina nueva o se adopta un sistema nuevo de locomoción, — el practicar un ensayo que ponga de manifiesto los defectos que en la práctica pueda ofrecer la ley electoral nueva, a fin de corregirlos inmediatamente y poder entregar, para la más perfecta aplicación de los ciudadanos, el mecanismo perfecto. Este ensayo consistiría en aplicar, por primera providencia, la nueva ley electoral en la designación de los Concejos Municipales. En verdad que, si tal rumor tuviera base efectiva, juzgaríamos que ello sería un

error, porque no creemos que la ley electoral política sea idéntica a la ley electoral municipal. No es lo mismo elegir regidores edilicios que representantes de un Congreso Constituyente y mandatario de la República. Se nos dirá que tratándose de una nueva forma de sufragación general, que modifica radicalmente el antiguo sistema, precisa la percepción de sus inconvenientes prácticos. Pero, pensamos, que esos inconvenientes no se pueden remediar con una ligera observación de un ensayo que, posiblemente, no acusará los verdaderos defectos, los cuales sólo pueden perechirse después de varias aplicaciones. La corrección de los defectos no se conseguirá con el empleo preliminar de la ley en la designación de municipales, porque ni el interés nacional, ni la pasión política ni la entidad de la función, crean la intensidad de actividades mañosas y la búsqueda de argucias y maniobras contra las cuales deba precaverse el sentido democrático del procedimiento. El perfeccionamiento de la ley es obra del tiempo y de la cultura ciudadana, y es tanto ensayar, porque el ensayo no hará otra cosa que aplazar por mayor tiempo el regreso a la constitucionalidad. Y este aplazamiento, cuya urgencia no se ve, podría tener interpretaciones que desmedirían el sentido noble y patriótico que tiene la administración provisoria de la actual Junta de Gobierno, que hasta ahora no ha dado sino pruebas de una alta comprensión de los anhelos de paz, de orden y democracia que quiere el país se cumplan, después de una etapa dolorosa y prolongada de dictaduras, cuartelazos, conspiraciones y desenvolvimiento de pasiones desquiciadoras que, si dejaran por más tiempo la nación al margen de la constitucionalidad, no le ofrecerían más expectativas que las siniestras del caos y la anarquía. La Junta de Gobierno, formada por hombres íntegros, inteligentes y enérgicos, no puede tener otro empeño que el de cumplir su ofrecimiento de colocar la nación dentro de cauces normales para que ella haga buen uso de la salud con que el esfuerzo de buena voluntad y patriotismo le obsequiaran en horas amargas de locura y desconcierto.

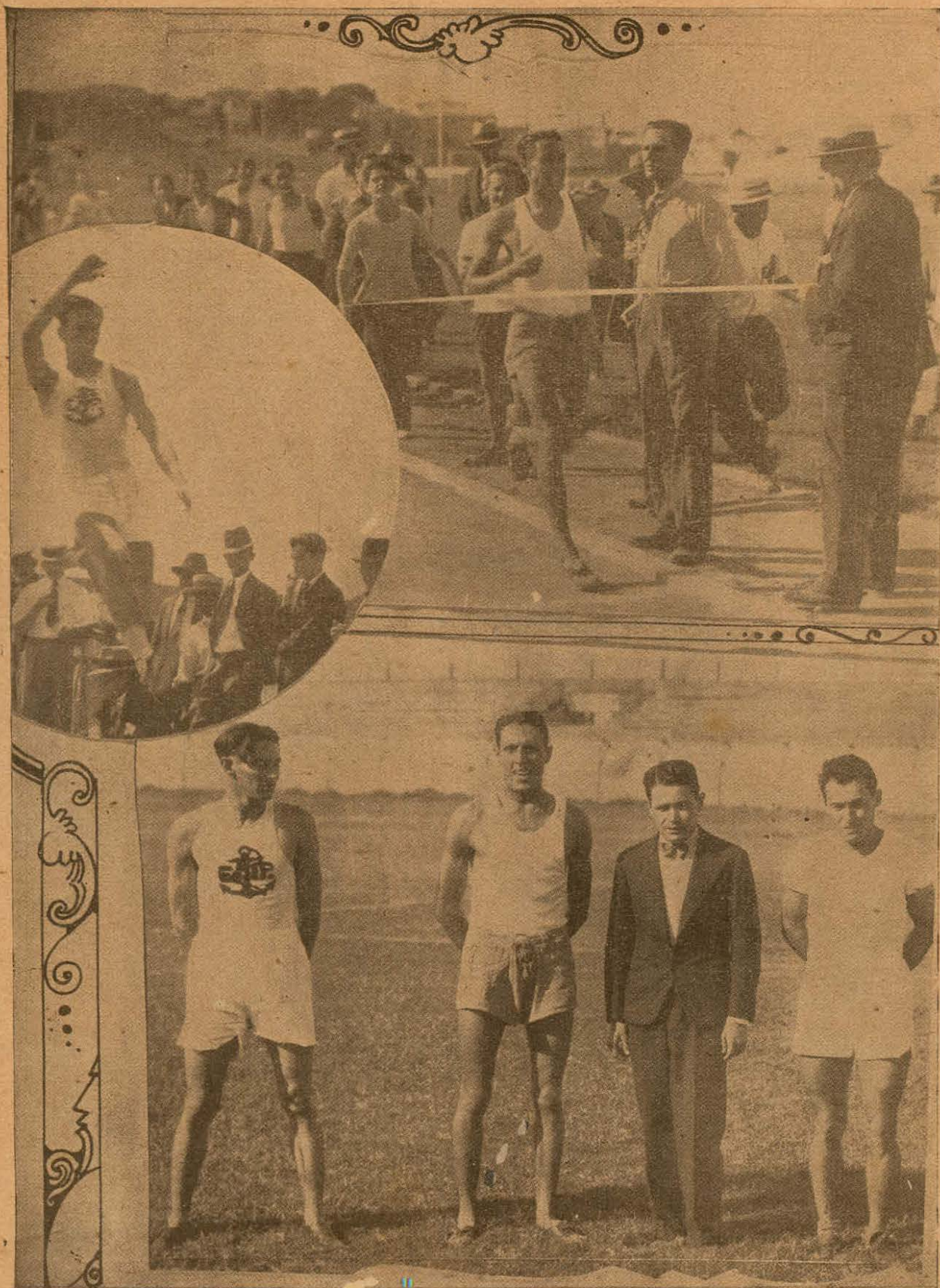
DE ATLETISMO



Nárvaez se clasifica recordman de los 800 metros con el tiempo de 1'59" — Dante Capella en el salto largo en el que no lograra descollar — Un grupo de atletas con el entrenador de la concentración: Dr. Vargas



Gálvez llega a la meta haciendo gran esfuerzo después de batir a Gómez Sánchez — Los atletas que intervinieron en la carrera de 5,000 metros



Felipe Bozzo, nuestro buen sprinter, llegando a la meta en el último tramo de las postas de 4 por 100 — Fariás y Lindo en plena carrera de los 5,000 — El señor Cintrom, Presidente de la Federación de Atletismo y el doctor Vargas, acompañan al recordman Nár vaze después de su excelente prueba



A CREDITO por PEDRO VALDAGNE

Entre Raimundo Jorel y Marcelina Perrandeu existía una diferencia de edad bastante grande. Raimundo Jorel tenía treinta y siete años y Marcelina veinte; pero se amaban apasionadamente. El, rico industrial, poseía el sentimiento de su superioridad social, mucha ternura y un caballeresco deseo de protección; ella, vendedora en casa de Jeanne Filón, la célebre modista de la plaza Vendome, albergaba una ternura igualmente sincera, un poco de timidez y el temor de desagradar a un amigo que era encantador y bien digno de su cariño. Raimundo Jorel no sintió de repente la fuerza de atracción que debía unirle a la pequeña Marcelina; sólo poco a poco fué descubriendo en la modesta joven una profunda honestidad y

un corazón de oro.

¡Cuántas otras mujeres, en su mundo, no valían lo que aquella empleadita franca y espontánea en su amor, orgullosa de quererlo sin hipocresías y, además, tan linda y tan juvenil!

“¡Qué lástima—pensaba a menudo Raimundo Jorel—no poder casarme con una criatura tan sencilla y deliciosa! ¡No puedo! La sociedad me lo prohíbe ¡Y si decidiera casarme quién sabe los suplicios morales que esa misma sociedad sabría ofrecerme!”

Entretanto, Jorel mimaba a su amiga. La sacaba a menudo, la llevaba a comer a los restaurantes, la conducía al teatro. Jamás suscitábase entre ellos cuestiones de dinero. Marcelina ganaba lo suficiente para vivir, pero aceptaba

algunos regalos, dejándose ofrecer una prenda de vestir o una alhaja, a condición de que el obsequio fuese modesto. No quería, por nada del mundo, pasar por una mujer cualquiera. Exigía de Jorel que fuese razonable. Muchas veces él mismo despreciaba el objeto que deseaba ofrecerle para no ofender a Marcelina:

—¡Pero no, criatura! Este anillo sólo vale seiscientos francos. Es una bagatela. Me gustó y lo compré. Déjame verlo en tu dedo. Me causará placer.

Ese día (ya iba a entrar el invierno), Jorel llegó con una gran caja.

—Marcelina, no quiero que tengas frío, te traigo una piel de conejo para que te lo pongas al cuello.

"Variedades"

"Variedades"

—¡Estás loco!... ¡Si es un zorro explóddo!...

—Es una piel de conejo! ¡Qué cosas se le ocurren! Está bien trabajada y bien presentada, pero no tiene el valor que crees.

—De cualquier modo, yo sé que la Hopner vende únicamente pieles de primera calidad.

—¡Qué error!... ¡Tienen para todas las bolsillos! En fin, no me hagas esperar. Póntela en seguida y vámonos a comer al "Maxim's".

El zorro era magnífico. Marcelina no se resistió al deseo de enseñarlo a sus compañeras de trabajo. Unas lo admiraron, otras, por envidia, lo despreciaron.

—Ha visto uno igualito en la calle Montmartre, por treseientos francos.

—¡Oh, qué disparate!... ¡Juraría que vale por lo menos tres mil francos!

—¡Oh, no!... ¡Qué esperanza!... protestaba Marcelina.—¡No digas eso, porque no me atrevería a llevarlo!

*

Raimundo Jorel debió ausentarse por una semana. Marcelina, que sólo quería ser zogueta para él, decidió dejar el zorro en su caja. Pero esa mañana ha-

cía mucho frío y resolvió ponérselo. Llegaba al trabajo con retraso. Caminaba por la calle cuando estalló una borrasca de nieve. Llamó a un "taxi".

Al entrar en el salón de Jeanne Filón, Marcelina se percató de que no llevaba su zorro. Lo había perdido en el "auto".

Creyó enloquecer. Previno en seguida a su jefe del incidente ocurrido y salió corriendo para dirigirse a la comisaría. Recordaba la marca del "taxi" e hizo inmediatamente su declaración.

Transcurrieron horas terribles. Marcelina no podía dormir... El zorro no aparecía.

Raimundo Jorel estaba por regresar. Confesar su aturdimiento era arriesgar desagradable; y si bien Marcelina se hubiera consolado a la larga de la pérdida de su piel, no quería afrontar los reproches de Jorel, a quien siempre temía un poco.

Y la joven se fué a la peletería Hopner. Le mostraron unos zorros iguales al suyo.

—Tres mil francos, señorita. Es una piel maravillosa. ¡Observe la cola! ¡Hace pocos días vendimos una igual a un cliente, que la pagó tres mil doscientos francos!

Marcelina salió del negocio con lágrimas en los ojos. Sus economías no alcanzaban más que a unos cientos de francos. ¡Qué hacer? No podía aparecer ante Jorel sin el zorro.

Una amiga le dió un consejo. Hay peleterías donde venden a crédito, pagando un tanto por mes durante un año. ¡Debía ir a ver!

Los zorros que le mostraron no eran tan lindos como el suyo. La piel no era tan larga, ni tan brillante; la cola era rala, la cabeza mal trabajada. Marcelina trató de recordar las particularidades de la soberbia piel que había perdido.

—Esta se le parece algo, quizá, no mirándola muy de cerca... Y si además se le cambiara el forro..."

—Podemos venderle este zorro en tres mil francos. Puede usted pagarlos en doce mensualidades de doscientos cincuenta francos.

El mismo precio que las pieles de la casa Hopner, pero no valían ni la mitad. Doscientos cincuenta francos por mes, que ella no reuniría sino a costa de considerables privaciones. Marcelina lo sabía. Pero no tenía el derecho de titubear. ¡Siempre que Jorel no se percatase de la substitución!

International Petroleum Company Ltd.



Aceite
Lubricante
RAPIDOL
en latas de
1/4 galón
\$ 1.00

Insista en obtenerlo
de su garage o grifo.
De venta en todos los grifos.

Calle Goca No. 438



Jorel había regresado. Marcelina temblorosa, lo acompañaba de aquí allá envuelta en la falsa piel, y Jorel no había notado nada. Decididamente, los hombres no entienden nada de prendas femeninas.

Lo único que Raimundo Jorel notó fué que Marcelina tenía mal aspecto y adelgazaba día a día. Lo que notó fué que, cuando comía con él en los restaurantes, parecía devorar los manjares, y en seguida, como si su estómago estuviese debilitado, sufría de espantosos calambres...

—¿Es que no te alimentas bien querida?—le dijo un día. —¿Donde comes cuando no estamos juntos?

Y luego, otras cosas sorprendieron a Raimundo: Marcelina llevaba siempre el mismo vestido deslucido, sus guantes estaban deshilachados, sus zapatos no brillaban.

—¿Necesitas dinero, Marcelina? Te sé muy orgullosa, pero puedes confiar enteramente en mí.

Ella se irguió, como ofendida.

Una noche, al salir del teatro, Jorel advirtió que la piel era falsa.

—¡Pero éste no es el zorro que yo te regalé. ¿Qué significa esta substitución?

¡A veces, los hombres entienden mucho más de lo que se cree de prendas femeninas?

*

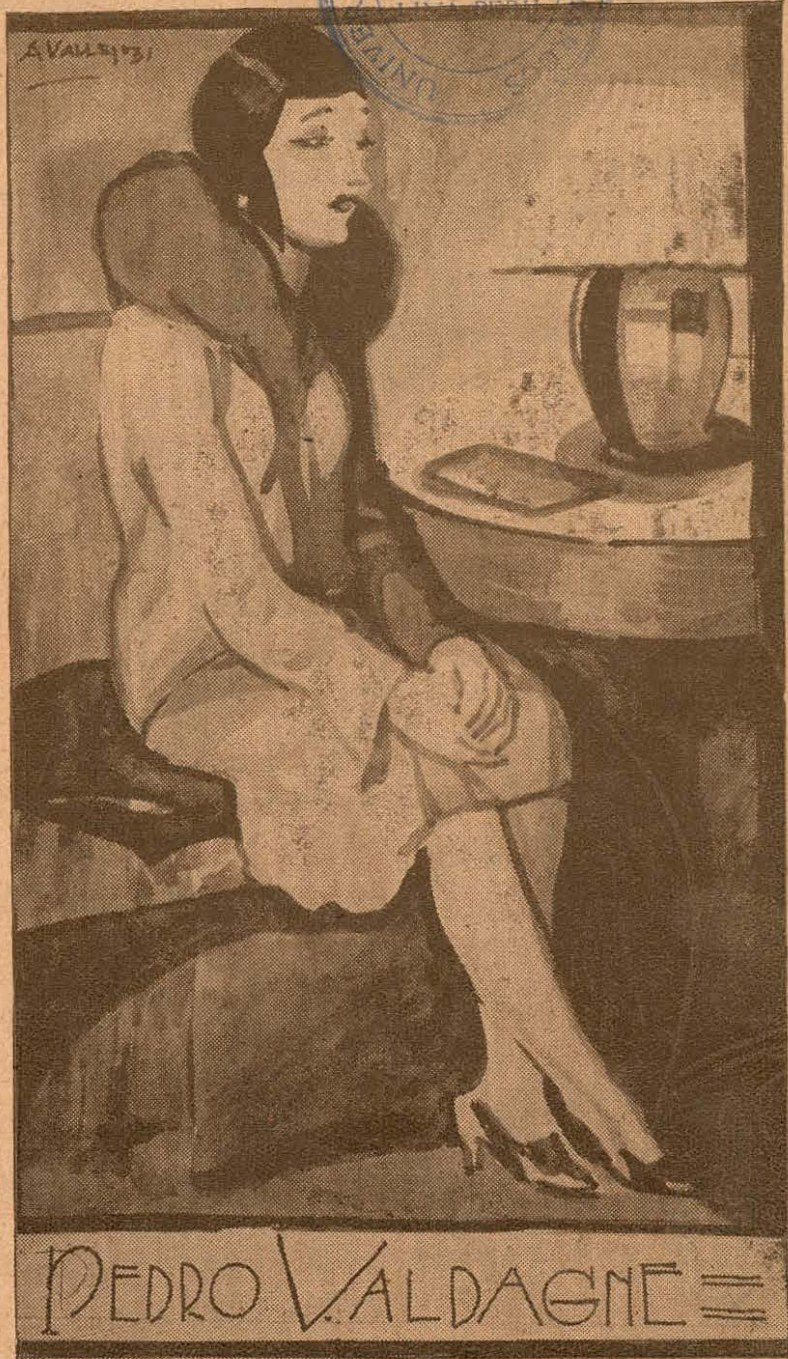
¡Cómo!... ¡Doseientos cincuenta francos?... ¡Desde hace ocho meses te privas de todo para pagar esa suma al comerciante! ¡Y no me has dicho nada!... ¡Por qué?... ¡Por orgullo?... Vamos, Marcelina, ¿es que aún no tienes confianza en mí?...

El la rodeaba con su brazos. Ella apoyaba la cabeza en su hombro y lloraba suavemente.

¡Era dichosa!

Raimundo Jorel también se sentía dichoso.

(Ilustró Aristides VALLEJO.)

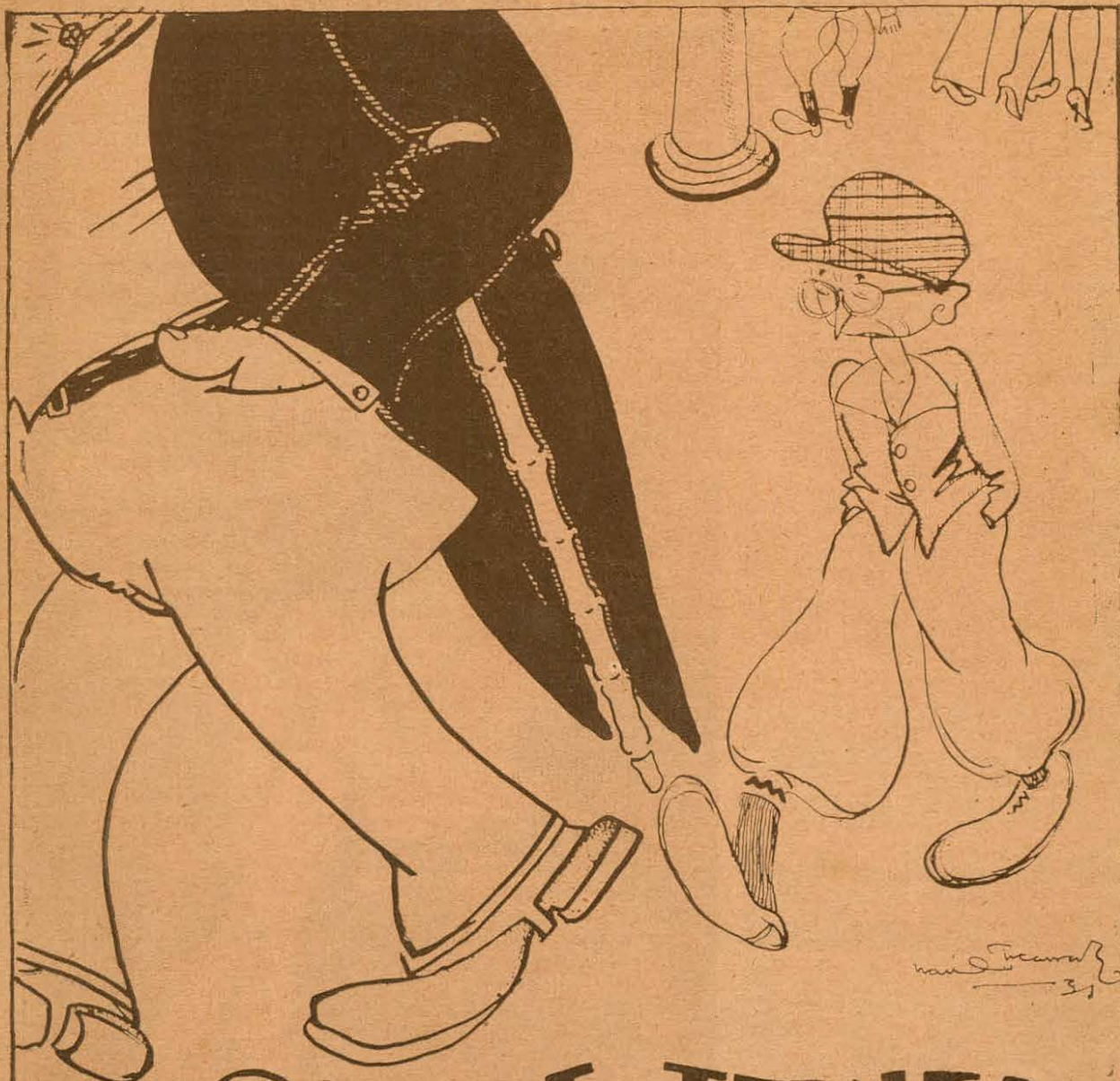


En

ANEMIA

DEBILIDAD-CONVALESCENCIA

Los Medicos, los mas...
 VINO y JARABE **DESCHAMPS**
 à la Hemoglobine



EL OJO DE TERNERA

POI

JORGE COURTELINE

Me hallaba como pupilo, lejos de mi familia, en un colegio que habría parecido un claustro si no hubiese sido por su aspecto de cuartel donde pasé lo que se ha dado en llamar el mejor tiempo de la existencia, es decir, esa tímida juventud entre la primera comunión y el bachillerato.

Recibía veinte centavos el domingo y diez el jueves, y sólo visitaba a mi familia lejana tres veces por año. Es cierto que la previsión familiar me había procurado una especie de tutor, bajo cuya vigilancia podía franquear el umbral del colegio, el primer y tercer domingo de cada mes, si había obtenido buenas clasificaciones.

No puedo decir respetando los dere-

chos de la verdad, que esas salidas de pocas horas trasudaban alegría.

Me atrevería a decir hoy que me aburría en casa de mi especie de tutor un poco más que en el colegio; pero, en fin, tenía el gusto de decir que "había salido" y de pensar que otros, menos afortunados que yo, se quedaban en el colegio envidiando mi buena suerte.

La desgracia de uno constituye la felicidad de otro.

Mi tutor se llamaba Pereta. No era un lindo nombre, lo reconozco, pero se lo perdonaba en mérito a su hospitalidad, que era amplia y generosa, y a las innumerables distracciones de que disfrutaba en su compañía.

He aquí, en efecto, el empleo, hora

por hora, de los domingos de salida que pasaba a su lado:

A las nueve y media: llegada a casa del señor Pereta. Preguntas sobre mi salud, mi trabajo y mis progresos. Discurso del señor Pereta sobre los beneficios de la instrucción y el resultado siempre feliz de una disciplina sabiamente aplicada.

A las diez: Paseo hasta la catedral y audición de la misa mayor al lado del señor Pereta. Satisfacción de sacar una moneda de mi bolsillo y echarla en la alcancía para el mayor bien del Tesoro de San Pedro.

A las once: regreso al domicilio del señor Pereta. Almuerzo frugal, compuesto por lo general de restos de la ce-

na de las vispera, pero agradablemente sazonado por múltiples ocurrencias de ese hombre excelente. Placer de ver al señor Pereta tomar solo una taza de café. Segundo discurso del señor Pereta sobre beneficios de la instrucción y la necesidad de la disciplina.

A las trece: permiso del señor Pereta para mirar por la ventana, mitigado por la prohibición de escupir a la calle. Placer de ver pasar en fila, yendo a paseo, a los compañeros que no han salido y que "no se divierten".

A las catorce: segunda parte de la recreación recién mencionada. Placer de cepillar los botines del señor Pereta y los míos, y de pensar qué cremos a dar una vuelta por el bulevar.

A las diez y seis: excursión al café que tiene al señor Pereta por asiduo cliente. Placer de ver al señor Pereta absorber algunas copas de hifer mientras juega su partida de dominó.

A las diez y siete: regreso al colegio. Tercero y último discurso sobre los beneficios de la educación. Exhortaciones al bien. Separación penosa. Placer de pensar que quince días después esta pequeña fiesta renacerá de sus cenizas.

Y así siempre.

¡Ah! no es por hacerme en interesante y establecer entre mi existencia de entonces y mi existencia de hoy comparaciones irónicas y amargas, pero debo decir que he pasado horas encantadoras en compañía del señor Pereta...

*

He dado a entender que lo superfluo está completamente proscrito de las comidas del señor Pereta.

Debo insistir sobre este punto.

Por eso me sorprendió mucho que un domingo por la mañana, al volvre de misa, mi tutor me dijera, dándome un tironeo de orejas:

—Joven: ¡alégrese! Ha sido usted el primero de su clase en composición y no se dirá que sus esfuerzos quedaron sin recompensa. ¡Vamos a entregarnos a las delicias de un festín clásico!

—¡Un festín! — exclamé con cierta emoción.

Había echado una mirada hacia la mesa. Dominaba imponente en el centro del mantel una sopera tapada, de la que se escapaba leve vapor.

—Sí, un festín — prosiguió mi tutor, con fina sonrisa de gourmet. — Joven: sientese a la mesa y prepárese para una sorpresa.

Obedecí: me senté frente al señor Pereta y comencé a desdoblar la servilleta, mientras mi especie de tutor se aproximaba suavemente a la misteriosa sopera.

Yo pensaba:

—¡Dios mío! ¿Qué habrá ahí dentro?

Pensando de antemano en alguna obra maestra culinaria, se me hacía agua la boca, cuando el señor Pereta, levantando bruscamente la tapa, descubrió ante mis ojos decepcionados, una humeante cabeza de ternera. Yo no sé qué ha ocurrido entre la cabeza de ter-

J. Adolfo Villanueva Lazo

Cirujano Dentista. Se ocupa de preferencia en dientes artificiales, empleando las últimas técnicas americanas más eficientes y modernas de prótesis. Puentes fijos de anclaje profiláctico (ocultando el oro), Puentes removibles (sin corona de oro) método Akers y Roach. Dentaduras completas por el nuevo método Campbell. Diagnóstico por los Rayos X. Curaciones y extracciones sin dolor, empleando el nuevo sistema de Anestesia Conductiva. Instalación eléctrica modernísima con Rayos X en uso actualmente en las mejores Clínicas de los Estados Unidos. — Consultas de 8 a 12 m. y de 2 a 8 p.m. — Feriados de 9 a 12 m. — Teléfono 34262 — Trujillo 461 altos, (cuarta cuadra).

nera y yo, pero es el caso que nos profesamos un aborrecimiento mutuo y cordial.

En razón de ese sentimiento incoercible, me atreví a declarar al señor Pereta que no me decidiría a comer cabeza de ternera bajo ninguna especie de pretexto y con ninguna especie de salsa.

Pereció sorprenderse vivamente.

—Joven — dijo — usted me asombra. La cabeza de ternera es la amiga del hombre.

Respondí que no lo era mía, pero el señor Pereta, mejor enterado que yo, afirmó que me equivocaba y que precisamente la cabeza de ternera era mi más querida y preciosa amiga — cosa que hasta entonces no había yo sospechado. — Usted ignora lo que es bueno — dijo. — La cabeza de ternera a la vinagrata es plato de verdadero paladar exquisito y gozaba del favor de los emperadores de la decadencia. Además, cuando las cruzadas...

—¿Las palabras cruzadas? — me atreví a decir.

—No, hombre, las cruzadas en favor de la fe. Cuando las cruzadas, pues era costumbre de los caballeros de ofrendar una cabeza de ternera a la dama de sus pensamientos.

Tanta erudición me deslumbró, pero no llegó a convencerme. Me atreví a insinuar que no era emperador de la decadencia ni un cruzado, sino un simple alumno de sexto grado.

—No importa — replicó ese hombre obstinado. — Tenza confianza en lo que le digo. Pruebe un pedacito y en seguida hablaremos.

Me sentí presa de una desesperación enorme.

—¡Señor Pereta y Señor Pereta! — murmuré.

El continuó:

—¡Vaya, vaya! Usted no es más que un niño. Quizás no le gusta la cabeza de ternera, simplemente porque su señora mamá ignora el arte de prepararla. Esta es excelente, superior y exquisita. Veamos, amigo: alcénceme su plato. Le serviré un bocado que pasa, con justa razón, por ser lo más fino y deliado que hay en el mundo. Gemí, lloré; pero el señor Pereta fué inflexible y delicadamente, con la

punta del tenedor, depositó en mi plato una cosa negra con un agujero en el medio.

Miré.

Era el ojos.

—¡Come! — ordenó el señor Pereta con tono que no admitía réplica.

Entonces, no sé lo que pasó; creo que perdí el conocimiento; cerrando precipitadamente los ojos, tragué como una píldora el horrible ojo de ternera.

Cuando volví en mí, mi especie de tutor me miraba sonriendo.

—¿Qué me dice? ¿Ha visto como no era tan malo?

Permanecí un instante sin contestar, apretando los dientes... por precaución. Habiendo desaparecido al fin todo temor de accidente y reflexionando que la píldora había pasado, creí de mi deber ser cortés y no herir al señor Pereta en sus gustos y convicciones.

—Sí... — dije vagamente, sin comprometerme.

El señor Pereta se echó a reír.

—¡Ah, pícaro! — exclamó. — Ya ve cómo a veces el hombre por un capricho absurdo se echa a perder la vida. ¡Ah, joven, joven! Quiera el cielo que esta lección produzca sus frutos en el futuro. En fin, no hablemos más sobre eso. La juventud pasa y el tiempo trae la experiencia. Joven: ha sido usted el primero en composición y me parece bien que un homenaje legítimo inmortalice en su espíritu el recuerdo de tan loable éxito. Usted ha apreciado, como debía, el primer ojo de ternera; permítame que le ofrezca el otro.

Y otra vez cayó n mi plato una cosa negra con un agujero en el medio. El primer ojo había pasado.

Cómo me las había arreglado, no lo sé; pero, en fin, había pasado.

El otro obtuvo una suerte menos feliz.

Por los prodigios de un coraje de que me enorgulleceré siempre, lo empujé hasta el estómago, pero una vez instalado en él, se negó absolutamente a salir. Allí se quedó, allí está todavía, allí estará eternamente, y es así cómo puedo ofrecerlo en holocausto a los pobrecitos colegiales sin suerte que ví hace dos días pasear por las calles sus caras de desesperados.

J U A N B O L D I N I

Al escogerme para escribir sobre el maestro desaparecido este artículo ilustrado de las reproducciones de algunas de sus obras maestras, la dirección de este diario me hace un gran honor, que me conmueve. Tengo por el artista una profunda admiración, por el hombre una sincera amistad una afección muy viva.

¡Boldini! ¡Qué tema se presta mejor que este para reproducir imágenes vivas y coloreadas, un poco desusadas que agradan a mi temperamento! Pero, en este día de duelo, quisiera poner una sordina a mi inspiración y velar con crepón mi tambor, me atrevo a decirlo.

A la primera noticia de su muerte, corrí a su residencia, Boulevard Berthier. Madame Boldini, que veló por él hasta el fin y supo dulcificar para él la tristeza de los últimos días, me recibió con lágrimas en los ojos y me condujo a la habitación en que reposaba su marido. Boldini estaba acostado sobre un lecho con cubierta negra, teniendo en el cuello la corbata de comandante de la orden de San Mauricio y de San Lázaro y en la solapa de su vestido la roseta de la Legión de Honor. Boldini era de menuda estatura, con una cabeza gruesa y ojos salientes.



Boldini, por él mismo



Madame Georges Hugo

Tenía ochenta y ocho años. Pero la muerte había rejuvenecido, transfigurado su rostro adelgazado. Borrando las arrugas, ella había esparcido su serenidad y su majestad. La potente construcción, la osatura de su vasta frente se notaba ante la luz de los hachones. Cuando vivía, Boldini era poco monstruoso, al morir parecía bello. Si la nariz hubiese sido más prominente en el rostro, sería esa absolutamente la mascarilla de Wagner. Los genios se asocian en la muerte. A la cabecera del lecho fúnebre rodeado de plantas verdes y de flores, estaba suspendido en la pared, un gran cuadro, en el que una mujer elegante, con vestido de tarde levantaba sus brazos nerviosos, riendo a los ángeles. Los reflejos vacilantes de los cirios daban más vida a esta pintura que parecía impresionar y sollozar. Al contemplar esta imagen convulsionada, enroscada como una llama, creía ver exhalarse el alma del pintor, volar e irradiar su último ensueño sobre su rostro dormido. Sus manos de mágico que crearon tantas obras maestras, sus manos que no habían visto inactivas, ahora encadenadas en las mallas de un rosario, estaban inmóviles y cruzadas para siempre. Al pie del lecho, cubierta con sus velos, estaba prosternada una religiosa, mientras que su esposa y una amiga, ambas florentinas, rogaban en voz baja en esa lengua cantante que era como la suprema apelación, el último beneficio de la patria italiana. Boldini fué



Boldini — “Princesa de Hohenlohe”

fastidiaba nunca con Boldini. ¡Era tan decidido su acento! Se podría haber dicho que tenía en sus labios prácticamente un polichinela italiano. Podría narrar cien deliciosas historias respecto a él, delicadas frases, imprevistas y chocarreras. Pero, ahora, no tengo deseos de reír... En otro tiempo, pasaba, ciertamente, por ser un malévolo. Pero en esta época la moda está en ser matalón. Antaño estaba en pleno regocijo. Ahora estoy abatido y triste. ¿Esto es mejor? En el fondo, Boldini era muy sensible, sentimental a la italiana. Una vez, después de una decepción amorosa, le vi llorar con grandes sollozos de niño, y su enorme rostro llenó de lágrimas sobre mi espalda, reblandecida y mi cuello tieso. ¡Pobres Boldo! gemía, apesadumbrándose poco a poco, y después oí rechinar su risa diabólica. En verdad ese pobre viejo Boldo sufría por ser chico y feo. Cuando se miraba en un espejo se tiraba la lengua. ¡Ved en este retrato, reproducido aquí, por él mismo, cómo ha sabido interpretar su potente cabeza escamoteando su menudo cuerpo, dándose él mismo cierta arrogancia. Era un encantador. Habría querido ser amado por las mujeres — las mujeres que pintaba con embriaguez. En su juventud tal como era. Había hecho muchas conquistas, muy halagueñas. Habría querido ser un bello dragón, delgado, esbelto, con un elegante casco dorado. Pero era chico y ventrudo. Tenía dedos que son hinchados como moreillas blancas, gruesas manos que parecían guantes de esgrima. ¡Y bien sabe Dios lo que sabía hacer con esos gruesos dedos embotijados! ¡Qué finura, qué delicadeza de tacto! Es ciertamente por esas deformidades físicas que tenía necesidad de dibujar y pintar mujeres largas esmiradas. Encontraba sin duda, en ese exceso de elegancia alargada, el desquite de su

enterrado en Ferrara, su ciudad natal, cerca de su padre, de su madre y de su hermano.

Durante veinticinco años no nos habíamos separado jamás; en la Avenida del Bois, en Longchamps, en Auteuil, donde Maxim, en Deauville, en el yate de Hellen, no se veía sino a nosotros. Jean Lorrain, en sus eróticas mundanas nos citaba siempre en conjunto: Boldini, Hellen y Sem. Era una trivialidad de años dorados en que París era el París de las tripulaciones y de las cocottes. ¡Cuánto añoro aquel bello tiempo pasado! Unos tras otros se fueron todos mis amigos, y me quedé muy solo. Mis antiguos álbums no son sino cementerios. También cuando hablo de Boldini, me siento entristecido, es como si oyese tocar a algún órgano de Barbarie, en la esquina de una calle, un vals olvidado. ¡Qué recuerdos evocadores los de la residencia del boulevard Berthier, del atelier del Maestro! ¡Qué sonrientes y encantadores fantasmas se presentan en torno mío! No me



Sem

propia deformidad! Ese gran deseo de tener manos largas, talle esbelto se veía en sus cuadros, se escapaba de su paleta, presionando sus tubos de color. Boldini, durante largos años, pintó con aplicación, como sus contemporáneos Stevens, Fortuny, Meissonier, cuadros de género, cuadros de caballete, verdaderos prodigios de habilidad y arte. Creo que fué en 1890, que vió en el Salón del Campo de Marte, los cuadros del pintor noruego Zora, pintados con brochazos de manera alargada y audaz, que le deslumbraron la vista y le revelaron su verdadero temperamento. El año siguiente, exponía en el mismo Campo de Marte una gran tela en que estaba representado el pintor inglés John Lewis Brown y su familia. El efecto fué sorprendente. Liberado de todas esas vanas minucias, el verdadero Boldini se mostró de una pieza. Esa pintura había sido formada con un brío, una inspiración impetuosa, desbordante que desde entonces llegó



Jane Renouardt — (Estudio)

a ser su manera. Y fué el principio de la serie de todos esos grandes retratos que le dieron reputación universal.

Era la época de las mujeres entizadas, con bustos arqueados, con senos salientes fuera del ajuste del corsé. Sentadas en los extremos de los lugares de reposó, presentan, con una sonrisa un poco dolorosa de danzante en plena acción el incentivo negro y esmerado de una pierna calzada con botín puntiagudo como un puñal que brota del frufú de las faldas largas. Los brazos retorcidos en un paroxismo de coquetería con largos dedos esmaltados, en los que brillan sortijas, con uñas rosadas, acarician o agarran el vacío, a falta de algo mejor. Boldini, ha sido por excelencia el pintor de la mujer. Ha tenido éxito, sin embargo, en retratos de hombres de elevado rango. Pero también el dominio de la elegancia le ha sugerido a menudo extremos a veces equívocos.

Es desbordante su sentido de la feminidad. En algunos cuadros de jóvenes amanerados, sentados con inólenia, se ven al extremo de los pantalones demasiado ajustados, escarpines muy puntiagudos. Si pinta a un consejero de una corte, le representa con un vestido rojo bordado de armiño, sobre medias rojas con extremos dorados, calzado con medios botines color cereza con brillo como diamantes. Eso es más esforzado que él mismo. En sus retratos también los pies demasiado brillantes impresionan la vista. También los cabellos, los dáds como él decía, que dibujaba maravillosamente, bajo su pincel tomaban aspectos y aires de cocottes.

Y como sabía dar reflejos, las curvas de sus peinados con ondulaciones de oro y caobas, esos andamiajes de cabellos ondulados en que lucen dulcemente las perlas y el carey rubio. Y esos sombreros colocados sobre esos elevados peinados, sombreros de paja que se cimbrean como estampados contorcidos como conchas, perforados por largos alfileres como mariposas, sombreros de fieltro enormes, abrumadores, recargados de flores, adornados con plumas de avestruz, de aves del paraíso, de aigrettes, de pájaros enteros con alas abiertas, prontos a volar, como en los nidos de los picheones! Y esas sombrillas con grandes mangos encintados y esos guantes mosqueteros (a los que se ve volver)... Cómo se desenvolvía en medio de esas marañas graciosas y complicadas con una facilidad exacta y audaz! ¡Y sus desnudos! Ahí no hay ya artículos de moda sino carne y nervios. Sus mujeres crispadas, arqueadas, recostadas sobre sofás de satín blanco, nacaradas como vientres de peces tienen torsiones de truchas en el azul al salir del agua brillante. Por otra parte son sugestivas y modernas las patatas fritas de Mr.



Boldini — “Mujer en azul”



La duquesa de Malborough

Picasso. Boldini ha sido el verdadero pintor de su época: pintaba mujeres nerviosas, fatigadas, de ese siglo agotador. Sus mundanas radiosas, cubiertas con envolturas de satén de extremos fosforescentes, con corsés con brillos de flores, piernas alocadas, epilépticas, brazos estirados que terminan en manos filudas como raíces, esas visiones fulgurantes en zigzag como reflejos de calor, todas esas conmociones, esas crispaciones son la nota de aquel tiempo de nerviosismo.

Era deslumbrante en su virtuosidad. Llevaba a veces el brío hasta el paroxismo, hasta la parodia de su propia manera. Entonces, bien provisto **boldinisaba**, despiadadamente, abusando del "vibrato". Esos excesos le han valido la reputación de un zingano de una especie de Roldi de la pintura. Pero valía más, y es lástima que a un tan gran artista le haya faltado con demasiada frecuencia tacto y medida. Era como el estallido del genio.

Aun en sus obras extravagantes y jubilosas, hay cualidades de primer orden. En medio de sus vehemencias es un maestro incomparable. Son probablemente esas alocadas obras maestras, fuera de los fonces, si vale decirlo, que los coleccionadores buscarán con la mayor avidez, como ciertos cuadros del Greco y de Goya, en el período de extravío de esos dos ilustres maestros.

Fuera de las numerosas caricaturas que ha dibujado, sobre los manteles del Maxim (por mi parte tengo una docena y que algunos clientes han comprado al dueño del hotel), me ha hecho tres retratos: una acuarela marcada con una I (lo que quiere decir que es el primer retrato que ha hecho a la acuarela) y otros dos pintados al óleo. Uno de esos cuadros lo tengo en mi casa con la acuarela; y el otro, el que está reproducido aquí, está en París, en el atelier del Maestro. Ha sido pintado en 1901, en una sola sesión. Por la tarde, lo transporté a mi

casa en un fiacre descubierto, todavía fresco. Ese cuadro, lo había pintado para mí, me lo había dado, y lo guardé dos años en mi atelier de la calle Carbone. Todos mis amigos vinieron a admirarlo a mi casa. Pero Boldini no podía consolarse de estar privado de ese cuadro que amaba particularmente. Terminé por ceder a sus ruegos; pero con una condición que él aceptó. Convino bajo palabra de honor de cederlo al Louvre o al museo del Luxemburgo, después de su muerte. Debía también hacer donación al museo del Capitolio, de Roma, de un pastel de Verdi, que ha sido en efecto dado a ese museo en el que está expuesto. Cuento con que los herederos de Boldini harán honor a su promesa y que mi retrato, que es una obra de arte, no dejará la Francia y será donado al Louvre o al Luxemburgo.

Como lo he dicho, Boldini ha muerto a los ochenta y ocho años. Vino a París en 1872. Sus gruesos ojos globulosos, en los cuales se reflejaban las más encantadores rostros de dos generaciones de bonitas mujeres, que había mirado tanto, dibujado tanto, con una atención tan aguda estaban nublados, causados. Estaba casi ciego como Degas. No dejaba ya su habitación, no pudiendo subir hasta su atelier. No salía ya, ni en brazos de su esposa, que le guiaba. Tenía temor a los automóviles. Pasaba los días en su melancólico jardincito que estaba en la parte posterior de su casa o en su habitación deleitándose en teclear sobre su piano con un dedo.

Recordaba algunas melodías de Verdi, que había sido su amigo, algunas canciones de su país que entonaba con una voz exacta, pero muy velada como sus pobres ojos. Antes de este último período iba todavía, tambaleándose hasta un cabafete, y quería recoger telas de otra época que había conservado. Pero malograba todo, dejando manchas rojas sobre los rostros de mujer adorablemente rosas y grises; y cuando su esposa quería quitarle de las manos sus cuadros y los salvaba de esas degradaciones, lloraba como un niño. Sin embargo, su esposa me mostró un dibujo al carbón que le había hecho hacía un año. Era el dibujo esmerado, vacilante, temeroso de un principiante, nada subsistía de esa virtuosidad que había asombrado al mundo. ¡Pobre Boldini! Ha muerto dulcemente, pidió un sacerdote y se extinguió sin conmoción, resignado, cerró al fin sus gruesos ojos en el reposo de la noche eterna.

CUANDO YO ERA NEGRERO

LAS ALEGRES MUJERES CANACAS



Un grupo de indígenas de Biteara preparando sus pequeñas y veloces piraguas, para salir a pescar

Para no volver vergonzosamente con la cula vacía, sin un solo recluta, he reunido ayer a toda la tripulación.

—Escuchad! abono la prima de una libra esterlina que me corresponde, a quien contrate un hombre.

Hemos anclado a la vista de Biteara. Jimmy se ha puesto de punta en blanco: pantalones de lana, camisa de tela blanca, y unos zapatos que le hacen un daño horrible. La explicación de esta coquetería está en que Jimmy ha nacido en el pueblecillo cuyas cabañas se aperiben desde el bote.

Antes de marcharse, me pregunta:

—Supón que traigo una mujer para mí: ¿me das también la prima?

—Naturalmente, Jimmy.

Entonces, se marcha fumando un cigarrillo. Se marcha como un "masta" cómodamente sentado en la popa de la lancha, viendo cómo sus compañeros reman. El, tan bien vestido, no consentiría hacer el más pequeño esfuerzo.

La explosión del cartucho de dinamita ha reunido en la playa un gentío considerable. Jimmy, salta a tierra, y responde con un pequeño saludo dis-

tante a las aclamaciones de sus paisanos que, de buena gana, lo llevarían en triunfo.

LA FIRMA DEL CONTRATO

He autorizado a Jimmy para que pase toda la noche en su pueblo. A la madrugada, un ruido de voces y cantos me despierta bruscamente. Es una embarcación que avanza hacia nosotros, maniobrada por dos negros perfectamente borrachos: Jimmy y otro.

—¡Jimmy! ¿Qué significa esto?

Jimmy ha olvidado todo. El susto le quita la borrachera como, por encanto, y balbucea lamentablemente:

—¡Masta, masta... "cap'tain"...

es un hombre que quiere contratarse! Y señala a su compañero, que tiembla de espanto.

—¡Mi no quiero, masta, mi no!

La tripulación se ha despertado con el alboroto. Todos comprenden que Jimmy miente descaradamente para no verse castigado.

Pero el negro protesta como un energúmeno.

—¡Mi no quiero, masta, no quiero!

Toda la tripulación se retuerce de risa. Y Bob, que es el más guasón, se acerca a Jimmy para recordarle que esta noche el "cap'tain" está de un humor de los mil diablos, y que nada de extraño tendría que entrara en juego un famoso látigo de balata, con el que ha amenazado en ciertas ocasiones. Espantado por esta perspectiva, pega una palada en la espinilla a su compañero.

—¡Mi no!... ¡Ay! ¡Mi sí, "cap'tain", sí quiero!

Esto se está poniendo muy divertido. Para seguir la broma traigo una hoja de papel y pluma.

—¿Cómo te llamas?

—Fred... Fred Mishevick.

—¿Cuántos años tienes?

—Mi no sabe.

—¿Dónde has nacido?

Pero Fred ya no quiere contestar a nada, ni saber nada.

—Mi no firma.

—Escucha, Fred: en la Bahía de Galápagos, encontrarás fácilmente mujer...

El negro empieza a sonreír. Las



Linda, es una muchachita de cara graciosa y mofletuda. De su cuello cuelgan los collares de cuentas de colores

mujeres no abundan en su isla, y quién sabe si allí...

—Además, beberás ginebra y whisky a dos chelines la botella. ¡Bob, trae una botella de whisky!

Fred, que ha trabajado en las plantaciones, sabe que es falso cuanto le estoy diciendo. Pero, poco a poco, la eterna credulidad del negro se hace patente...

—Ginebra, igual cosa que éste... ¡y whisky!... ¿Te gusta, Fred?

—Sí, mastá; bueno bueno.

—Y llevarás ropa como un mastá. Y, si economizas, podrás comprar un fusil igual que el mío.

¡Ah, tener un "mosqueto", realizar el sueño de ser "el hombre que puede matar de lejos"!...

Descuelgo mi escopeta y la cargo con dos cartuchos.

—Ensayala.

Fred dispara, y el retroceso le tira patas arriba.

—Buen fusil, mastá, buen fusil.

—Y ahora preguntale a Rubén, a Harri o a Jimmy si se pasa bien en la plantación los sábados por la noche en el "tanis".

Rubén y Harri improvisan inmediatamente unas fantásticas descripciones de bailes, comilonas, borracheras y amores con hermosas **popinées**.

Fred, subyugado, se deja convencer.

—Mastá, firmo un año.

—¿Un año? ¡Perfectamente! Pon tu

Un tipo de joven isleño de Nuevas Hébridas

huella digital en una esquina de este papel.

Ya está... ¡Dios mío, qué escándalo va a armar mañana, cuando se le pase la borrachera!

A la mañana siguiente los boys me despiertan para servirme el té. Subo a cubierta y allí encuentro a Fred.

—¡Vaya un escándalo que armaste anoche! ¡Anda, toma una taza de té con la tripulación y vete a paseo!



Estos negros recorren, a velocidad increíble sobre sus frágiles canoas, un mar cuajado de tiburones

Fred se queda estupefacto.

—¡Irme... ¿Ir a dónde, masta?

—¡A tu pueblo, imbécil!

El hombre no comprende. Será pre-

ciso recordarle la escena de ayer.

—¿No recuerdas que estabas borracho?

—Sí, masta.

—Entonces, no he hecho más que gastarte una broma. Eres libre.

—No, masta, yo no soy libre.

—¿Por qué?

—He firmado, masta.

—¿Pero si estabas borracho!...

—Sí, estaba borracho, pero he firmado. No tenía más que no emborra-



El guerrero examina su arma más terrible: la flecha de finísima punta envenenada

Acabar con la
TOS

es imperativo. Conocer lo que es bueno, es esencial.

30 años de eficacia justifican la fama de la

**MIEL Y ALQUITRAN
DE PINO DEL DR. BELL**

charm. Mi firma es una cosa sagrada. ¡Peor para mí!

Hay sentimientos que uno no puede remediar.

Este negro no era más que un canaco, hijo de antropófagos. Pero, espontáneamente, me he levantado y le he abrazado.

UNA VISITA INESPERADA

Perezosamente tumbado sobre cubierta, poco tiempo después del amanecer, tomaba el inevitable desayuno compuesto de té y galletas secas.

De pronto, en cinco o seis choques muy ligeros estremecieron el casco de la "Duquesa Ana", y casi al mismo tiempo, unas risas alegres y juveniles sonaron en el puente. Pronto me vi rodeado de una docena de muchachitas, que miraban llenas de curiosidad.

Habían abandonado sus piraguas junto al buque. Todas iban vestidas con una falda muy larga y cerrada en el cuello. No eran precisamente lo que nuestra estética europea nos permite llamar unas bellas muchachas. Pero tenían un aspecto sano, sus dientes eran blancos, sus pechos firmes y sus caderas suavemente redondeadas.

—¿Queréis contrataros?

Un concierto de exclamaciones indignadas acogió mis palabras.

—¿Contratarnos? ¡No, mastá, no queremos! Venimos solamente para verte a ti y visitar tu barco.

Le hice los honores de la casa. Las popinées, una por una bajaron a la cabina, quisieron tocar un viejo acordeón, echarse en las colchonetas, hacer girar los volantes, y mover todos los mandos del motor.

Cuando se cansaron de curiosear todo el barco y de subir por las escaleras de cuerda como monos, volvieron al puente. Nos sentamos y les enseñé los vestidos, los collares y esas "panoplias", semejantes a las que se ofrecen a los niños en un caso, una escopeta y un sable, pero que en esta



Labios radiantes

TANGEE, el maravilloso lápiz para los labios, no deja manchas grasientas. Esto lo hace diferente de otros lápices para los labios. El color natural aparece como por encanto al aplicarlo... y adquiere un matiz que armoniza perfectamente con el cutis de las rubias, las morenas, y las pelirrojas. Tangee no reseca los labios, es impermeable y su aspecto es natural.



CASA COCK — LARTIGA 471
LIMA

ocasión, exhibían un traje colorado, un pañuelo de seda, dos pulseras y un collar de baratija.

Se empeñaron en probarse todos los trajes y las "alhajas".

—Mastá, éste para mí.

—¡No, mastá, para mí!

En un rincón, sola, una niña de unos doce años, miraba todo con admiración, pero sin atreverse a tocar nada.

—¿Cómo te llamas? — le pregunté.

Bajó la cabeza y respondió dulcemente:

—Linda...

Y cuando repartí algunos regalos, fué para ella el más bonito collar y la más reluciente pulsera.

LINDA

Linda ha vuelto al barco. Su pequeña piragua se detuvo rozando el casco de la "Duquesa Ana".

—¿Qué vienes a hacer aquí?

No respondió.

—¿Quieres contratarte?

—Si tú lo quieres, mastá...

—No soy yo quien tengo que querer, sino tú.

—Yo sí quiero mastá.

—Entonces, Linda ¿por cuánto tiempo te contrato?

—Por el tiempo que tú quieras.

—¿Un año?

—Eso es, un año.

Mientras redactaba el contrato, ha murmurado muy bajito:

—Y también he venido para darte las gracias por el regalo de ayer...

De su cuello colgaban los dos collares de piedras coloradas que le regalé. Y estaba, después de todo, bastante monilla, un poco ridícula tal vez con su traje de color rojo vivo.

—Nos iremos pasado mañana, Linda. Vuelve entonces.

—No, mastá, quiero quedarme aquí.

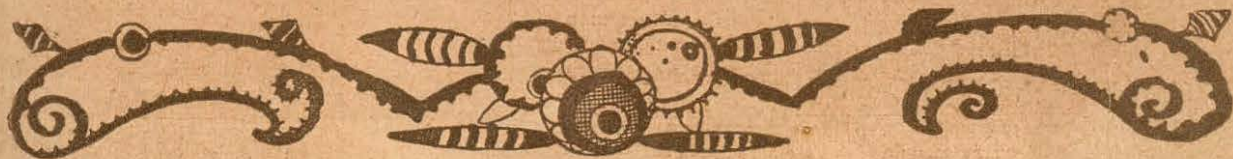
—Linda, tu presencia va a crear muchas complicaciones en la tripulación. Una chica guapa como tú...

—Dormiré sobre el puente, mastá.

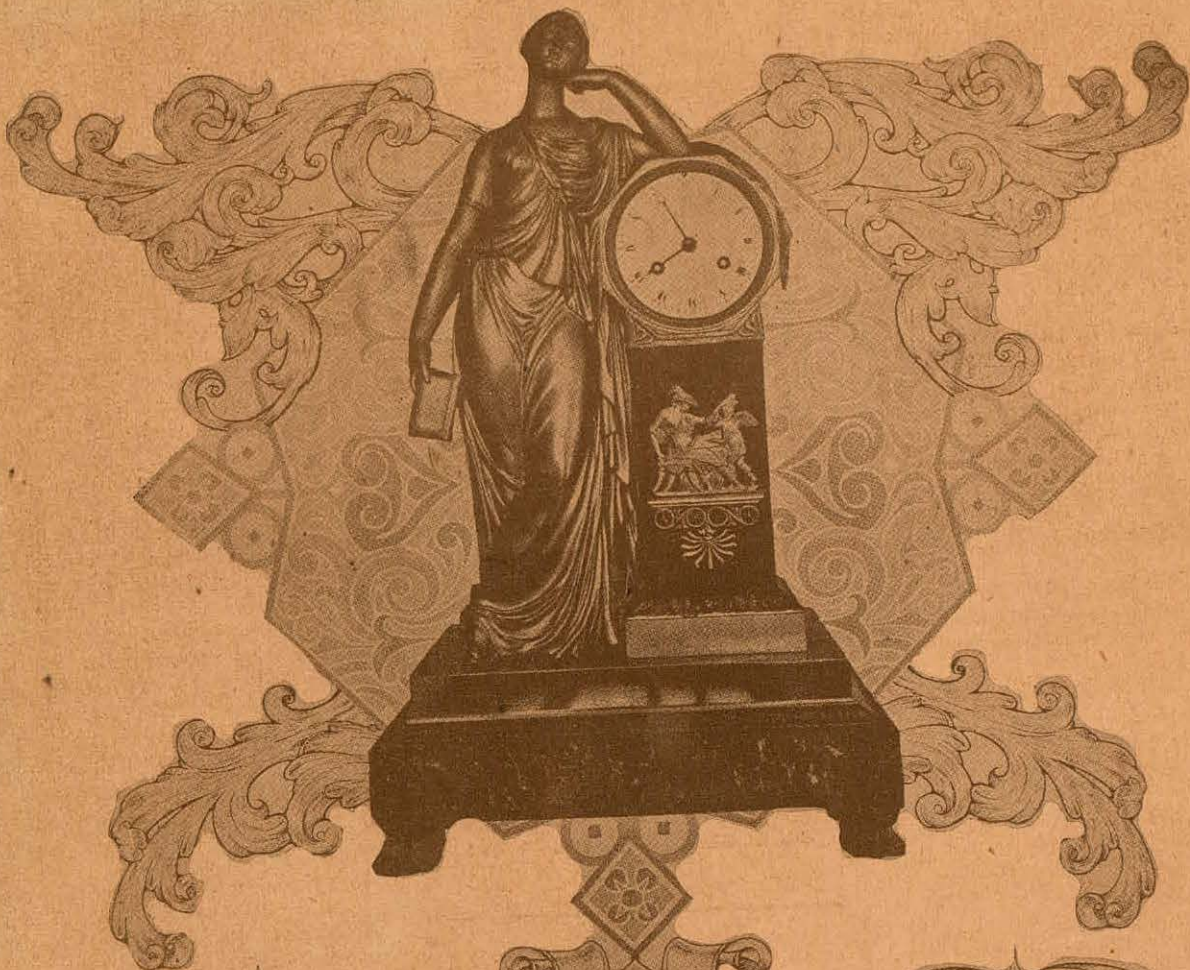
Se marchó en su piragua, y dos horas más tarde estaba de regreso. En un pañuelo transportaba toda su fortuna: un traje, un pedazo de madera rosa envuelto en pingos multicolores y un pequeña cruz de cobre de los misioneros.

Se instaló en un rincón y comió un poco de arroz. Luego sus ojos se cerraron y quedó dormida.

Stephane FOUQUIER



LA HORA DE NAPOLEON

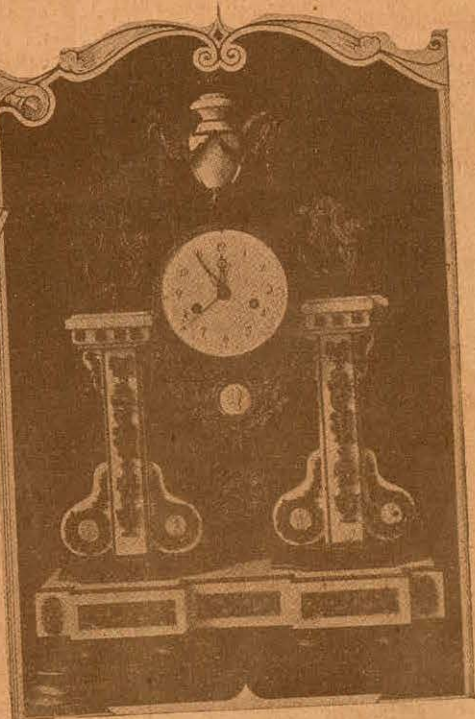


LA HORA DE NAPOLEON



(Arriba) — Reloj de la sala del trono que tiene reminiscencias del arte helénico

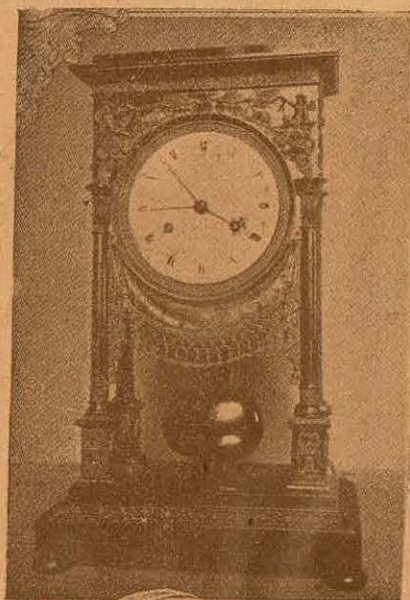
(Izquierda): Otro de los relojes que pertenecieron al más grande de los genios militares



(Derecha) — Sobrecargado de motivos ornamentales, el reloj de la emperatriz María Luisa

Quando Napoleón entró en la escuela militar de Brienne los alumnos de los cursos superiores lo acogieron con un "manteo" que no tenía perspectivas de

terminar. Lo corrian a cosecorrones, y el pobrecito iba de aquí para allá, por los patios, como un perro sarnoso. Entre los mayores uno se compadeció y,



(Al centro) — El péndulo que en la biblioteca de Fontainebleau, señalaba la vida del imperio



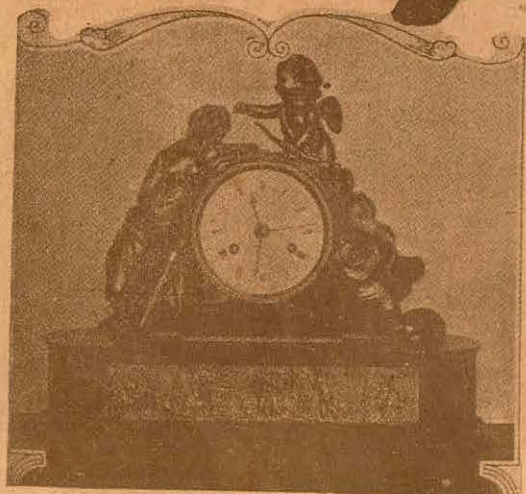
La lírica alegoría y el pámpano alegre no distrajerón el ritmo de las horas en la epopeya napoleónica

De líneas severas pero primorosamente tallado, midió los pasos del tiempo en la biblioteca imperial

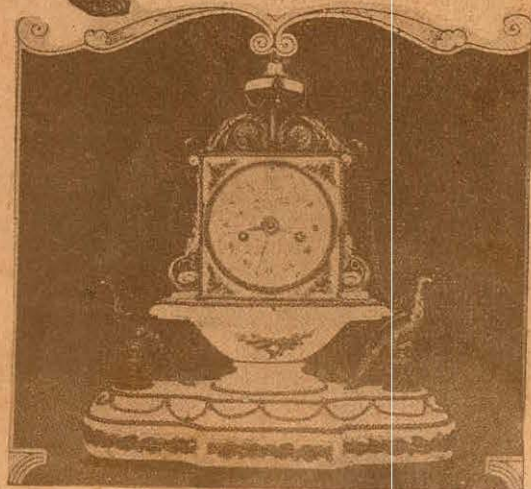
atando a Napoleón a uno de los árboles del jardín, con una soga al cuello, prohibió, fuere quien fuere, que le tocaran "su caballo". Con esta estratagema lo salvó de los golpes. La hora de Napoleón no había sonado aún para la historia. El cabó, disciplinando su voluntad, iba a señalar la presencia con la grave voz de los cañones el 13 Vendimiario. La Revolución Francesa había hallado el amor que buscaba. "Dad un jefe a la Nación, sino el ejército va a darnos un Rey" — dijo Rivarol. La profecía se cumplió. Y el rey del



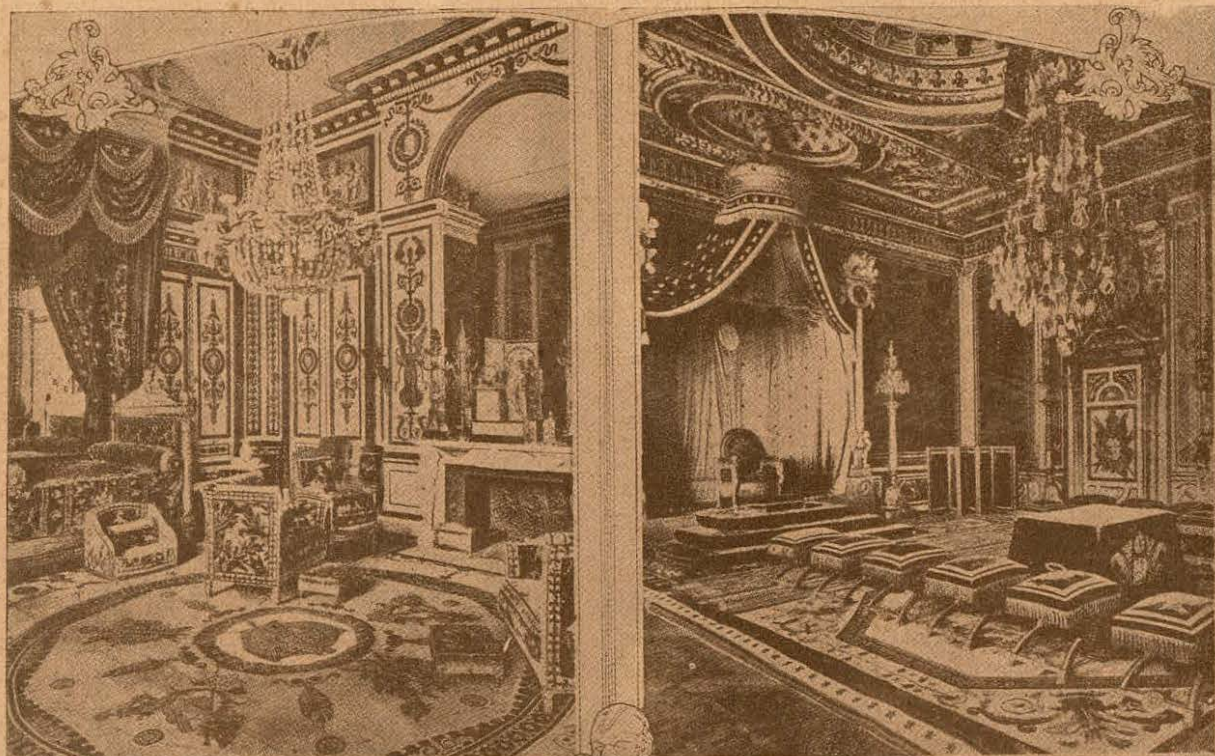
ejército era aquel coronel que triunfaba a la vanguardia del ejército de Italia y para quien pedía su jefe un ascenso, añadiendo, confidencialmente a la Convención: "Porque si se llega a ser ingrato con el, estoy seguro que ascendería por sus propios medios y sin ayuda de nadie". Después vino la más grandiosa de las epopeyas. Millones de hombres dieron su sangre por la gloria del hombrecito que jugaba tan bien el ajedrez de la guerra. Todos los sueños cupieron en su cabeza mientras el destino que parecía haber-



Una delicada alegoría erótica coronando la esfera de oro de los famosos relojes imperiales

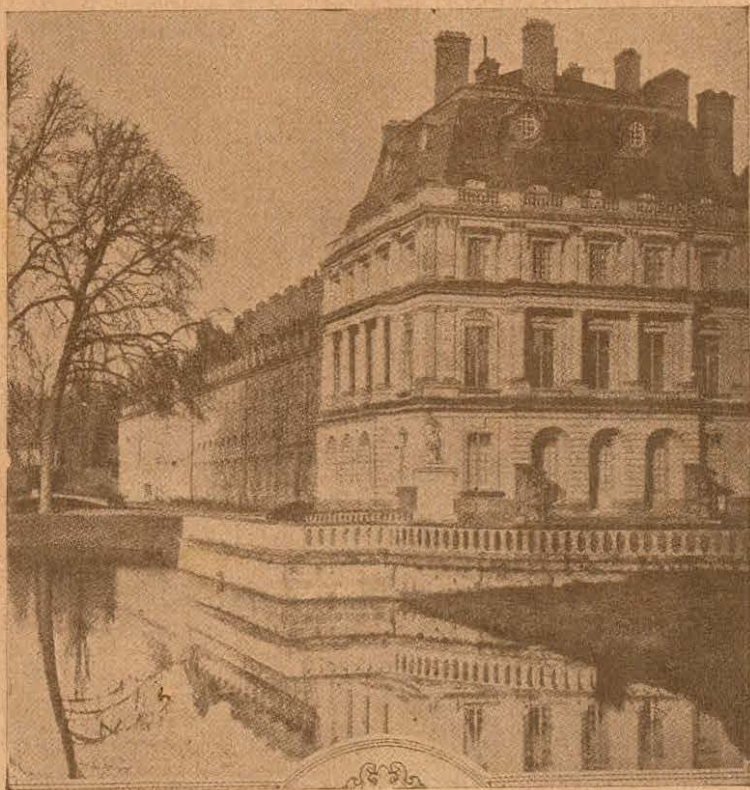


Un arte esencialmente frívolo se refleja en el reloj de los faisanos, de Fontainebleau



El suntuoso aposento del Emperador, cuya grandeza deslumbrante asombra sin emocionar ni conmover — La sala del trono: mármol, terciopelo, oro, nogal y abejas y lises heráldicas, todo el fausto del imperio

se aliado a sus triunfos, desvalijaba en su obsequio el secreto de todos los horizontes. Fué el dueño de la Tierra. Los maravillosos palacios de los reyes de Francia dieron albergue a este Emperador, rey de reyes. Luis XIV se eclipsó ante este astro que unía a semejantes prestigios espirituales el rayo de la victoria en los puños. Los relojes de Fontainebleau contaron alegres sus horas doradas. Pero un día el destino llamó a la puerta de este gran señor. El aldabonazo sonó en el corazón de todos los hombres de Francia. El Emperador debía partir. Había sido vencido. Iba desde ya, directamente hacia la muerte, pasando por el ostracismo y otras formas civiles de morir. Fué en el castillo de Fontainebleau, donde se oyó aún el rumor de los espólines, que reunió a sus amigos y a su vieja guardia: los últimos grujones de las guerras de Italia y de Egipto. Les dijo adiós detrás de una cortina de lágrimas. Fué un día gris del mes de abril. Leyóles su despedida célebre y, según lo cuenta uno de los festivos, era la una de la tarde. La hora de Napoleón había sonado. Las puertas del palacio de Fontainebleau se cerraron, para sólo abrirse como un museo histórico, medio siglo más tarde. Los relojes detenidos, después de ido el Emperador, no han vuelto a ser remontados. En sus esferas, los péndulos han recorrido, sentimentalmente, las horas últimas. Cada una de ellas era póstuma como escribe el poeta latino en el cuadrante solar: "Vulnerant omnes, ultima nécat". Todas las horas



Soberbio, el palacio que asiló al genio, no fué lo suficientemente grande como para contener el espíritu ambicioso del corso.

hieren, pero la última mata. Pero como si fuera una ironía, el Tiempo no detuvo a ninguno de los relojes del Emperador en ese instante cruel en que la más alta figura entraba definitivamente

te con su abdicación teatral en la nada. Los relojes continuaron latiendo impasibles hasta que el silencio les enmoheció todos sus engranajes.

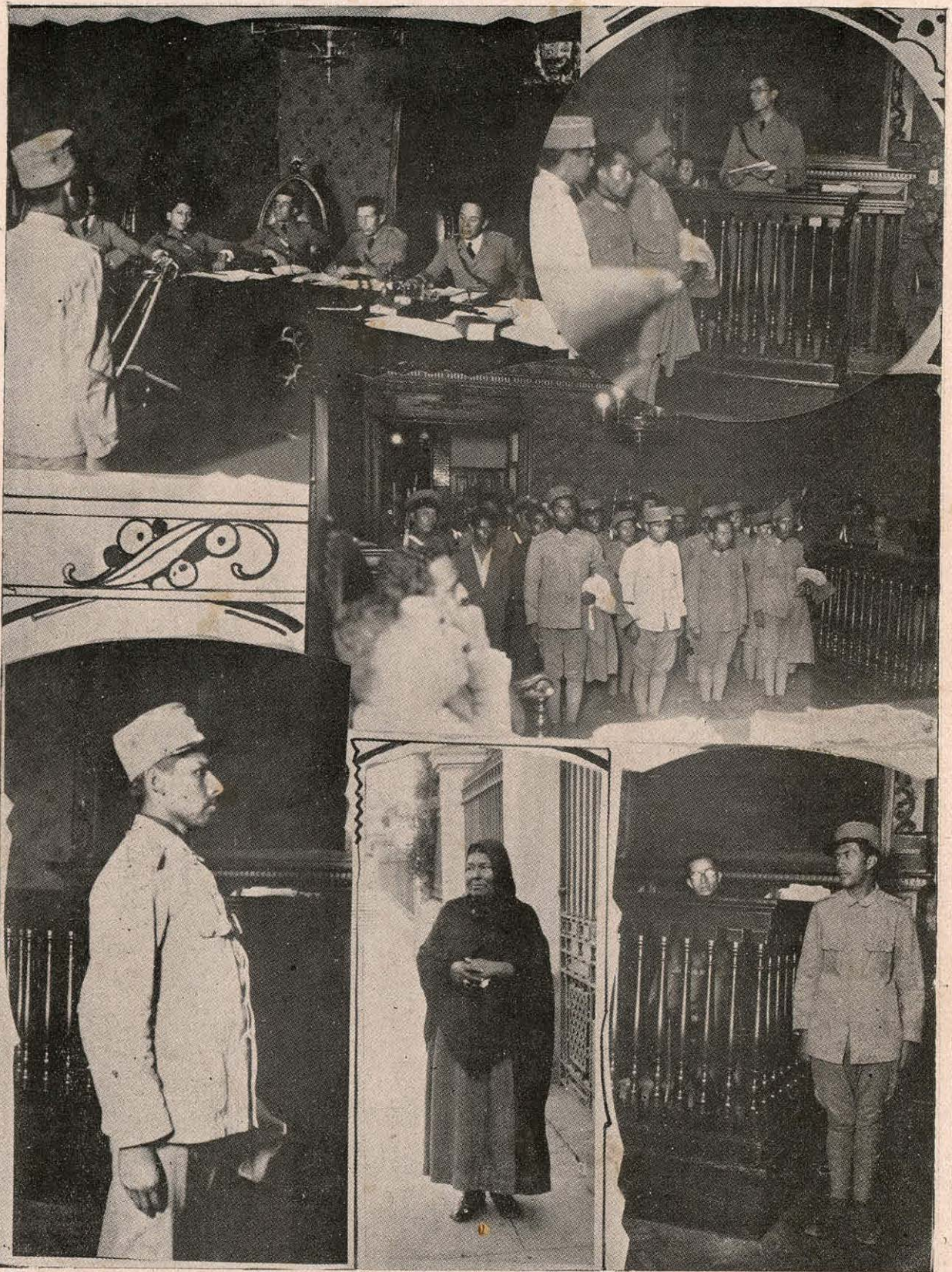
Vizconde de LASCANO TEGUI

HOMENAJE A LA MEMORIA DEL DOCTOR AUGUSTO DURAND



Conmemorándose el día 31 de Marzo último el luctuoso aniversario de la muerte del ilustre hombre público nacional, doctor Augusto Durand, presidente nato del Partido Liberal, los miembros de esta agrupación política y numerosos caballeros que fueran amigos personales del malogrado caudillo, realizaron una romería ante su tumba, depositando ofrendas florales y rindiendo sentido homenaje a su memoria. Estuvo presente en este homenaje, el hijo del extinto, señor Augusto Durand Dyer. El personal de "La Prensa", que fuera de propiedad del doctor Durand, realizó, asimismo, un acto recordatorio de su eminente exdirector propietario. Damos vistas de este acontecimiento.

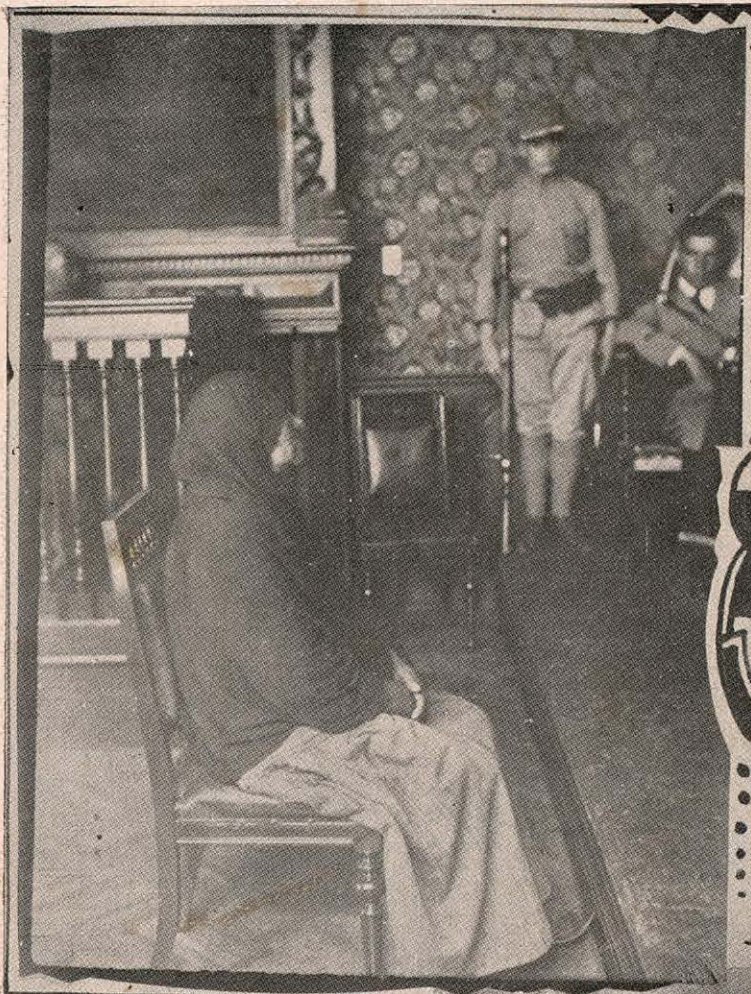
EL CONSEJO DE GUERRA QUE JUZGO A LOS AMOTINADOS DE SANTA



Sargento José de la O. Pagano, prestando su declaración — El fiscal del Consejo de Guerra en funciones — Los sindicados en el motin, durante la audiencia pública — El sargento Victor Huapaya Chacón, cabecilla de la sublevación, durante su declaración — Señora Gregoria Chacón de Huapaya, madre del sargento Huapaya y testigo en el proceso — El cabo José Zegarra Ldesma, escuchando la sentencia dada por el Consejo de Guerra

En medio a la anhelante expectativa pública se realizó el miércoles último, la actuación final del proceso abierto contra los responsables del absurdo motin del 23 de Marzo, en el fuerte de Santa Catalina.

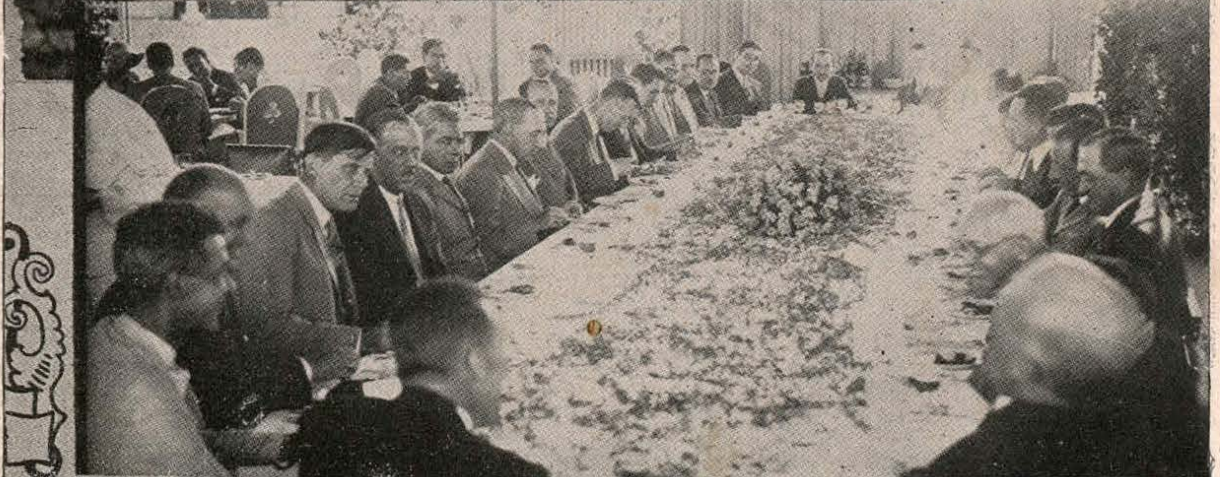
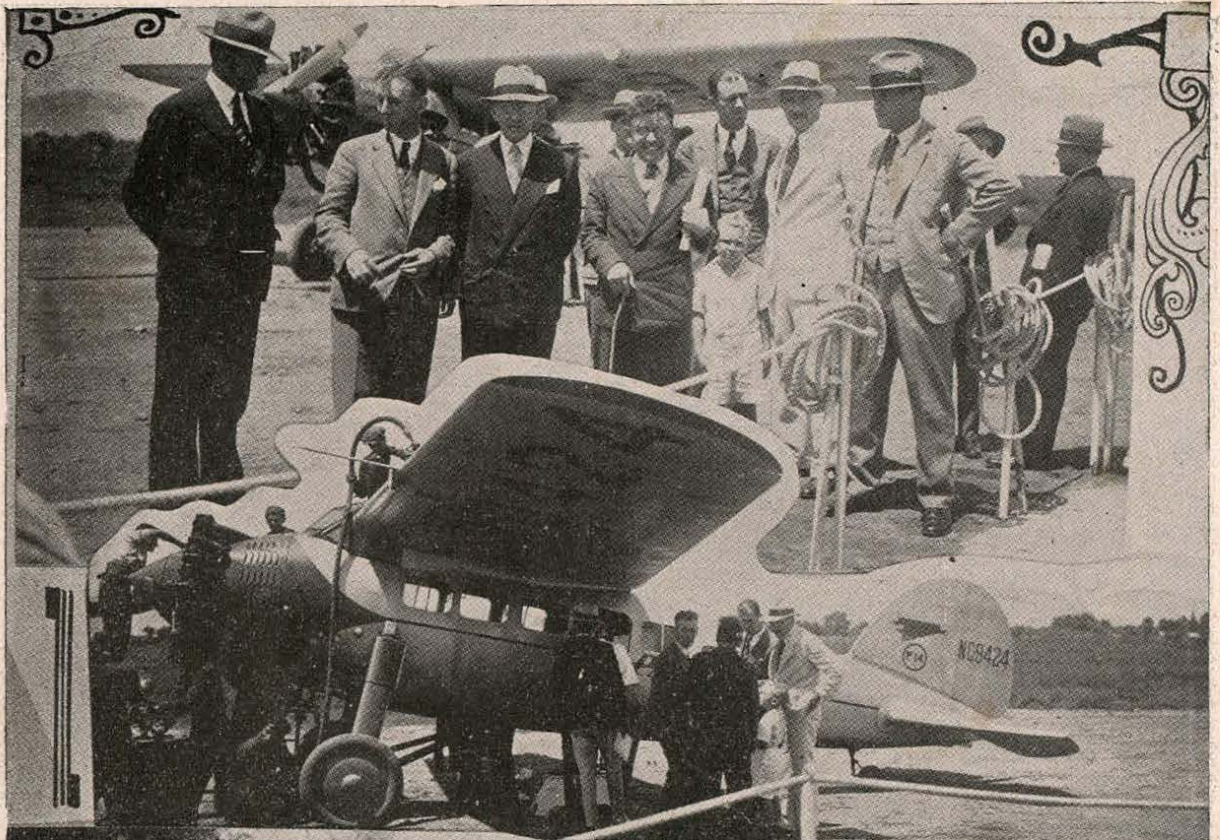
CATALINA, EN LA NOCHE DEL LUNES 23 DE MARZO



La señora Chacon de Huapaya, prestando su declaración — La testigo, señora León, llegando al local del Consejo — Comandante Armando Aguirre, jefe del Regimiento sublevado, declarando en el juicio oral — Algunos enjuiciados en el momento de llegar a la Zona Militar a dar su declaración ante el Consejo de Guerra

Desde las ocho de una mañana del miércoles hasta las cuatro de la madrugada del jueves, duró la interesante audiencia, durante la cual se efectuaron los interrogatorios y los careos y comparendos de los distintos acusados

LOS PERIODISTAS NORTEAMERICANOS EN LIMA



En misión de estudio y de confraternidad panamericana, visitaron nuestra ciudad, en la semana última, los distinguidos periodistas norteamericanos, señores Leo Kieran y Ward Morhouse. Los prestigiosos colegas yanquis, que realizan un viaje a través del continente, continuaron su gira, el lunes último, hacia el Sur. Durante su estancia en Lima fueron objeto de múltiples agasajos y manifestaciones de simpatía. El vicepresidente de la Panagra, señor Harold Harris, ofreció en honor de los referidos huéspedes, un almuerzo en el Country Club, al cual concurrieron los señores Ministros de Relaciones Exteriores y Marina y Aviación, el embajador de la Unión y representantes de los diarios y del alto comercio americano en el Perú. Damos vistas de esta fiesta.



Banquete al Señor Carlos Ledgard



El gerente del Banco Alemán Transatlántico, ofreció un suntuoso banquete, en el Club Nacional, en honor del señor E. B. Ledgard, distinguido caballero que se retira de la dirección de esta institución de crédito, después de haber servido siete años en el puesto, con todo acierto y competencia. Asistieron conocidas personalidades de la banca y el alto comercio locales y representativos de nuestra sociedad. La manifestación fué brillante y evidenció los altos méritos del agasajado y el prestigio y consideración a que se ha hecho acreedor. Ofrecemos vistas de tan merecido agasajo.



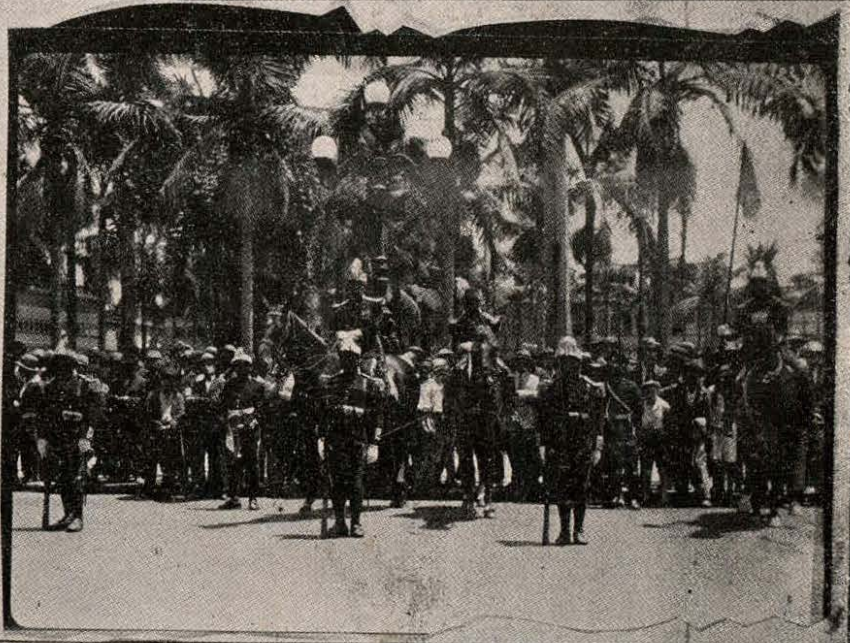
La semana Lima



Con gran solemnidad fueron conmemorados los hechos del viernes santo. En la Basílica Metropolitana con asistencia de la Junta Nacional de los Navegantes del Estado. Las tropas de la I y II Brigadas de la Plaza de Armas, rindiendo, a los fines correspondientes a su alta investidura. Los gráficos de las facetas más interesantes

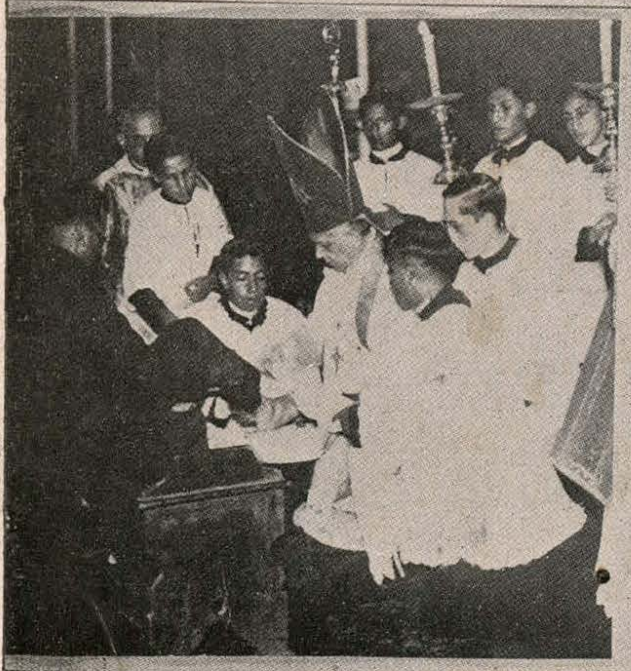


Santos en



grados, en Lima, los días jueves y
se celebraron los oficios sagra-
de Gobierno y de los altos funcio-
narios formaron en los alrededores
representantes del gobierno, los hono-
rarios. Reunimos, en esta doble página,
los actos.

LA CEREMONIA DEL LAVATORIO



En la tarde del jueves santo tuvo lugar, en la Basílica Metropolitana, la tradicional y edificante ceremonia del lavatorio de pies, oficiando en el acto el Illmo. y Rvdmo. Fray Mariano Holguín, administrador apostólico del Arzobispado, quien, como es de rigor, procedió a lavar los pies a doce pobres, en recuerdo de los doce apóstoles. En esta ceremonia, Monseñor Holguín estuvo asistido por sus familiares y miembros del Cabildo.

Damos vistas del acto, así como instantáneas de los oradores sagrados que tuvieron a su cargo el sermón de las tres horas, en la Basílica Metropolitana y en la de la Merced.



LA PROCESION DEL SANTO SEPULCRO

Como todos los años, se efectuó, en la tarde del Viernes Santo, la solemne procesión del Santo Sepulcro, la cual efectuó el acostumbrado recorrido. Las andas fueron cargadas por los socios de la Archicofradía respectiva. El guión fué portado por el señor Prefecto del Departamento, teniente coronel César Salazar.

Numeroso concurso de fieles acompañó la tradicional procesión, que revistió los más solemnes relieves, evidenciándose, una vez más, el espíritu devoto de nuestra ciudad.



El Prefecto de Lima, portando el guión, en la procesión — Las andas del Santo Sepulcro — La imagen de la Dolorosa, durante el desfile procesional por la Plaza de Armas — Aspecto de la inmensa muchedumbre que acompañó la procesión del viernes santo.

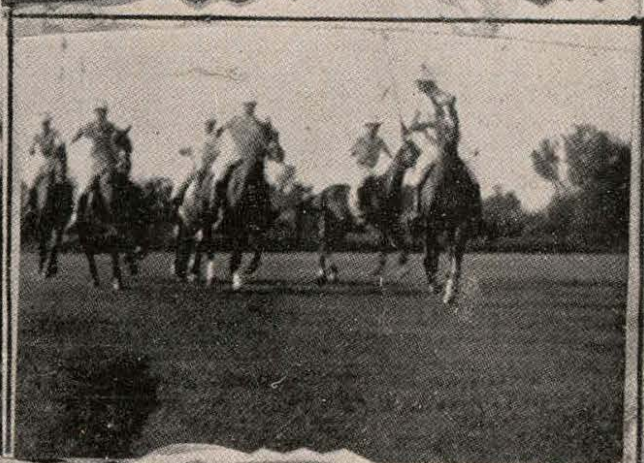
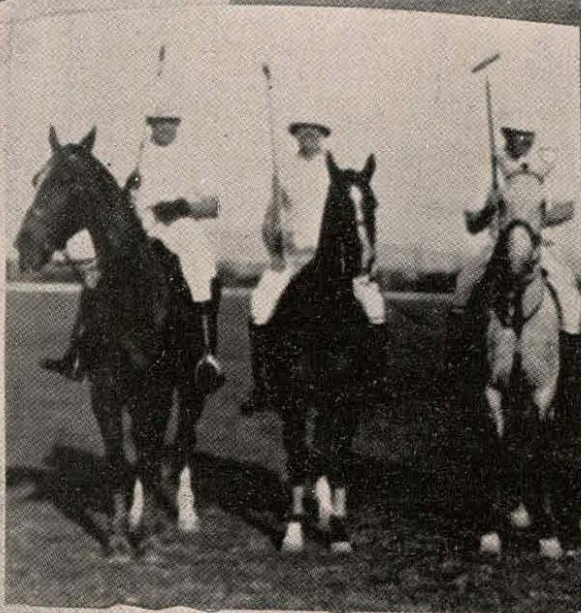
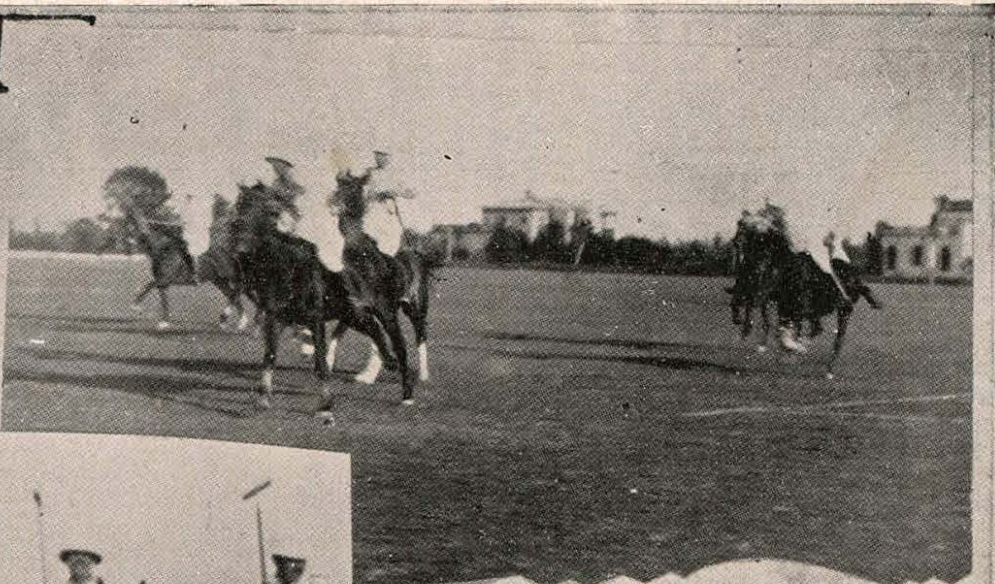


NOTAS HIPICAS

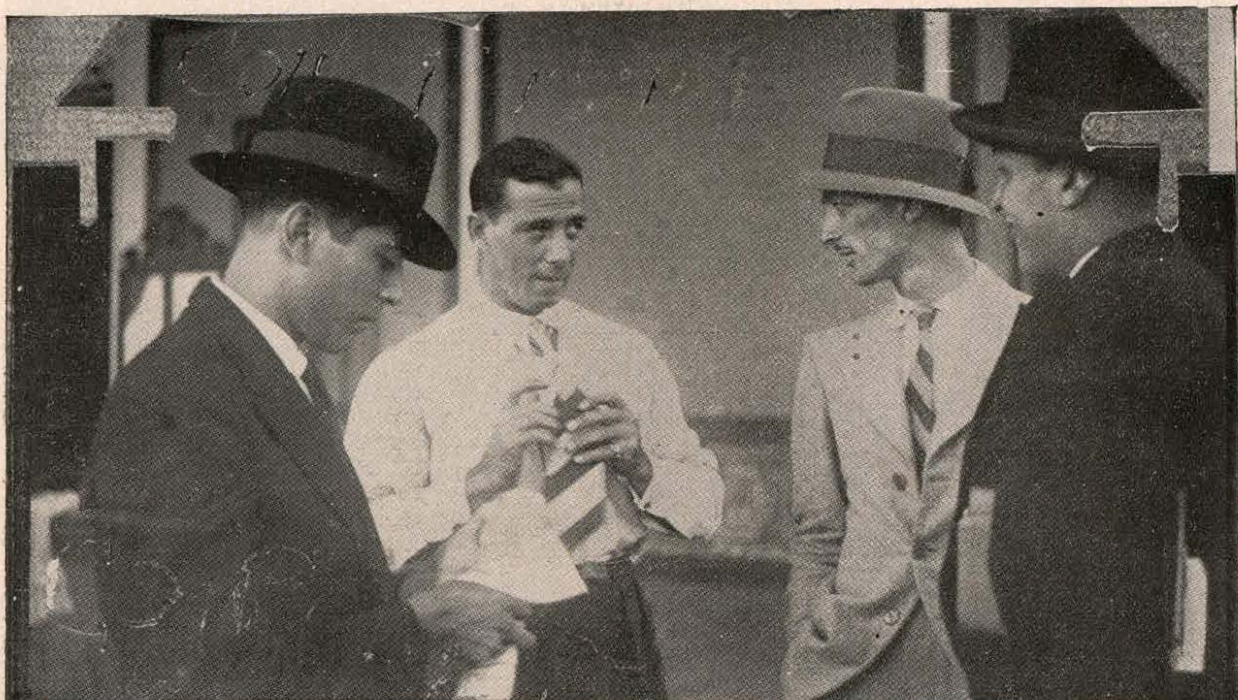


Durante las carreras de la estación veraniega se ausentaron algunas familias "habitués" de Santa Beatriz que, terminada la temporada en los balnearios e iniciado el otoño, han reanudado su concurrencia al recinto hípico realzando el aspecto social de las reuniones dominicales. En esta página publicamos algunas vistas parciales del público concurrente a la reunión del domingo último

DE POLO



En el ground del Country Club se efectuó el sábado último un interesante y reñido match de polo entre equipos pertenecientes a la colectividad británica residente en Lima, habiendo concurrido a presenciarlo, el señor Ministro del Reino Unido y su distinguida esposa, así como prominentes personalidades de nuestra sociedad y de los círculos deportivos. Publicamos varios gráficos del emocionante match.



CON FERNANDO BRIGNARDELLO

ERA IMPOSIBLE

Muy temprano. El verano todavía no ha traspuesto el frescor de esas mañanas del Callao. A un lado del "Cannottieri" una colmena de pes-

cadores se dedican a enredar sus hilos, que han servido en la madrugada para atraer a los peces a bordo de sus misérrimos botes. Y mientras el oleaje golpea suavemente en la quilla de las embarcaciones, el silbo del hombre que

remienda las redes rompe el silencio..

Y allá, como un punto insignificante, una yola corre de prisa impulsada por recia remada.

El famoso "8" del Canottieri pronto carga el bote rumbo a la bodega. Y los hombres sudorosos, con las manos todavía crispadas, levantan los remos en alto.

Fernando Brignardello, el strock de aquella tripulación famosa, segundos después corre abrochándose el cuello y con el saco en la mano en pos del tren que rechina sus frenos. Agitación, Nervios en tensión, Músculos distendidos en una alocada carrera.

El cronista no ha tenido tiempo ni de abrir la boca. La primera pregunta de su reportaje semanal se torna en un vocablo ininteligible en sus labios. ¿Quién detiene a un hombre que parece poseído de una alma del infierno?

EL MAS SERIO DE LOS BOGAS ¿QUIEN LO CREE?

Y otra ocasión más propicia se nos brinda.

—¡Psh!... ¡Brignardello!

Las llantas patinan en una frenada apurada. Los choferes atrás, atruenan el espacio con sus claxons estridentes.

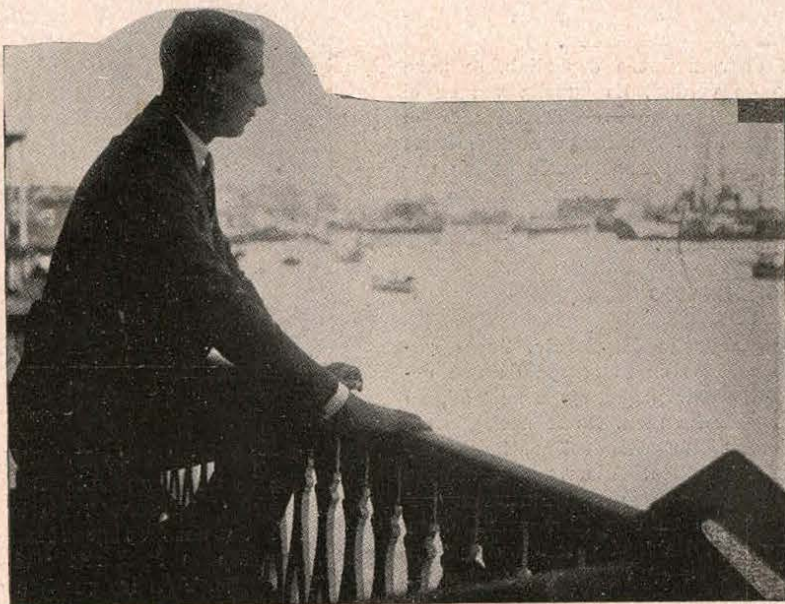


En pleno entrenamiento

Y el “municipal” dirige al boga una mirada preñada de cólera.

Y Brignardello no puede más que cargar con los cronistas rumbo al “Cannottieri”.

El carro trepida a cada vuelta del camino. Y mientras el chofer guía maestramente a 70, el cronista apro-



Contemplando el escenario de sus triunfos

vecha para fusilarlo a preguntas.

—No, hombre! Yo soy el más serio de los bogas.

Se olvida el popular remero cuando entrenaba en el “Lima”. Se olvida de aquellas noches que tendido en su catre de campaña en los altos del dormitorio, pasábase la noche integra en tirar puchos a los colchones de sus compañeros que habitaban en la plauta baja. Y entonces sí era cierto cuando preguntaban sus compañeros por el

que incendiaba sus colchones. Pero se obsesionaba en ser serióte. Allá él...

LO DEGRADARON

Cinco años de boga. Y si no fuera porque una vez corrió por el Universitario, tuviera una carrera invicta. No fueran catorce las medallas que esconde en el fondo de su baul: fueran quince. Y en camino a las veinte a juzgar cómo va corriendo el boga del



Portando el remo como estandarte



Desvistiéndose para dedicarse a un pequeño entrenamiento

“Canottieri”.

—No quiero recordar eso del Universitario — nos dice .

Y el voluminoso deportista se pone serio de verdad. Es aquella vez en el emborronó su foja de servicios en el deporte. Llegaron hasta a degradarlo en el orden de importancia de las tripulaciones. Y pensar que más tarde iba a marchar a la vanguardia de los bogas nacionales!

EL SACRIFICIO

El muchacho displicente. Pocos momentos antes de la regata en que debía intervenir y ganar con su “8”, no se encontraba bien. En la noche, como una maldición del destino, había sufrido un cólico. Además, los dolores en los riñones lo atormentaban. Y Brignardello en una silla mirando, en la mañana, las boyas, había dispuesto remar por su club pase lo que pasara.

—¿Y cómo te sientes?

Matellini, el estupendo boga del “Canottieri”, se preocupaba por la tripulación.

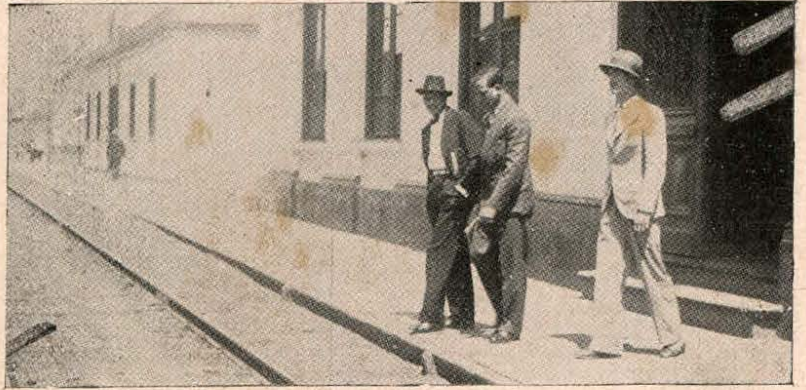
—Bien!... Perfectamente!

El sacrificio se había consumado. Y cuando los malcones se mecían por el peso de una multitud que gritaba con las manos en alto. Y las mujeres lanzaban al aire sus gritos ensordecedores, una yola traspasaba la meta vencedora... en el strock iba Fernando Brignardello.

Un hurra en el que se expandieron los pechos plétóricos de energía selló una de las últimas regatas oficiales.

LOS MEJORES

—¿Los bogas más grandes que ha tenido y tiene el Perú?



Saliendo del “Canottieri”

—El primero: Ariosto Matellini. Ese muchacho es un monumento. Después, Berckemeyer “el mocho”. Mario Cabello uno de nuestros grandes timoneles, por eso lo apodaron “el Mago”. Schemone. Y de los que han sido, merece citarse Barbe. Mentira, nadie podría recordar con ese nombre a uno de los mejores remeros nacionales, mejor podríamos decir: “Polilla”. Es ese el boga que mejor estilo técnico tiene. Impecable...

—Falta uno.

Interviene Izcue, el Presidente de la Federación de Regatas.

Y Brignardello no quiere citar a ese remero que falta, porque es su persona. Y trata de desviar la conversación por otro camino y de disimular el embarazo de una pregunta nuestra al respecto.

—Perdemos ti tiempo lastimosamente. El Perú cuenta hoy en día con excelentes tripulaciones. De ellas podría sacarse un representativo que en cualquier país podría defender con prestigio nuestro deporte. Lo hemos proba-

do una y mil veces. Bogas de polendas que nos visitan, no pasan en nuestro ambiente de ser medioeridades. Y es que no es éste deporte de hoy, sino que tiene una antigüedad de veinte años. Y vuelvo a repetir que en una justa internacional haría un seleccionado nuestro un gran papel. Y esto que nuestros remeros no sobrellevan los entrenamientos con la rigurosidad que es necesario y que en caso de defender los colores de la patria sería muy diferente.

Brignardello acaricia la idea optimista de una gran performance de nuestros bogas en cualquier justa internacional.

Han pasado las horas en amena charla con el gran boga del “Canottieri”. Hemos robado una mañana al hombre de negocios. La diestra del campeón francamente aprisiona la del cronista.

ARTILLERO

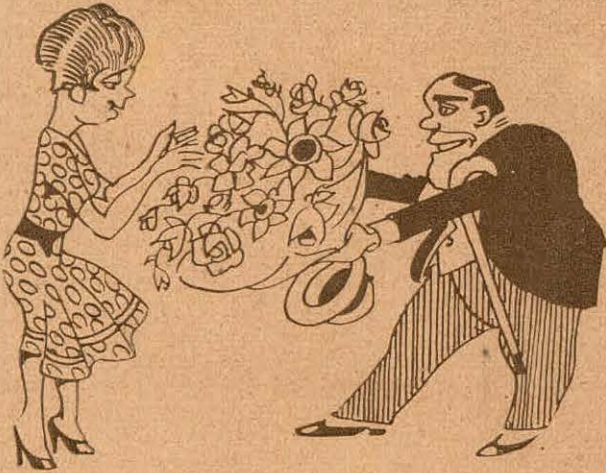
(Fotos de César A. Castillo)

BANQUETE AL SR. EUGENIO SANGUINETTI



Un aspecto del banquete ofrecido en el Hotel Bertolotto, al señor Eugenio Sanguinetti, por sus amigos, con motivo de su viaje al Viejo Mundo

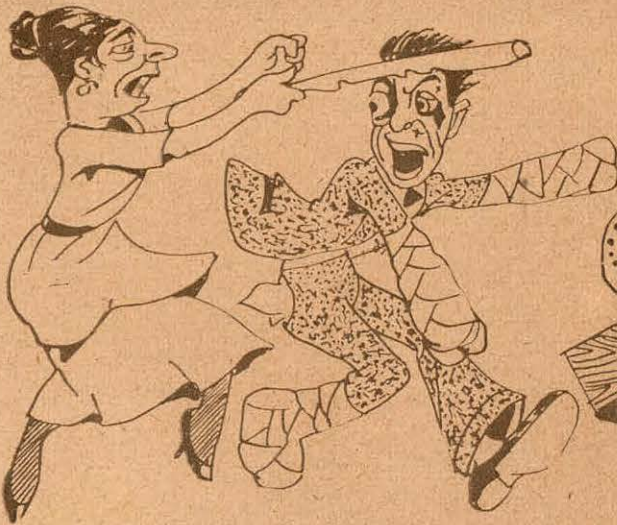
D I A S S A N T O S



DOMINGO DE RAMOS



VIERNES DE DOLORES



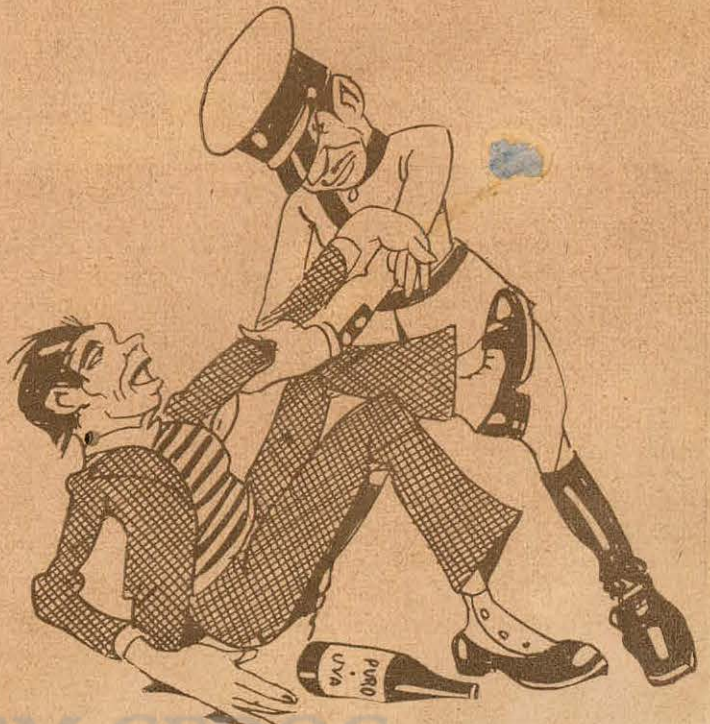
ECCE HOMO



VIA CRUCIS



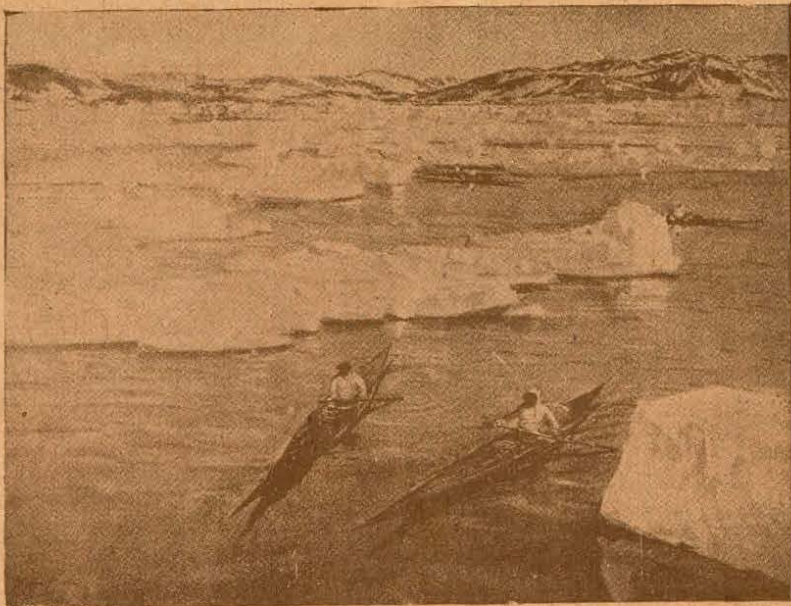
MATER DOLOROSA



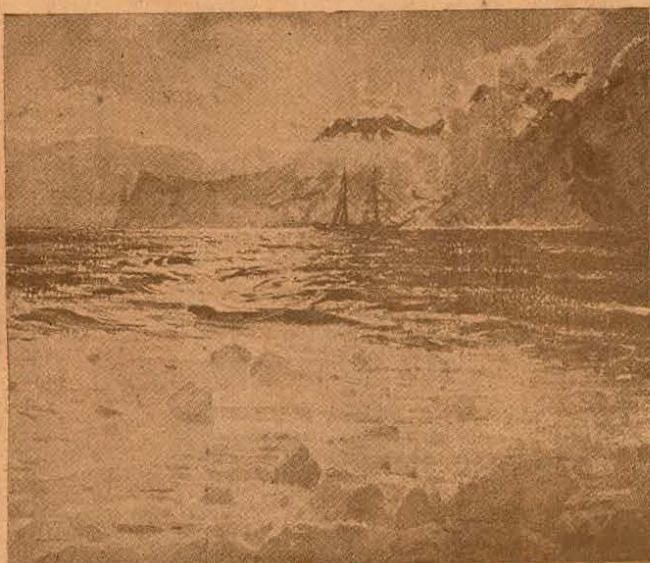
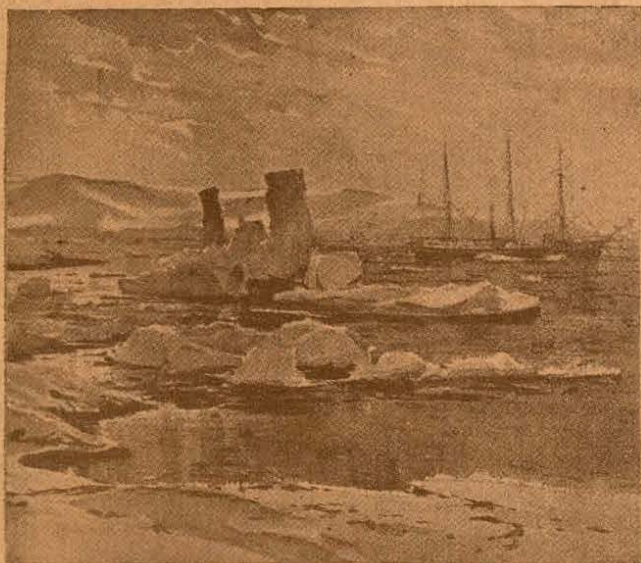
UNA CAIDA... CON EL CIRINEO AL QUITE

EN GROENLANDIA

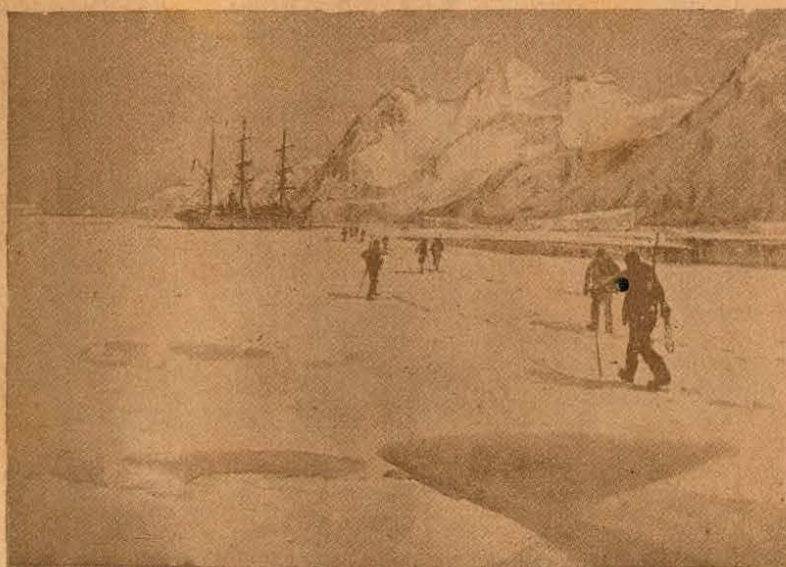
En las regiones polares más que en cualquiera otra parte de la tierra, el sol es creador de ilusiones. Por las fantasmagorías del espejismo multiplica la extensión y el número de los hielos que componen los témpanos, y a estas tierras, dominio del frío, da la engañosa apariencia de países cálidos adornándolos con violentas coloraciones durante las horas fugitivas, en que triunfa de las brumas. En ninguna parte esta paradoja de la naturaleza se observa más frecuentemente que en Groenlandia, en esa comarca en que el fenómeno glacial llega a su máximo de intensidad para este hemisferio, y ninguno de los pintores que, desde Biard, en 1838, se han visto atraídos por esos extraños horizontes



El sol de medianoche en Groenlandia (Scoresby Sund)

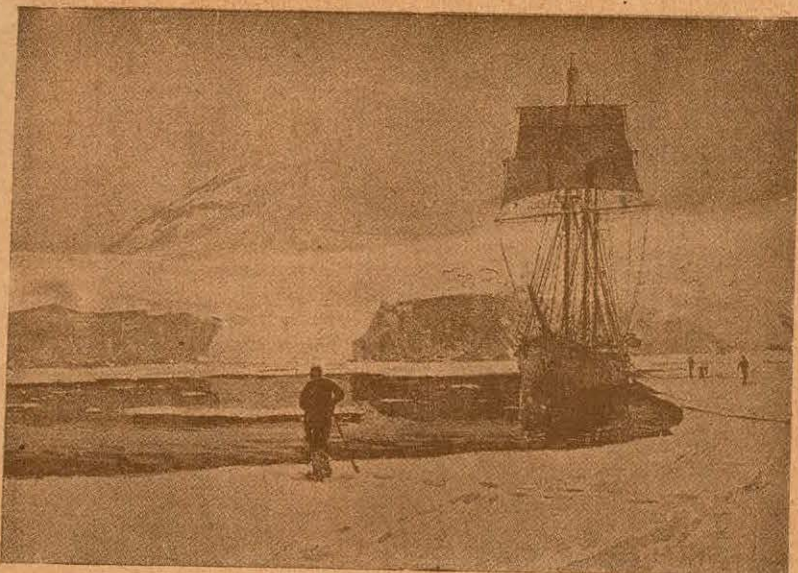


Avituallamiento de la colonia de esquimales, instalada en el Scoresby Sund — Una ventisca en el Scoresby Sund



La entrada del Scoresby Sund en hermoso tiempo

han logrado dar una visión más verdadera y más impresionante que Mr. Marin Marie en esas obras que aquí reproducimos. Con este artista penetremos en el Scoresby Sund, inmenso fjor de la costa oriental de Groenlandia. En medio de la formidable aglomeración de hielo que se extiende sobre el mar como sobre la tierra, esas playas contienen pequeñas casas, hileras de abedúles y sauces apenas de un metro de altura, vegetación lujuriantes para el país. En ese lugar privilegiado el gobierno danés ha instalado una colonia de esquimales y está en discusión que Francia establezca ahí en 1932, un observatorio meteorológico y magnético para participar en un programa internacional de investigaciones. Los estudios de Mr. Marin Marie presentan, pues, ese interés suplementario de mostrar la región muy

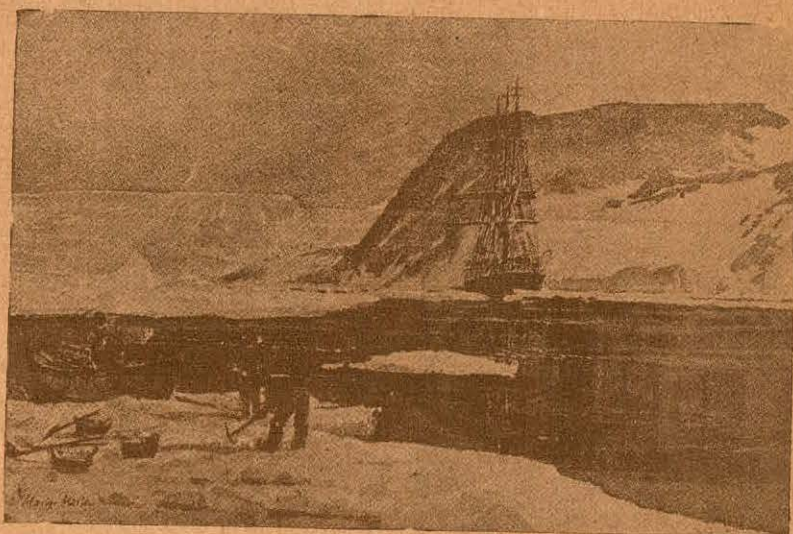


En tiempo nebuloso en el Scoresby Sund

nos notables. Tal es el estudio que representa una ráfaga de viento. Nubes que llegan del este encapuchonan progresivamente las cumbres de las montañas, después resplandores de fuego descienden del enorme glaciar cubriendo el interior del país: el mismo fenómeno que el "foehn", en Suiza, o el "viento de España", en los Pirineos; y luego, una furiosa tempestad pone el fjord como en ebullición.

Cuando vuelve la calma, se ve entonces casi constantemente un cielo cubierto de una ligera bruma que deja en transparencia reflejos azules o verdes.

Ese fjord groenlandés no permanece siempre solitario. En el verano, se anima con el ir y venir de los esquimales con sus Kayaks, esos débiles transportadores de piel de foca sobre los cuales los indígenas se atreven a pene-



Tarea de los marineros cortando bloques de hielo para llenar las cajas de agua

trar en pleno mar: por fin, de vez en cuando llegan navios a la rada: el paquebot cargado de vituallas de la colonia, algún cazador de focas o algún yate polar: barcos que pertenecen a tipos desusados, pero que son pintorescos con sus velámenes cuadrados! En Groenlandia, la marina de velas o, para hablar con exactitud, la marina mixta vive sus últimos días.

Charles RABOT



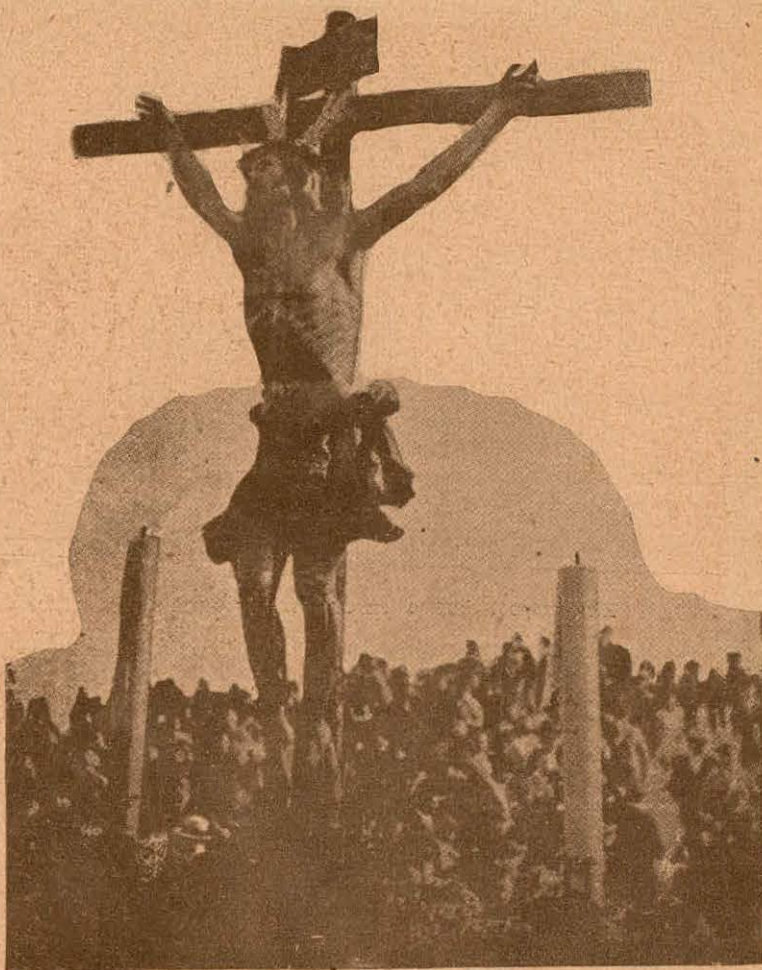
La tarde en una de las ensenadas del Scoresby Sund. Marineros dirigiéndose a la playa

FIESTAS EN LA CIUDAD DE LA PRIMAVERA

Sevilla es todos los años por la primavera una actualidad fragante que revive con el esplendor de las fiestas creadas por un pueblo artista, habituado a soñar, sobre las realidades vivas.

Una vez más la Ciudad de la Primavera, la ciudad de la fe y la belleza — la ciudad que con toda propiedad pudiéramos llamar "Pasión", — va a poner de manifiesto su espíritu impercedero en los aspectos de la Semana Santa y la Feria, el Dolor y el Gozo, términos que contienen entre sí el sentido divino de la vida, hallado felizmente y armonizado con suprema sutileza por el alma — monte y cofazón — de un pueblo iluminado que conoce su designio de sembrar rosales de luz al borde del humano sendero.

Sevilla es de continuo, por la singularidad de su fe, de su historia, de su arte y de sus tradiciones, la mayor fiesta que puede afelecer la curiosidad del mundo; pero en la primavera, cuando al espíritu de la ciudad se le renuevan las alas para volar bajo el azul impecable y sobre los jardines floridos, proclamando sus fervientes anhelos religiosos y la gracia de sus esparcimientos alegres, es mayor e itresis-



El Cachorro, de Triana, sobre el puente que une el popular barrio con Sevilla



Cristo de la Expiración, vulgo El Cachorro. Escultor Bernardo Gijón. (Capilla del Patrocinio, Triana). Saeta: "En tus ojos, la ternura; en tus labios, el perdón, y en tu frente, santa y pura, los surcos de la amargura, Cristo de la Expiración."

tible el atractivo y soberanamente hechicero el espectáculo.

Se ha afirmado, con razón, que las fiestas de la Semana Santa y de la Feria son obra de todos y de cada uno de los sevillanos, sin que tuviesen otro organizador que la primavera, llena de gracia.

Han llegado a ser típicas por artísticas y... por humanas. Si así no fuesen, no serían sevillanas ni se diría de ellas que son los disantos del arte, del humor y de la poesía.

LA SEMANA SANTA

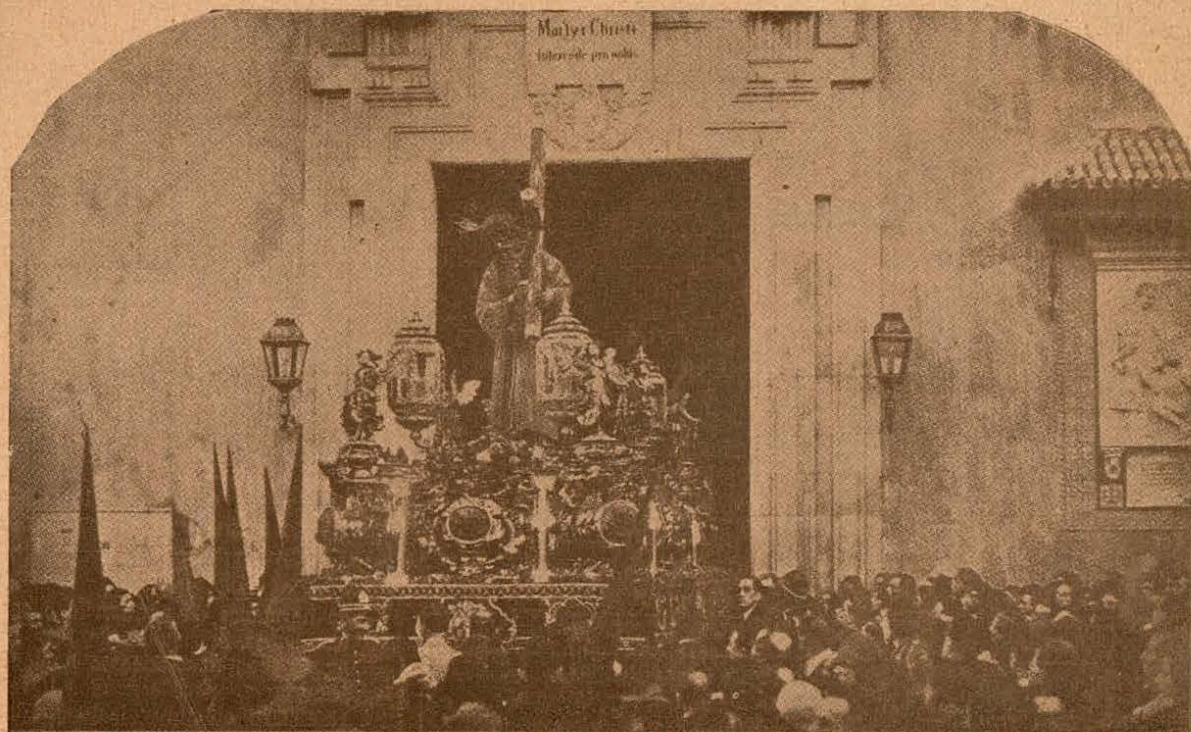
Las grandiosas fiestas religiosas de Sevilla, universalmente conocidas, comienzan, en realidad, el Domingo de Pasión, con una tan solemne como bella ceremonia en el admirable Patio de los Naranjos, de la Catedral. En este patio existe un histórico púlpito — donde hablaron, entre otros preclaros varones de la Iglesia, San Vicente Ferrer y San Francisco de Borja — desde el cual predica al pueblo la doctrina

de Cristo un sacerdote, teniendo al cielo como techo azul del singular templo y a los naranjos, cuajados de flores de azahar, como incensario del hermoso aseo.

Su significación es absolutamente religiosa; pero el ambiente hace ver



Feria de Sevilla: Los gitanos preparan el burro viejo para venderlo por nuevo



Jesús del Gran Poder, a la puerta de un templo. Saeta: “Yo no sé cómo he de amarte, mi Jesús del Gran Poder; yo no sé cómo adorarte; mas mis ojos al mirarte, dejan el llanto caer”.

que también Sevilla predica allí su doctrina, constituyendo por esto la ceremonia una llamada al mundo, hecha con solemnidad ritual bajo el cielo donde triunfa el azul y ante la primavera en flor: “¡Venid a Sevilla, creyentes artistas; que Sevilla va a mos-

trar una vez más su espíritu...”

Y después de esta llamada, el otro domingo, cuando realiza la bendición de las palmas y las olivas empieza el espléndido desfile de las Cofradías magníficas, compendio maravilloso de fe religiosa y de arte delicado.

No decae jamás el entusiasmo de los sevillanos por conservar el esplendor de sus fiestas religiosas. Cofradía quiere decir confraternidad; y los hombres del Sur, cuyas inclinaciones propenden a un fatal individualismo disociador, cuando se trata de fiestas religiosas y artísticas, sean como sean y piensen como piensen, se unen como hermanos para ejercitarse en el noble misterio de conservar una preciosa tradición, principalmente porque es bella, y hacen que se llene de elegancias — que se vista de fiestas — la ciudad querida.

Examinadas las Cofradías sevillanas, con sus magníficas exhibiciones procesionales, desde el punto de vista religioso, puede decirse, glosando al apologista de ellas, Bermejo y Carballo, que esas Fraternidades o Hermandades constituyen una de las más eficaces armas o espirituales medios que la religión inspira para obtener fruto recordando la Pasión de Jesús. San Agustín dijo que la consideración de la Pasión de Nuestro Señor era de más mérito que visitar la Tierra Santa; San Gregorio el Grande asegura que es señal de predestinación, y San Alberto Magno afirma que la simple memoria o meditación de los misterios de la Pa-

sión era de mayor mérito que ayunar a pan y agua por espacio de un año todos los viernes, que aplicarse unas disciplinas de sangre y que rezar diariamente los ciento cincuenta salmos del Sallerio de David.

La fundación de las cofradías tuvo,



Cristo del Amor. Escultor Martínez Montañés. (Iglesia del Salvador).



La Virgen de la Luz. Capilla de la Carretería. Cofradía del gremio de toneleros

por lo tanto, como objetivo promover la devoción, pues "siendo ésta — dice textualmente Bermejo — como freno en las demasías del hombre, una voz viva que le advierte sus defectos y un medio seguro que le conduce al camino de la perfección, conocieron los piadosos fundadores de dichas corporaciones que para reformar las costumbres y bien espiritual de los fieles era muy a propósito y eficaz el establecimiento de hermandades, cuyo objeto fue recordar al pueblo cristiano el beneficio grande de la Redención; como el portento más admirable y el misterio más digno de su creencia. Con éste fueron instituidas estas utilísimas confraternidades, dedicadas a la contemplación de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo; y para que su memoria se renovase con más eficacia en los corazones cristianos en los días que la Iglesia con especialidad la recuerda,



Desfile de la Cofradía del Cristo de la Fundación, vulgo "de los negritos", por haberla fundado el Arzobispo Gonzalo de Mena, para la protección de los esclavos negros.



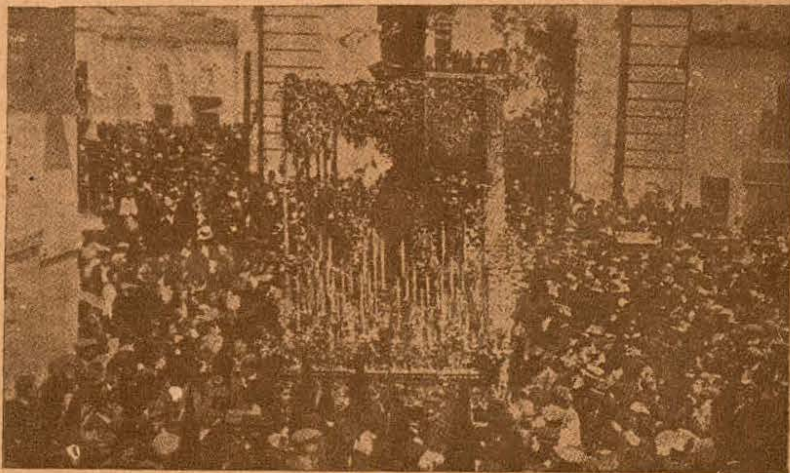
Un coche enjaezado a la usanza andaluza

dispusieron un culto público, cual es llevar procesionalmente y con la mayor devoción la Imagen de Nuestro Divino Salvador en algunos de los pasos de su pasión cruenta".

Desde tiempos muy remotos de la cristiandad existieron en Sevilla corporaciones piadosas que realizaban sus funciones devotas en los templos y aun en casas particulares; pero las Cofradías propiamente dichas, o sea con el carácter de culto público renovador de la fe, datan del siglo XVI. Generalmente se componían en su principio las procesiones de la siguiente manera: un estandarte o insignia con algunos faroles; después, los hermanos y las personas que por su religiosidad querían tomar parte en la devoción,, formando dos filas paralelas, y al final, un Crucifijo llevado por un sacerdote o un noble rodeado de cofrades con hachones de cera virgen encendidos. Sucesivamente fueron ampliando sus elementos hasta llegar a la riqueza y esplendor actuales.

de hermanos de penitencia o sangre, y los demás, hermanos de luz. Los primeros iban azotándose o haciendo otra penitencia, y los segundos llevaban cirios para alumbrar las sagradas imágenes, colocados entre aquéllos a proporcionadas distancias, para evitar también las tinieblas de la noche.

El traje común para unos y otros era de un áspero lienzo blanco y una soga ceñida a la cintura, llevando sobre el pecho el escudo de la Hermandad respectiva, estampado en cuero o cordobán, y caminando descalzos. Sus rostros iban cubiertos por antifaces de cañamazo, medio adoptado para no infringir la prohibición de disciplinarse en público hecha por Clemente VI. El caprote, en sus principios era redondo y corto y caía sobre la espalda o el hom-



La macarena Virgen de la Esperanza, por la famosa puerta de su barrio. Saeta: "Vas llorosa y afligida, Virgen de la Macarena. Por Ti, mi madre querida, yo diera entera mi vida, si así aliviara tu pena."

Establecida en las Cofradías la disciplina, los cofrades dedicados a este ejercicio eran designados con el título

bro, por no contener dentro cartón ni cosa alguna que lo sostuviera levantado.



LAS LAGRIMAS

La viejecita se llamaba María y el hijo, Pedro. Solos queñaron en medio de aquella montaña, sin ánimos para bajar a la pradera.

La injusticia de los de abajo se mezclaba con el desdén de los de arriba. Solía decir Pedro a su viejecita:

—Estamos más cerca de Dios que de los hombres.

Y así era no más. Realmente poco tenían, pero no necesitaban grandes cosas. Un pequeño sembrado era suficiente para su alimentos, y, como en los cuentos de hadas, tenían una ca-

bra y dos pequeños cabritos. Algunas ocasiones, los pastores de abajo, es decir, de las praderas, pensaron unificarse con el pastor de arriba. Pero jamás llegaron a entenderse. ¿Por qué? No lo sabemos. Lo que puede deducirse es lo siguiente: Pedro no podía com-

prender la vida de los de abajo, y éstos la del de arriba.

María, la anciana madre de Pedro, solía decirle de vez en cuando:

—Escucha, hijo mío; es necesario que llegues a la pradera y te hagas amigo de los hombres.

—Yo estoy tranquilo con mi soledad. No deseo por otra parte, más amistad que la tuya.

Pero esto no podía tranquilizarla así no más, pues comprendía los íntimos secretos de la juventud.

Pasaron unos meses, y Pedro con su cabra y sus cabritos y su pedazo de tierra en cultivo, pasaba los días y los meses. La tranquilidad era mucha y nada parecía perturbarle.

Los de abajo fueron haciéndose poderosos, y como en toda fuerza es necesario un jefe, estos eligieron a Patricio, un recio pastor de centenares de cabezas de ovejas, cosa que Pedro no miró de buena manera, pues tal puesto no correspondía a Patricio, sino a Ventura, el anciano y antiguo rabadán.

Contó sus desazones a la madre y se dispuso no bajar más a la pradera, demostrando en eso su independencia y silencio.

No así la anciana, que le rogó que, ahora más que nunca, era su deber llegar con más frecuencia a la pradera.

Por acatar las palabras de la que le dió el ser, Pedro bajó en ocasiones a la pradera, y mostró aparente conformidad con la política rústica de los pastores.

Éstos y su rey no daban importancia al pastor, pues estaban al tanto que con tres cabezas de ganado no era digno ni de llamarse pastor.

Ignoraban éstos que cuanto más solo se está, más pastor se es. Pastor de mesnadas, suele, la mayoría de las veces, no mandar en sí mismo.

Un día, Patricio, en uno de sus viajes a las ferias de ganados de las ciudades vecinas, vino con una idea curiosa, que expuso a sus compañeros, al calor de las fogatas, mientras asaban castañas y bellotas, tomando largos tragos de vino serrano, con recio pan de centeno y oloroso y rico queso de cabra...

—¡Rediez y qué cortejo llevaba el Gobernador de la ciudad...

—¿Lo has visto? — dijeron algunos.

—Claro es. Esos son poderíos y no los nuestros, que tenemos que mandar nos a sí mismos lo que necesitamos para la mantención...

—¿Y qué mejor que eso? — repuso Ventura, el viejo rabadán.

—Cualquier cosa es mejor. Vergüenza me da decir en los poblados que soy rey de pastores.

—Más vale serlo, que de soldados.

—Lo que sería menester — dijo uno



Antes de empolvarse

Aplicáse suavemente sobre la tez un poco de Crema de miel y almendras Hinds. Hace que el polvo adhiera bien y parejo durante muchas horas. Presta al rostro un encanto singular y duradero, ¡y da notable protección al cutis!

CREMA de miel y almendras HINDS

— es que nosotros hiciésemos a nuestro rey un castillo como se merece y de rindiésemos las ceremonias necesarias.

—¡Ja... Ja... Ja...! — rió la mesnada. — Lindo estaría de abalorios y cintajos el rey Patricio.

¿Acaso tengo mala estampa? — dijo, un poco amoscado, el pastor.

—No se hizo la miel para la boca del asno — dijo sentenciosamente el viejo rabadán y se retiró a su croza, dejando a los pastores con sus sueños de poderío y de grandezas imitadas.

Era el día del Redentor, y como tal, gloriosa y santa fecha. Ventura llegó, con mil esfuerzos a la choza de Pedro el de la montaña, o Pedro el de las Tres Cabezas, como le motejaron los alegres pastores de la pradera.

—¡Caramba, qué feliz visita!

—No tanta, señora María, pues hoy me traen, en tan fausto día, malas noticias.

Se acercaron al fuego, y empezó el viejo rabadán a decir lo siguiente:

—Los pastores, en su loco afán de grandezas proclamaron rey a Patricio, cosa que ustedes ya lo saben.

—Sí, sí — respondieron a coro madre e hijo.

—Pero, lo que ignoran, es que Patricio se ha propuesto levantar su choza encima del cerro, o sea, en este lugar, para que sus ojos dominen el valle.

—¡Esto es mío y muy remío! — dijo Pedro.

—Sosígate, hijo.

—En vano lucharás y, al final, serás vencido, más por la fuerza que por la razón. Así es que si le parece, señora María, junto a mi chozil haremos otro, en buena hora y en la paz de Dios; viviremos igual.

Pedro nada repuso, por no violentar con palabras feroces la calma de su amada madre... Pero en su pecho había un eráter.

Ya era tardísimo cuando se marchó el viejo Ventura acompañado de Pedro, para servirle de lazarrillo y de ayuda a las cansadas piernas del anciano pastor.

Al regreso, encontró Pedro un grupo de pastores que venían de un poblado en bulluciosa algazara, y con el ánimo mezclado en los ricos vinos de la sierra.

—Jujuy... ¡Quién viene! — dijo uno.

—Pedro, Pedrín, ven con nosotros.

—Dejadme en paz...

—¡Rediez! — dijo Patricio, que también estaba.

—Pues, ¡no eres tú poco altivo!

—¡Tienes que respetar a nuestro rey!

—Dejadme, hablar, muchachos — dijo Patricio. — Mira, Pedrín: hemos pensado que mi choza se levante en lo alto del cerro, así es que caza tus avíos y forma la tuya en el llano.

—¡Mientras tenga un soplo de vida, mío será aquel pedazo de tierra, donde descansa mi padre y donde yo naé!

Patricio, lo miró de arriba abajo, se acercó suavemente, enarboló el garrote y le asestó un formidable golpe en la cabeza a Pedro que rodó ensangrentado hasta detenerse entre unas matas.

Los pastores quedaron sorprendidos, pero Patricio, enarbolando nuevamente el garrote, dijo:

—Ni una palabra más. Se hará lo que yo mande. Mañana levantaré mi

"Variedades"

choza en el cerro, y mucho cuidado con lo que se diga. ¡Andando!

Y fué el primero en empinarse la bota y cantar una copla montañesa...

**La mujer que a mí me quiera
Grande y recia tié que ser...
Como piedra de molino
Siempre pronta pa moler...**

Y, poco a poco, siguieron los pastores a la voz del bruto, y se perdieron en el robledal...

Crstianísima sepultura le dieron al hijo, la pobre vieja y el anciano rabadán y, junto una tumba a otra, yacían padre e hijo...

Al día siguiente, cuando ya estaba instalada en su chozil, al lado de Ventura, Patricio se llegó brutalmente a la madre, y así le dijo:

—Yo maté a Pedro. El me faltó el respeto. Si tratas de hacerme enemigos con tu dolor y sale de tus ojos una sola lágrima, el viejo Ventura seguirá el camino...

—Descuida, Patricio... El dolor está en mi corazón, pero el castigo estará en tí mismo el día que te des cuenta de que el Señor te mira.

—¡Ni una lágrima!

—Descuida...

Así fué. El rey se hizo su choza y nadie se acordó más de la muerte de Pedro. La anciana tenía razón cuando le decía al hijo que tratara de hacer comunidad con sus semejantes, pues si así hubiese sido, Pedro estaría más

grabado entre los pastores... Pero, como era un solitario, leve fué su recuerdo...

La pobre María no lloraba... es decir, lloraba, pero a solas, y sus lágrimas caían lentamente, haciendo cañidad en su cuenco de barro, que luego la anciana echaba en una calabaza, guardándola como tributo de dolor a su pobre hijo Pedro...

Tarea impuesta, silenciosamente, para templar su alma en el dolor humano.

El viejo Ventura miraba aquella pobre madre fuerte y grande que sabía guardar su dolor, como guarda el corazón las heridas de la ingratitud.

Años malos envió el Señor Todopoderoso a los ingratos pastores!.. Una sequía terrible iba matando poco a poco el ganado y hacia enturbiar los caracteres de sus cuidadores. Patricio se tornó sombrío y nadie podía hablar con él una sola palabra.

Muchos pastores cayeron víctimas de su garrote y de su fuerza bruta.

Miraban con ojos torvos el sol brillante y la tranquilidad del firmamento que, impasible, se cerraba a los deseos de los pastores y de su rey. Este, cada día más irritado, miraba a la vieja María, deseando dar rienda suelta a sus odios en ella, pues en su corazón germinó la idea de que la vieja era la causante de que el cielo se negara a socorrerles, mandándoles una lluvia.

Y esperaba ver en el semblante de la anciana un gesto de pena o de alegría, para satisfacerse con toda la bestialidad de su fuerza... Pero, no fué

posible. Por más que la espíritu, nada pudo conseguir. Siempre, a carita arrugada y serena tenía el mismo gesto de ausencia.

Los días fueron pasando más terribles. Casi todo el ganado moría en trágicos y dolorosos momentos y los pastores fueron cayendo: unos víctimas de la sed; otros, del carácter de Patricio.

No había un solo regadío que mantuviese su hilito de agua... Secos, jrios y cascadas!.. ¡Parecía una maldición trágica y justiciera!

Patricio se moría... Pedían los pastores un poco de agua para su rey maldito... Algunos, enviados a los pueblos cercanos, no llegaban; la calentura los achicharraba en el camino.

La vieja María, la pobre anciana, guardaba su calabaza, casi llena de lágrimas... Sus ojos, por lo viejos, por lo cansados, no daban más lágrimas. Y, como si oyese un llamado del cielo, agarró la calabaza y se dirigió hacia el cerro, hasta llegar a la choza del rey.

—¿Qué quieres? ¿Vienes a maldecirme y cebarte en mi pena? — dijo Patricio.

—No; vengo a darte de beber.

Le alargó la calabaza, y bebió avidamente hasta no dejar una gota.

Aquella noche a eso de las once, una lluvia torrencial inundó la sierra...

Fueron tres días de espantosa tormentas. Al cuarto, salió el sol, llenándolo todo de alegría, y los pastores sobrevivientes pudieron animarse y reconstituirse...

Patricio, no se sabe por qué misterio, no fué más ingrato y brutal. Una sonrisa de dulzura había en sus ojos, y su boca tenía una línea más pura y serena...

La pobre anciana con sus lágrimas tornó aquel corazón endurecido, en un lago quieto y lleno de bondad.

Pero... le duró poco al rey pastor la dulzura de su vivir... Una noche, en medio de una tormenta, una centella lo lomó como punto de apoyo y lo dejó carbonizado.

Al día siguiente, cuando fueron a verlo los pastores, hacía muchas horas que no era ya de este mundo...

Pero, en sus ojos y en su boca había, sin embargo, una gran serenidad..., una gran dulzura.

Ahora, el viejo rabadán, el más anciano de los pastores, el buen Ventura, es el rey de ellos.

La pobre María... es una ilusión del pasado y... de sus recuerdos.

GALIC DO ARIZONAS



BRILLO NATURAL

La nueva belleza de las uñas

> > > **L**AS mujeres distinguidas eligen Glazo porque sustituye el tinte de aspecto artificial de las uñas por un brillo natural. El color de Glazo es delicado, sutil, y refleja el natural matiz rosado de las uñas, poniendo en ellas fulgor encantador y dando así gran belleza a toda la mano. El brillo dura una semana sin marchitarse ni oscurecerse y sin que caiga la capa que lo forma.

Agente
Sr. EDUARDO B. AGUIRRE
Casilla 2666, Lima



De venta en todas las perfumerías y droguerías

GLAZO



UNMSM-CEDOC



EL PESCADOR Y EL MARINO

POR
ZOLTAN
AMBRVS

Inice estaba sentada junto a la ventana, contemplando el tranquilo mar.

Como se encontraba sola soñaba...

— ¡Qué felices deben ser las mujeres que viven al sur, allá lejos, al otro lado del mar! ¡Yo he oído que esas mujeres contemplan el sol a diario y se cubren con velos de alegres colores, que, al bailar, se agitan y revolotean en torno suyo! ¡Durante el día se pasean en lindos palanquines, y a media noche, cuando la luna está en lo más alto del horizonte, suaves campanas las despiertan y las barcas las conducen a través de lagos encantados! Una

vez, en la noche cálida, murmura en sus oídos palabras de amor, y a la orilla del río, entre flores, aromáticas, danzan al son de los himnos nupciales con bizarros guerreros y apuestos marineros! ¡Ah, qué felices son, Dios mío, ellas las mujeres que viven al otro lado del mar!...

Inice miró al reloj, cuyo ruido monótono parecía repetirla: — ¡Lejos de aquí!... ¡Lejos de aquí!...

— ¡Oh, sí, lejos de aquí! — suspiró la pobre mujer del pescador. — Desde este rincón en que estoy, tan sólo escucho soplar el viento y rugir la tempestad...

¡La cabaña es tan estrecha, tan oscura y estoy en ella tan sola!... ¡Dios mío, qué felices deben ser las mujeres del otro lado!

— ¡Lejos de aquí! ¡Lejos de aquí!... repetía, monótono, el tic tac del reloj.

De repente el pescador, su marido, entró. El sudor mojaba su frente, la escarcha había cubierto su barba ruda y el duro trabajo había curtido su rostro. Mariscos y pescados bullían en la red que llevaba sobre la espalda.

— ¡Brr...! — gritó. — ¡Te aseguro que se está mejor fuera que aquí

dentro. ¿Por qué no encendiste el fuego?

Inice pensó en aquellas voces del otro lado del mar que murmuraban dulces palabras de amor y levantóse llevando la lámpara.

Mientras tanto el pescador dejó la red; después frotándose las manos, dijo:

—¡Mira, mujer, qué peces tan hermosos! El rey no los tendrá mejores! ¡Ha sido una buena redada!

Y, diciendo aquello, se echó a reír ruidosamente.

—Es cierto, respondió Inice.

Pensaba ella en los marineros vestidos de azul, que danzan bajo la luz de la luna con las jóvenes de lindos velos.

Pero el pescador, girando sus ojos feroces, dijo:

—Oye, ¿por qué no gritas como yo? "¡Oh, qué pesca tan grande! ¡Ah, qué peces tan hermosos!"

—¡Qué peces tan hermosos!.. ¡Qué pesca tan grande! — dijo Inice.

Yel tic tac del reloj decía a su vez: "¡Ah, qué pesca tan grande! ¡Qué peces tan hermosos!"

—Anda, ven a sentarte sobre mis rodillas — dijo el pescador.

Inice obedeció, sin mirar a su marido. Sus ojos, más allá de la estrecha ventana no veían más que la noche.

—¿Qué miras de ese modo, a través de la ventana?

—Los barcos que navegan hacia el sur.

—No son barcos, son nubes. ¿Tomás las nubes por barcos?

—Sí — respondió maquinalmente Inice.

Abandonó las rodillas de su marido, y después preparó y sirvió la frugal comida.

El pescador comía glotonamente, bebiendo el vino en la misma botella.

Inice, que veía desaparecer los grandes bocados, soñaba con los lindos marineros de los cinturones azules, que, allá lejos, al otro lado de las vastas inmensidades acuáticas, beberían y cantarían en los jardines iluminados, comiendo con el borde de los labios.

—Bueno, ¿y tú no comes? — gruñó el pescador.

—No tengo ganas.

—¡Prueba este pescado!

Inice movió la cabeza.

—¿Qué es lo que te pasa?

Inice permaneció silenciosa.

Entonces el pescador enjugóse la boca con el dorso de la mano, y dijo, mirando fijamente a su mujer:

—¿Ni comes ni bebes! ¿Qué te pasa? Todavía no está viejo tu traje, y en Pascuas te compré un zagalejo rojo..

—No me hacía falta el zagalejo...

El pescador sospechó entonces que su mujer tenía algún secreto que le roía el corazón.

—¡Es curioso! — dijo;— yo creía que nada te faltaba. Nuestra cabaña es sólida; apenas si mi amigo el vien-

to hace temblar sus vidrieras. Tienenos leña para calentarnos, una buena cama para dormir y mi red puede alimentarnos; tú vistes tan bien como las demás, y el domingo en la iglesia, eres la más bonita. Entonces, dime: ¿qué tienes?

—Tengo miedo cuando estoy sola.

El pescador, inspeccionó la estancia en todas direcciones, como si se hubiera buscado a sí mismo.

—¿Sola? ¿Luego... estás sola?

—Sí, cuando sales al mar estoy sola desde la mañana a la noche.

—¿No quieres charlar con la vecinas?

—Quisiera, pero todas ellas se van al lavadero a lavar la ropa de sus hijos.

—¿Por qué no hablas con mi hijo?

—Es todavía muy chiquito; además, está ciego, no conoce los colores ni las formas de las cosas.

El pescador dirigióse hacia la camita donde descansaba el niño ciego y dijo:

—Me gusta más dormir que hablar.

Inice, sin moverse de su sitio, bajó la cabeza y miró al suelo.

El pescador contempló un momento a su hijo dormido; después, volviendo

junto a su mujer, le dijo:

—¿De modo que te encuentras sola?

¡Es curioso! ¡Yo no estoy nunca solo! Lo estaría; pero tengo un compañero que se llama Djinn, y Djinn habla a veces días enteros. ¡Ah, las historias que me cuenta...! Yo quisiera que tú las oyese. Oyéndolas te divertirías.

—Tú te diviertes — repuso Inice — yo... ¡tengo miedo, tiemblo! El huracán aulla bajo mi ventana.

—El trueno que hunde los barcos grandes, perdona a los pequeños.

—Es verdad, pero también lo es que hay mujeres que viven en las tierras de sol! Llevan en el cuello collares de coral, flores en la cabeza y danzan hasta que se hace de noche! ¡También yo quisiera bailar! ¡Todavía soy joven!

El pescador miró a su mujer con la mayor estupefacción. Después se puso a reflexionar, como suelen hacer las gentes humildes cuando se esfuerzan por ser inteligentes.

—Escucha, Inice, voy a decirte una cosa. No es hoy cuando he pensado en esto... Djinn me ha hablado de ello muchas veces... Oyeme: lo mismo si sigues a mi lado, que si te marchas, mi cabaña será siempre tuya. Si te basta con ella, te seguiré queriendo; si la



PATENTADO

Soy el Hombre más feliz desde que uso "EXTIRPINA"; con cada pomada va el modo de usarlo

PEDIDOS POR MAYOR Y MENOR AGENCIA MODERNA

KIOSKO CALLE DEL CORREO

Apartado 1614 — Lima

abandonas, trataré de olvidarte. Si te fueses y más tarde quisieras volver, encontrarías siempre la puerta abierta, porque me he llegado a acostumbrar al dulce mirar de tus ojos, y al sonar tranquilo de tu voz. Sin embargo, piensa en que si me abandonas y después vuelves, no volverás nunca a oír mi palabra... tendrás siempre el albergue y el alimento; pero a mí, no volverás a encontrarme nunca. Sabes bien ¿no es verdad? lo que significa semejante palabra: ¡Nunca! Esto es cuando tengo que decirte.

Y el pescador cargó su pipa, mientras tarareaba un trozo de canción, la canción del pescador feliz...

Inice guardó silencio. Se desnudó lentamente, recitó la oración de la noche, santiguóse y se metió en la cama.

Todavía, antes de dormirse, hubo de murmurar:

—¿Qué felices deben ser las mujeres que viven allá lejos, al otro lado del mar!

II

—¡Buenos días! — gritó el marino, deteniéndose delante de la estrecha ventana.

Inice sintióse enrojecer desde la raíz de sus cabellos al borde de las uñas; y temblando de emoción respondió:

—Buenos días.

—¡Hermosa, qué haces tú en casa?

—¡Cuido a un pobrecito niño ciego!

—dijo Inice, alzando los ojos hacia el cielo.

—Abreme la puerta — pidióla el

marino, riendo — Te contaré historias de los países que están al otro lado del mar.

—Es imposible — respondió la joven. — Mi marido no está en casa.

—¡Ah tu marido! — dijo en tono de mofa el marino. — Ese reparo no existe entre nosotros al otro lado del mar.

—Pero aquí sí existe — balbuceó Inice.

—¿Es que me tienes miedo?

—¿Yo? No tengo miedo ni al viento, ni a la tempestad, ¿por qué había de tener miedo de tí? Entra, si quieres.

El marino, entró en la cabaña, sentóse sobre el escabel del pescador, bebió en su calabaza, y después miró en torno suyo.

—¿Tu marido no fuma?

—Sí — respondió Inice.

Ella misma cargó la pipa del pescador; el marino la encendió haciendo brotar grandes espirales de humo.

—¡Hum! dijo, arrojando en torno suyo una mirada circular; todo esto me parece un tanto pobre.

Inice enrojeció de nuevo.

—Es cierto, dijo ella; pero hablemos de otra cosa. Dime primero... lo que hacen allá lejos, en tu país, al otro lado del mar.

—Oye, se me ha ocurrido una buena idea; mi barco parte mañana; ven a verlo tú misma.

—Imposible — respondió Inice — es preciso que permanezca aquí para cuidar del pobre ciego.

Entonces el marino, estalló en una

carcajada, y dijo, aproximándose a ella:

—¡Vamos, tú bromeas! ¡Tú no has nacido para enfermera! ¡Mírate un instante al espejo, si es que tienes alguno! ¡Tu rostro es más bonito que el de las muchachas de allá lejos! ¡Tus ojos son como las luces eternas que brillan en el templo de Parsavanath! ¿Para qué tejen la seda maravillosa, si no es para alumbrar tu felicidad? Sin embargo, llevas un pobre zagalejo de cáñamo, vives en una fría y negra cabaña, y meces en tus brazos de muchacha el hijo de otra; y mientras aquellas que no son tan lindas como tú se despiertan con el sonar de músicas divinas, tú no tienes para despertarte más que los gemidos lamentables del viento.

Inice, completamente absorta, callaba. No comprendía por completo el significado de aquellas palabras, pero bastábala con lo poco que de ellas podía saber.

—Escucha, continuó el marino. Allí donde yo voy, el aire es como un perfume esparcido por todo el cielo y el cielo como una gran sonrisa. El calor del sol es suave como la caricia de una virgen y la brisa que juega por las mañanas con las cabelleras de las mujeres se muere a mediodía, agotada por tantas caricias. ¿No has creído ver, alguna vez, entre sueños, ese maravilloso país? Allí las flores son mayores que tú, y, en sus cálices purpurados, muchos pájaros de plumaje de oro gorjean amorosos cánticos. Sobre las aguas inmóviles como tranquilos espejos, los cisnes se deslizan entre las columnas de los lotos, bajo las blancas sombrillas de las esbeltas ninfeas; y pequeños palacios de mármol, construídos sobre el río, vense como dormidos en el fondo de las aguas. Más lejos, detrás de esos blancos palacios, bajo la sombra de las higueras, desplégase la gran flor amarilla del Tchampa, cuya miel es tan dulce que la abeja la evita para no morirle de envidia. Allí nos pasearemos juntos. Yo te cubriré con velos y sedas y te llevaré al templo de Parsavanath para jurarte amor eterno ante Aquél que está presente en todas partes. Y después por la noche... pero, ¿sabes lo que es la noche lejos? No es como aquí, una negrura horrorosa... ¡Escucha! El sol desaparece arrojando fuegos como los de bengala, y en su lugar vese ascender, en el horizonte, una luna inmensa y roja, cuya claridad, inundando el Oriente, hace palidecer mortalmente la de los astros. El lago está lleno de reflejos verdes, y todas las luces del jardín iluminan las orillas de aquél. La flauta y el tamboril resuenan... Entonces desembarcaremos cerca de las ruinas iluminadas en los jardines de Gonzalez, donde se baila a la luz de la luna. Dime, ¿quieres venir?

¿Dolor de espalda?

Si siente dolor de espalda, aviso quizá de dolencias graves que amenazan su salud, venza al dolor



aplicando inmediatamente Linimento de Sloan. Produce un calor agradable, activa la circulación y viene una saludable reacción que elimina el dolor. Adquiera hoy mismo un frasco.

Linimento de SLOAN

MATA DOLORES

Inice temblaba, como si acabase de salir de una pesadilla.

—No, no puedo — dijo — no es posible; tengo que cuidar el rieguito.

—¿Estás loca? ¿Quieres envejecer aquí? Vamos, no dudes más, mi barco sale mañana.

El marino colocó la pipa sobre la mesa, se levantó y abrazó largamente a Inice temblorosa.

—Si no vienes — le dijo al oído — te llevaré.

E Inice murmuró:

—Iré.

III

—Un poco de tabaco vale más que todas las mujeres del mundo — dijo el marino.

—¡Ah, seguro! — aprobó su amigo, una mujer es un fardo más pesado que diez cargamentos de arroz.

—¡De buena gana saldría ahora de las islas Colibrí — suspiró el marino — si pudiese!

Y pretendió extenderse cuan largo era contra el muro del fumadero; pero era demasiado grande y tuvo que volverse a sentar.

—Bueno — preguntó al camarada, que era fogonero a bordo. — ¿Y para qué has cargado con el estorbo de esa mujer?

—¡Qué sé yo! — respondió el marino. — Ahora veo claramente que he cometido una tontería. He tenido queridas a montones, blancas, negras, pieles rojas, amarillas; las unas olian a pescado, o a alquitrán; las otras, por el contrario, eran de cabellos suaves como la seda y se parecían tanto a las flores que las abejas las seguían.... ¡pero nunca había tenido una querida triste!

El fogonero dijo:

—Compañero, voy a darte un buen consejo.

El marino escuchó al consejero y volvió a casa todo pensativo.

Inice le aguardaba en el umbral. En todas las puertas había muchachas con el rostro acicalado. Pero Inice no las veía, ocupada por completo en vigilar el regreso de su amigo el marino.

Le vió, por fin, aproximarse lentamente, tal como una barca cargada, por rodadas.

Cuando estuvo junto a ella, Inice colgóse a su cuello y preguntóle, zalamera:

—¿Cuándo iremos a pasearnos los dos en palanquín por los jardines iluminados?

El marino guardó silencio, pensativo, pero Inice insistió:

—¿Cuándo iremos bajo las higueras donde crece la gran flor amarilla de Tehampa, cuyo jugo es tan dulce?

El marino miró a su querida duramente, y contestó:

—Mujer, ¿sabes tú cómo juran los marinos?

—No, respondió Inice

Empresarios - Industriales y Contratistas

Si Uds. no tienen un Seguro contra Accidentes del Trabajo, en la

Compañía Internacional de Seguros del Perú

es porque ignoran las ventajas que él les proporciona — Dénnos la oportunidad de explicárselas

Visiten nuestra Oficina SAN JOSE 323 — Llámennos al TELEFONO 32403 — Sin

ningún compromiso para Uds.

—Vas a saberlo.

Y él se lo enseñó...

Inice se puso a llorar.

—Ahora, mujer — dijo el marino — te suplico que me dejes tranquilo.

A la mañana siguiente, salió él muy alegre, tal como era su costumbre, diciéndole a la joven:

—Te traeré un hueso de faisán montado en oro; eso da suerte.

Inice lo esperó pero no volvió en todo el día.

—Volverá esta noche — pensó.

Pero pasó la noche; después la mañana, luego el día siguiente, y el marino no venía...

Entonces Inice fué presa del miedo; salió a la puerta de su casa y preguntó a los transeúntes:

—¿No han visto ustedes a mi marido, el marino?

Por fin, un hombre la dijo:

—¿Vuestro marido? ¡Oh, a estas horas debe estar ya muy cerca de las islas Colibrí!

Al oír estas palabras, Inice volvió a entrar en la casa, y se dejó caer sobre una silla, llorando.

Lloró tres días y tres noches, escuchando una voz cerca de ella que decía:

—¡Pobre mujercita!

Inice alzó los ojos y encontró ante sí una de aquellas muchachas que ella veía adornadas y acicaladas delante de sus puertas.

—¿Quién eres? — preguntó.

—Soy la servidora del dios Kama.

—¿Cómo te llamas?

—Me llaman Bella de día.

—¡Ah! ¿Te doy pena?

—Mucha pena.

Inice se echó a llorar de nuevo.

—¿Lo que te pasa — dijo Bella

donó. Era un soldado. Ya no me acuerdo si era rubio o moreno, pero llevaba una túnica roja con adornos negros.

—¿Le querías mucho?

—Está una loca, cuando es joven — dijo la muchacha.

Inice repitió, suspirando:

—¡Está una loca, cuando es joven — Sin embargo — dijo Bella de día

— es preciso no desesperarse; tú eres hermosa, tan hermosa que si tocases con la punta del pie el árbol de Asoca, todas las flores se abrirían súbitamente; tu cuello recuerda al lolus y tu rostro es dulce como la luna; ven, yo te adornaré; te enseñaré a seducir a los hombres, a amarlos, a engañarlos también... ¿Quieres?

—No — respondió Inice tristemente.

—Haces mal. Los hombres no son buenos más que para ser seducidos, amados y engañados por nosotras; son malos, y a las que ven sin experiencia, chupan la miel de sus labios, y se van. ¡Créeme, conozco bien a los hombres!

Pero Inice respondió.

—Hay, al otro lado del mar, un hombre que no es malo; quiero volver a su lado.

—¿Por qué lo abandonaste?

—Quería divertirme, bailar a la luz de la luna...

—¿Y te mareaste con el marino?

—No, fué él quien me robó.

—Y ahora quieres volver a tu país?

—¡Oh, sí!

—Créeme a mí; quédate aquí en el país del claro de luna y de la danza...

¡Por un hombre que has perdido, volverás a encontrar ciento!

—No deseo más que uno y no tengo ningún interés por los demás.

—¿Lo amas todavía?

—No lo sé; pero quiero volver junto a él... Además, él me predijo que volvería.

—¿Y cómo cruzarás el mar?

gún hombre que sea lo bastante bueno para volverme a mi país.

— ¡Oh, pobre... pobre criatura, que todavía ignoras que no hay hombres buenos!... Pero, ¿casaco hay todavía mujeres que son buenas? — agregó ella — viendo las lágrimas inundar el rostro de Inice.

V

El pescador, sentado en su barca, contemplaba el agua profunda, y allí donde caía su mirada veía por todas partes el saltar de las olas.

Donde no había poco antes más que un ligero torbellino, el agua subía siempre más alta. Parecía como si una fuerza misteriosa quisiera evadirse de las profundidades; una vez las olas eleváronse hasta la altura de una torre como para sumergir al mundo, y después cayeron deshaciéndose para siempre.

Cansado, el pescador recogió sus redes y volvió a su casa.

Cuando penetró en el cuarto sombrío, el niño ciego le dijo:

— ¡Padre, la mujer de manos suaves está aquí!

— Tú sueñas, hijo mío — respondió el pescador.

— No — replicó el ciego, — no sueño... Está, allí en aquel rincón.

El pescador miró hacia el lugar indicado, y descubrió, en efecto, a su mujer, que estaba desplomada sobre un taburete, hundido el rostro entre las manos, y llorando.

— ¡Padre, padre, tengo miedo! — dijo el cieguetito.

— No hay que tener miedo — contestó el pescador — no te hará daño.

— Ya lo sé: es buena; pero su rostro está humedecido por las lágrimas y he tenido miedo hace poco, cuando me ha abrazado.

— Será preciso decirle a la vecina que le arregle la cama en el cuarto pequeño. Que coma también si quiere.

Después el pescador volvió a tomar la red y se marchó. Al día siguiente, todos los hombres de la costa salían para la pesca de la ballena.

Cuando el pescador, volvió, después de siete días y siete noches de ausencia, preguntó al cieguetito:

— ¿Cómo estás, hijo mío?

— Padre, la mujer de manos suaves me ha cosido una camisa.

— ¿Te habla alguna vez?

— A menudo; mientras me lava y me peina, hablamos los dos.

Ni una sola vez dirigió el pescador la palabra a Inice. Pero una noche

Dr. Alejandro Vargas Morales

Médico del Preventorium "Byron"

MEDICINA INTERNA — NIÑOS — Especialista
en las enfermedades del PULMON, CORAZÓN, BRONQUIOS y SIFILIS — Tratamientos modernos.

Consultorio: Cueva 269 de 3 a 5 p.m.

Domicilio: Manco Cápac 1705 — Teléfono 31576

el cieguetito se despertó bruscamente.

— ¿Qué tienes, hijo?

El niño lloraba.

— ¡Padre, agárrame la mano; he tenido un sueño espantoso!

— ¿Qué has soñado, hijo mío?

— He soñado que el mar invadía el cuarto. El agua subía, subía hasta la altura de mi cuello; entonces tú me has tomado en tus brazos y me has salvado. Después las olas se retiraron lentamente, pero llevábanse a la mujer de las manos suaves.

— Vuélvete del otro lado, hijo mío, y no temas nada; el mar no nos hará nunca daño... es nuestro mejor amigo.

— Padre, ¿por qué no hablas nunca con la mujer de la voz dulce?

El pescador no respondió.

— Es buena — repuso el cieguetito, — me ha enseñado algunas oraciones.

El pescador reflexionó; después dijo:

— Pregúntale dónde ha puesto el anillo que yo le di hace cuatro años, el día de San Valentín.

— ¿Su anillo?

— Sí, su anillo.

A la mañana siguiente, Inice estaba sentada, como antaño, junto a la ventana, y contemplaba el mar infinito.

Monótono, el tic-tac del reloj continuaba repitiendo: "¡Lejos de aquí!... ¡Lejos de aquí!..."

— ¿Se acordará todavía de la canción del pescador alegre? — preguntaba Inice.

De repente, el cieguetito le dirigió la palabra:

— Ha preguntado qué has hecho del

anillo que te compró hace cuatro años, el día de San Valentín.

Inice tornóse pálida, como la flor del loló.

— Lo dejé caer al mar — respondió toda asustada — pero iré a buscarlo.

Una vez, el niño ciego quedó solo en la casa. Al punto no quiso creer que estuviese solo y se puso a llamar:

— ¡Madrecita, madrecita!

Pero, como nadie le respondiese, apoderóse de él el miedo y se escondió bajo las sábanas. De repente creyó percibir sordas y numerosas idas y venidas por toda la cabaña.

Se puso de nuevo a llorar, pero le gritaron:

— ¿Quieres callarte? ¡Vas a despertarla!

Más tarde, un día... oyó a su padre que decía:

— ¡Oh, Djinn! ¿porqué he hecho lo que tú me dijiste?

Entonces, el niño cieguetito supo que la mujer de las manos suaves no le lavaría ya más, que nunca más le peinaria, y que aquellas manos tan dulces, estaban frías para siempre.

Mucho tiempo después, cierto día en que el pescador hablaba una vez de lo que había ocurrido, preguntó:

— Padre, madrecita no estaba mala; ¿cómo es que se ha muerto?

Y el pescador no supo qué responder.

¡Un niño no puede comprender esas cosas! ¡Muchas veces, ni las mismas personas mayores las comprenden!

(Ilustró Raúl VIZCARRA).

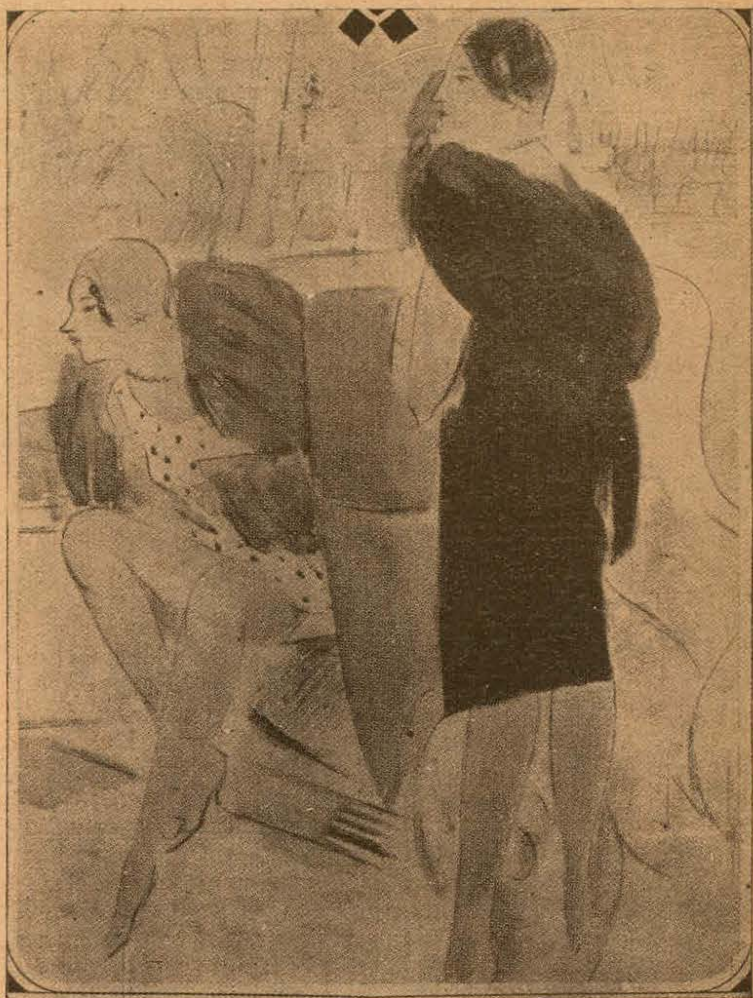


CON EL DIBUJANTE MARCEL VERTES.

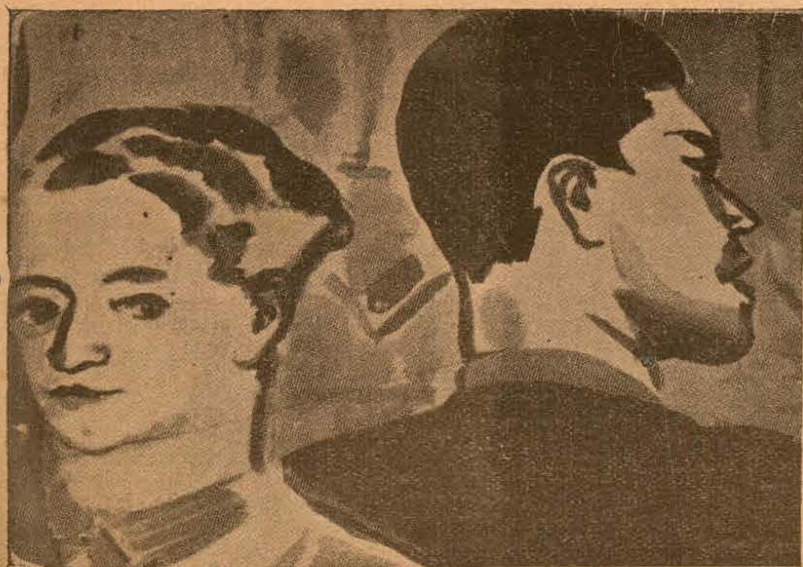
Una aguja de madera vieja raya un disco por la décima vez. La imperceptible cadencia sincopada de la canción acapara los ojos de las mujeres que cuelgan, con sus elegancias y sus semi-desnudeces, de las paredes del estudio. París filtra su luz congelada a través de los vidrios del ventanal y nos ofrece su monotonía, como en los cuadros de Monet. Villy, uno de esos perros fabricados en un invernadero londinense para ilustrar las mañanas de Rotten-Row ladra a un mono de lana. Detrás de los lentes rodeados con grandes aros de carey, la miopía del célebre dibujante Marcel Vertés nos convence de sus afanes por modernizar las más opuestas rutinas de la vida. Una ingenua de la comedia contemporánea, al mismo tiempo que rumia su lápiz de rojo, comentó los siete pecados capitales...

El dibujante de las complicaciones freudianas, que un día de tantos se instaló con sus teorías en un bazar de frivolidades parisienses, nos da una lección de tolerancia humana y nos explica las excelcitudes del vicio, cuando está vestido de sederías o desnudo sobre los lechos clandestinos, que van de los capítulos de Marcel Proust a los *faits-divers* de los diarios. ¡Placeres de la murmuración armados de todos los matices de la pintura y del dibujo! He aquí esta lección, suscitada bajo una lámpara de mercurio que refleja la suave rigidez de una plancha de cobre, sobre la cual se hunde el buril con una sensibilidad apenas perceptible.

Recetas de cócteles. Regímenes para adelgazar. Consejos para gozar del amor sin sus peligros sentimentales.



“Dos snobs en Longchamp”, estudio de costumbres donde el dibujante puso todo el vigor de su ironía



“En un dancing de Montmartre”, pintoresca escena de la vida parisiense

Manuales para aprender las danzas de moda que hoy hacen furor en un bajo fondo de Nueva York y mañana desarticulan los amaneramientos de la dama desvestida por un costurero del Faubourg Saint Honoré. Lecciones de mundanismo para poder asistir al salón de una duquesa con nombre de bailarina rusa. Maneras de gastar millones de dólares sin comprometer la cuenta corriente de un hombre octogenario, que se paga el lujo más caro de la tierra: una mujer elegante. Lecciones de divorcio antes de que el acto sagrado del matrimonio haga sus estragos. Recetas para convertir a un niño de familia un *gigoló* de moda. Todas estas formas de la psicología nocturna de las grandes ciudades las encontramos en los álbumes de Marcel Vertés. ¿No es éste el mundo con el cual sueñan las vírgenes locas de nuestra civilización, ese mundo que hacía exclamar a lord Byron, hace más de cien años: “El



Vertés explicando a León Pacheco, autor de esta crónica, el dibujo de su libro más reciente suyo

mundo está compuesto de las dos o trescientas personas de una capital que están despiertas mientras el resto de ellas duerme"?

—Yo no pretendo hacer otra — me dice — pues lo que nos ofrece la realidad es más fantástico de lo que nos ofrece la imaginación.

—Efectivamente, Vertés, a usted se le puede llamar el de Las Cases gráfico de nuestra época. Usted es un perfecto memorialista, tal como lo amaba el siglo XVIII: a la gracia de sus dibujos agrega usted esa intención espiritual indispensable en todo comentario de la vida, que los mismos literatos han olvidado en sus crónicas.

Nada escapa en los análisis de este dibujante que se divierte en todos los sitios de la tierra, inquiriendo el sentido de cada uno de los gestos de las criaturas que complican la frivolidad con sus crisis semiintelectuales y semi-mundanas. Sus dibujos profesan, por ello mismo; el culto de los lugares que el snobismo ha escogido para sus ritos

cotidianos. No busquéis en ellos una estética immanente o una dialéctica que demuestre los peligros del mundo. Si el dibujante atisba la vida sentado sobre el taburete de un bar, analizando las cosas detrás de sus anteojos graves, su ironía perdona las ridículoes y corrige las poses demasiado humanas de los seres que cambian su sexo para asustar a sus propias conciencias. Si se instala sobre la arena de playa de Deauville, Biarritz o del Lido, con sus piernas al aire, ennegrecidas por el sol y por el yodo del mar, divisa el paisaje social de las avenidas, sin otra preocupación de que se transformen en una cosa seria. La seriedad se queda para los hombres rigidamente vestidos de etiqueta, cuando pierden sus fortunas, en noches interminables, sobre el tapiz verde del casino, o para las damas demasiado gordas que sudan desesperadamente, en sus millones y en sus collares falsos bailando u ntango con el *danseur mondain*, que la elegancia recomienda. Para Marcel Ver-

tés son los institutos de belleza al aire libre, entre el aroma de las mañanas del Bosque de Bolonia y las señoritas en flor que encienden su cigarrillo sentadas al volante del coche. Y en sus horas de aburrimento, la intimidad de los *boudoirs* de damas entre dos edades que leen, una sonrisa de satisfacción en los labios, las ingenuas aventuras de las libertinas de Colette o las páginas lujuriosas de Pierre Louys.

Vertés goza las teorías del mundo moderno, sin entrar nunca en casos particulares, tal como lo hace el caricaturista Sem, que ha trazado, en sus álbumes de gente célebre, el "Almanaque Gotha" de las elegancias internacionales. Para Vertés todo tiene importancia, desde el insolente *garçonne* hasta la actriz que llena con sus escándalos a tanto la noche, los ecos de los diarios, desde el niño de la vida, hasta el hombre de cabellos grises que termina su sexta o séptima juventud, cada madrugada, en medio de una docena de botellas de champaña.



En su estudio de Passy, acompañado por el perro “Willie”, un fox que es, cumpliendo con la vieja tradición canina, su más fiel amigo y su más silencioso admirador

—¿.....?

—¿Mi vida? Mi vida son mis dibujos...

—Pero usted debe de haber nacido en alguna parte, Vertés.

—Sí, por supuesto. Nací a orillas de la hermosa ciudad de Budapest. Yo debí de seguir el ejemplo de mi padre, es decir, terminar una carrera liberal. Pero la suerte me dió una hermana que André Salmón, ha llamado ‘Sor Nelly’. Su historia es la mía. Fué ella quien descubrió mi vocación de dibujante. Quizás mi sensibilidad me venga de su solicitud por hacer de mí un artista.

—¿.....?

—Mi primer contacto con el mundo de las imágenes me lo proporcionó mi viejo profesor húngaro Horwarth, quien reinventó la aviación en mi ciudad. Durante sus lecciones sólo oía hablar de aviación. Para hacernos perdonar nuestras travesuras infantiles

por él, teníamos que hablarle de aviación y durante largas horas pasábamos sentados a la orilla de la ventana, viendo el vuelo de los pájaros y oyendo, de su boca, el elogio de sus curvas a través de un cielo azul. A lo lejos, el río de las leyendas, extendía su faja luciente. Usted comprende, el mundo se me adentró con una emoción demasiado hermosa, demasiado intensa, para que yo le dejara escapar. Por eso le estaré siempre agradecido al entusiasta Horwarth. Después me vine a París, donde vivo desde hace más de 10 años, siguiendo sus crisis sentimentales y sus evoluciones caprichosas. No he hecho más que acercarme al alma de sus encantos para sentirlos. Para mí han sido siempre grandes guías los literatos, muchos de los cuales los he ilustrado en lo que tienen de más andaz dentro de la exquisitez artística. Usted conoce bien mis libros para que yo le tenga que hacer un recuento de ellos

Amontonados sobre la mesa de trabajo están las aventuras pícaras de Mme. Colette, las caricias perfectas de las amantes de Pierre Louys, algunas páginas telegráficas de Paul Morand y un sinnúmero de dibujos representando cierta almas que han sido sutilmente envenenadas por literatura.

Un teléfono suena. 5 minutos más tarde nos dirigimos a través de unas calles impresionistas, al Salón de ‘Ariagnée con el más parisiense de los dibujantes. En nuestra conciencia fermenta el más curioso panorama de la vida actual, tal como ella es vista y sentida por un hombre de otra raza y de otra sensibilidad adaptado, en forma totalmente comprensiva e interpretativa al alma de París. La lluvia borra nuestras impresiones, y parece como si penetráramos en uno de sus admirables dibujos.

El Mundo de la Pantalla

GENTE ALEGRE EN "GENTE ALEGRE"

Los actores y actrices que colaboran con Roberto Rey, Rosita Moreno y Ramón Pereda en la película "Gente Alegre", ostentan todos una nota común. Y es la de poseer una gran variedad de habilidades coreográficas y laríngeas.

Con Delia Magaña y Mario Alvarez a la cabeza, los celebrados artistas del número de variedades "Tilin y Tilón", el elenco en general es sobradamente conocido por sus tournées, hechas casi todas por separado, por los países de habla española. Entre los artistas figuran Chevo Perrin, más conocido por don Catalino, Carmen Rodríguez, Vicente Padula y María Calvo.

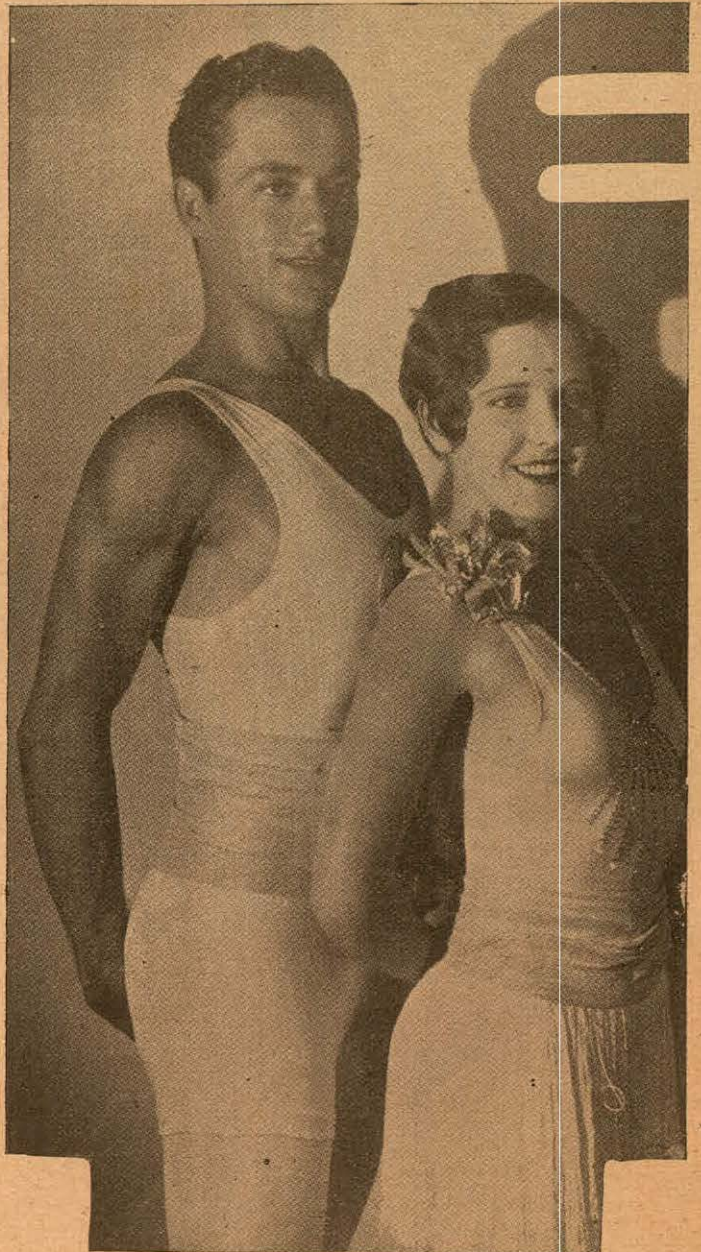
Alejándose por completo del tipo que representó en la película de Ernesto Vilches, "Cascarrabias", Delia vuelve a recuperar sus fueros, y a presentarse en la pantalla tal como la conoce el público mejicano que ha podido admirarla en su país natal. Justamente con ella, en consorcio artístico, aparece Mario Alvarez, el artista cubano que tantos triunfos ha obtenido en Broadway, y en el Club George Olsen, de Hollywood, donde recientemente ha estado trabajando. "Gente Alegre" es la película en que hace su debut cinematográfico.

Con los dos anteriores aparece el popular cómico Chevo Pirrin, en el papel de canchero del escenario, amargado por incesantes desengaños amorosos. Pirrin, que es chileno, llegó a Los Angeles al finalizar una extensa tournée por la América Latina. Bajo el nombre de don Catalino ha llegado a hacerse uno de los actores favoritos de cinematópolis.

María Calvo y Vicente Padula trabajan también en la cinta, por merecimientos de su labores previas en varias cintas hispano parlantes de la Paramount. María Calvo actúa en "Gente Alegre" de doncella de Rosita Moreno, y Vicente Padula de apoderado y administrador de Ramón Pereda, quien a su vez hace de empresario de variedades.

Entre las nuevas artistas del reparto se cuenta Carmen Rodríguez, quien desempeña el papel de la señora Morel, una respetable dama cuyo interés por la música ligera es solo comparable con su interés por los tenores de edad moza.

En las múltiples escenas de la película, que es una comedia musical, aparecerá toda una serie de actores y actrices



Charles Rogers (C) Jean Arthur, en una escena amorosa de "Entre Cielo y Mar", de la Paramount

cuyos nombres no se conocen todavía. La cinta la dirige Edward Venturini, y la adaptación al español de la obra original inglesa es obra de José Carner Ribalta.

SE NECESITARON OCHO MESES DE PREPARACION PARA FILMAR "RANGO"

Como epílogo a la hazaña monumental

de Ernest B. Schoedsak, quien recientemente regresó de las selvas de Sumatra, donde impresionó las escenas que inter-

esarios ocho meses de trabajo de documentación en el Museo de Historia Natural de Nueva York y los archivos de las diversas sociedades geográficas del país.

CENTENARIO DE MOZART

Desde hace tres años celebráronse en Viena, varios centenarios.

Se comenzó con Beethoven, conmemorándose el centenario de su muerte, el día 26 de marzo de 1927, y el año pasado se honró a Schubert, que dejó de existir un siglo antes, el 19 de noviembre. El 29 se cumplió un siglo del nacimiento del cirujano Billroth y se acuñó una moneda de dos chelines como para Schubert. El 30 fué de pausa, porque el centenario del nacimiento de Francisco José no fué considerado digno de ser celebrado en Viena, la que le debe todo al difunto monarca. El año 31, comités, festejantes, turistas, huéspedes vibran con el inmortal Wolfgang Mozart; el 27 de enero fué el 175 aniversario de su nacimiento, el 16 de marzo el 150 de su traslación a Viena, el 5 de diciembre el 140 de su piadosa muerte. Tuvieron lugar fiestas y discursos, números élvicos y conciertos. Se procedió del mismo modo que con Schubert. ¿Pero adónde están los restos de Mozart, a fin de que los de la peregrinación pueden ir a cubrirlos de flores? Sepultado en una fosa común, la osamenta del artista está esparcida; mientras la música mozartiana hacía conmoveerse a los editores y empresarios, el cráneo de Mozart, los brazos, todo el cuerpo inanimado se confundían con los miembros de otras decenas de desconocidos, de mendigos y tal vez de ladrones en la tierra del cementerio de San Marx.

Aquel período de los últimos años del reinado de María Teresa hasta los últimos de Francisco José II fué gracias a Haydn, Mozart, Beethoven y Schubert el más bello de la historia de la música en Austria. Fué, precisamente también, bajo el punto de vista de

las artes en general, el epílogo de una gloriosa época. Moría la pintura, en el año 1770, justamente cuando la Italia perdía a Juan Bautista Tiepólo.



Mozart, jovencito

Los cuatro hombres que hemos nombrado se propusieron unos y otros la divina misión, honrando y venerando cada uno de ellos a su predecesor: el purísimo Mozart idolatraba a Haydn, veinte y cuatro años mayor que él, no dejaba que se le denigrara estando él presente, y en esa época el quintodécimo Beethoven, en 1787, estuvo un domingo musical en casa de Mozart (que entonces habitaba en la Schuberstrasse, 8) y se hizo escuchar en el clavicordio. El autor ya célebre de las **Nupcias de Figaro** dijo a los amigos que se hallaban a su lado en la habitación: "Vedlo bien, porque un día hará hablar al mundo..." En presencia del titánico Beethoven, el tímido Schubert—cuya música se asemejaba tanto a la voz de resignada época decadente—se conmovía admirándolo. De los cuatro, Mozart y Schubert, tuvieron vida breve y atormentada por la necesidad: Mozart murió a los treinta años, Schubert a los treintauno apenas, uno y otro bastante pobres.



La familia Mozart: en la testera cerca de Volfang, la hermana; apoyando el cimbalo el padre

La historia de Volfang Amadeo Mozart comienza a reconstruirse por los particulares hablando desde el día de sus nupcias con Constanza von Weber, la hija del que alquilaba cuartos, que en mayo de 1871 lo había instala-

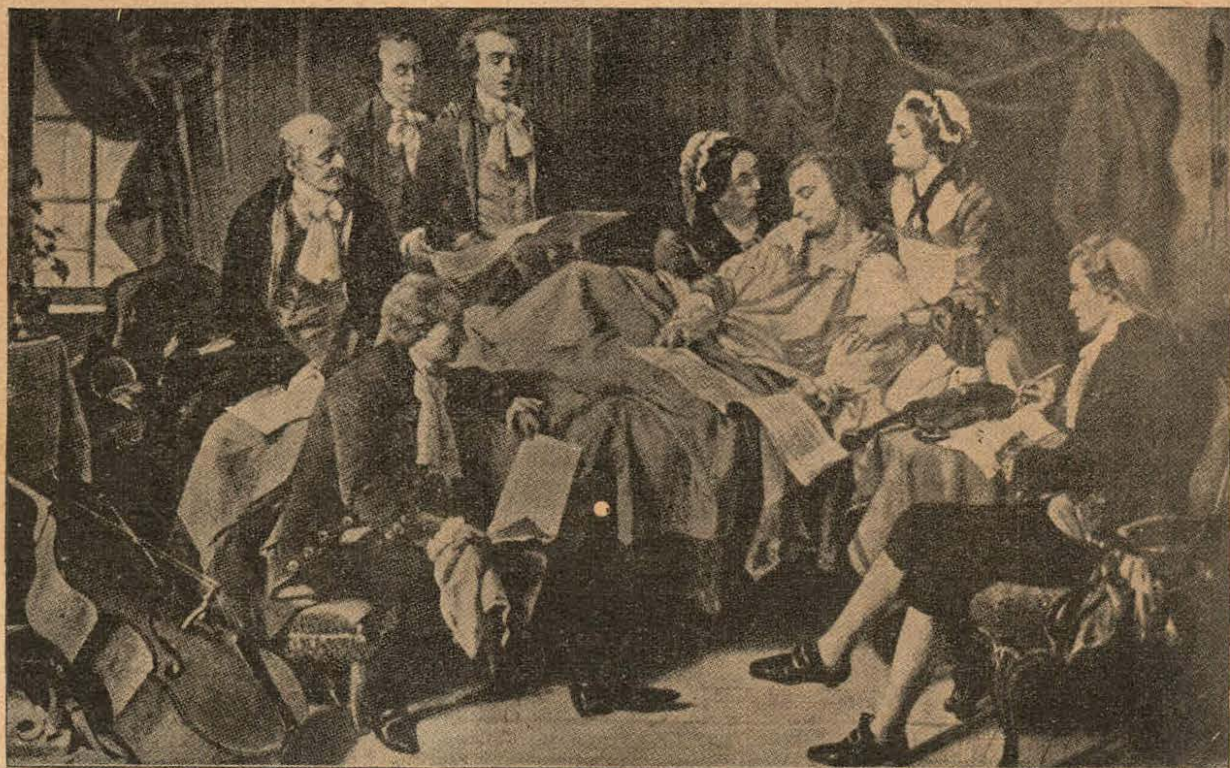
do en uno de poco valor, número 11, del Petersplatz. Tan bien se hallaba Mozart con la vida de familia, que le ofreció Weber, que se desposó con Constanza. Durante la época del noviazgo, a fin de que los murmuradores de aquel tiempo no calumniasen a la niña, se fué a habitar primeramente a Graben y después a Wipplingertrasse donde Constanza al fin se desposó con él. En Wipplingerstrasse la pareja se trasladó de la casa ya citada, a la Schuberstrasse (que es la única que todavía está en pie), por la cual el desmedrado músico se obligó a pagar una pensión anual de 460 florines, esto es, más de cincuenta mil liras oro, que es demasiado hoy y más aun en aquel tiempo. **La fuga del serrallo** nació en la casa de Weber y en el nuevo y costosísimo albergue llegó a componer varias sonatas y sinfonías, **Las nupcias de Figaro** y puso media mano al **Don Juan**, después terminado en Landstrasse, frente a la iglesia de San Agustín. **Así se van todos** y las tres sinfonías en **Sol menor**, **Mi bemol** y **Do mayor** escritas en Washringerstrasse, en ‘Cinco estrellas’. Qué diverso fué el departamento de la Schuberstrasse, el que en setiembre de 1790 (un año antes de su muerte) arrendó Mozart en la Rauphenteingasse, chico y oscuro; dos ventanas daban a un feo patio, otras dos hacia la calle, que era una de las más estrechas y angostas de Viena. Ahí se compusieron parte de **La flauta mágica** y todo lo que Mozart pudo del **Requiem** antes de volver al Creador. **La flauta mágica** fué terminada en una casita de



El niño Wolfgang a los 11 años (retrato por Van der Smisson)

campo que el empresario y libretista Schikaneder puso, con tal fin, a disposición del amigo por él usufructuado sin piedad en el suburbio llamado

Auf der Wieden, que hoy es un populoso cuartel del centro. Mientras los bastiones fueron demolidos, los fosos cubiertos para dar lugar al Ring y que



La muerte de Mozart: a la cabecera, los parientes y el músico Susmayer, al cual Mozart dió instrucciones para terminar la ‘Misa de Requiem’

surgiese la Opera, el Burgtheater, los Museos, el Parlamento y los edificios que han dado esplendor al reinado de Francisco José, la casita de Auf der Wieden la removieron y la mandaron en 1874 a Salisburgo, como donación al museo Mozart. Ahora está entre los árboles sobre Kapuzinerberg.

Mozart se quedaba en la casa y deseaba en la mesa la compañía de los amigos prontos a hacer honor a su vino y a sus manjares. A menudo vaciaba un vaso de cerveza “Zur silbernen Schlange” en la “Serpiente de plata”, una taberna en la Karntnerstrasse, desaparecida, falta decirlo, en gran parte. Un mozo de la taberna, José Deiner, le servía de **factotum**. El músico no era gran comilón. Se cuenta que en una hostería abierta, había una vez pedido una menestra, que no tocó porque estaba abstraído en sus pensamientos: diez minutos después mandó retirar la menestra y pidió carne con aderezo y tampoco la tocó, pensando siempre en su música. “¡La cuenta!”, exclamó al fin; pagó y dió la propina y salió, el estómago apenas mantuvo lo que quería. Entre sus bebidas prefería el ponche, y entre los juegos le agradaba el billar. El rodar de las billas sobre el paño verde le sugería melodías: una partida le hacía bostezar a boca cerrada, una melodía y tomaba notas sobre un pedazo de papel cuando jugaba el adversario; dejados los palos, invitó a los amigos a oír el quinteto del primer acto de **La flauta mágica**, compuesto en el momento en que Papageno, inicia sus sonidos nasales. El tema del rondó de un concierto para clavicordio le sugería a veces el ritornello



La esposa del gran músico

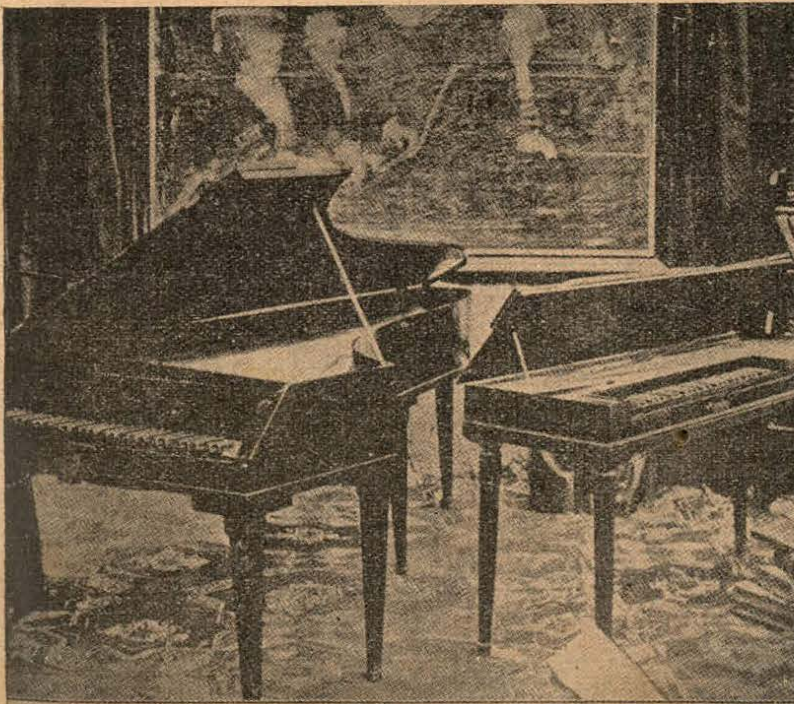
que el 27 de mayo de 1784 que había comprado por 34 kracias; el aria silbada en el pajarillo la anotó sobre el libro de cuentas y escribió en el margen: “¡Qué bella era!” Trabajaba de preferencia por la noche o en la ma-

ñana, estando en el lecho. Le agradaba vestir bien, llevar bellas cadenas de reloj, lucía encajes y danzaba, con el ímpetu de un estudiante, mostrando ser mejor bailarín que músico.

Johann Strauss, hijo, autor de los más famosos bailables vieneses no danzaba. De pequeña estatura, Mozart mostraba menos años de los que tenía, lo que le enfadaba, contrariándole que la gente fuese por este motivo a dudar de su genialidad.

Al dinero le atribuía el valor que la necesidad le mostraba; pero rehusaba discutir demasiado litigar con los editores que no respetaban los contratos y por fin procesar a los que sin tener derecho, reproducían y revendían su producción.

Mozart se enfermó después de haber terminado **La flauta mágica** para el empresario Schikaneder y la **Clemencia de rito**, encomendada por los bohemios para la fiesta de la Coronación de Leopoldo II en Praga, y mientras trabajaba intensamente en componer el famoso **Requiem**, por cuenta de un desconocido que había mandado un misterioso mensajero. Algunos años más tarde se supo quién era el desconocido comitente del **Requiem**, el conde Franz von Walsegg, que vivía con su esposa, en el castillo de Stuppach, dedicado del todo a la música. Dos veces a la semana, por tres horas, tocaba cuartetos con los músicos que pa-



Los instrumentos de Mozart, en la casa-museo de Salisburgo

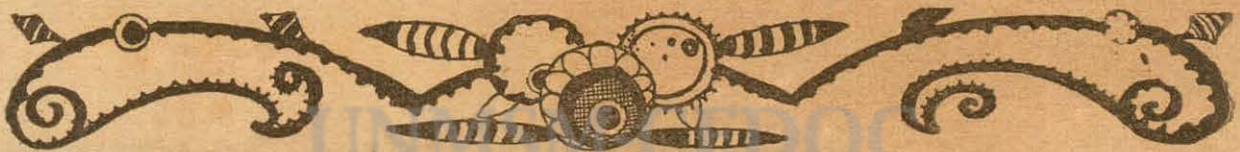
cuartetos para violín y la flauta en aquellos para flauta. Su más grande esfuerzo consistía en hacer instrumentar las partes de los otros (no la suya) de la manera más complicada posible, cuantas veces adquiría, pagándolas bien, composiciones para las cuales se reservaba todo derecho. Un manuscrito, conservado en el archivo del Musikverein de Wiener-Neustadt, nos hace conocer que después de la muerte de la esposa que tuvo lugar el 14 de febrero de 1791, el conde Walsegg, sin hacerse conocer, solicitó de Mozart, por medio de su abogado vienés doctor Sortschan, un **Requiem**, destinado a ser tocado cuando ocurriera el fúnebre aniversario. Mozart se puso a trabajar; pero pensando más que el **Requiem** lo había compuesto para sí mismo: sólo faltaba instrumentar el **Lacrimoso**, de la segunda parte, y la parte para los violines. Cuando tuvo certidumbre de su inminente fin, llamó a Franz Sussmayer que con él había a menudo tocado y cantado y discutido, además el mérito del **Requiem**, para hablarle de los criterios que le habían guiado en la instrumentación. La cuñada Sofía Haibl narra en una carta a Nicolás von Nissen (que más tarde casó con la viuda Constanza):... “Sussmayer estaba cerca del lecho de Mozart se trataba del referido **Requiem** y Mozart explicaba a Sussmayer cómo a su juicio, habría debido completarlo cuando muriese... Por último hizo con la boca como si hubiese querido expresar los timpanos en su **Requiem** y lo sintió todavía en esa forma...” El genio soberano dejó contantes sesenta florines y deudas muy superiores, vestidos, libros y utensilios que un perito avaluó después en conjunto, en cincuenta florines. No había, pues, con qué hacer los funerales. La viuda, se enfermó y como estaba aterrada por la conciencia de la miseria en que estaba sumergida se le trastornó la razón. Se buscó a los amigos: el empresario Schikaneder, que en un solo mes, había ganado con la **Flauta mágica** 8,443 florines, aprovechándose de la estrechez del autor; Alberchtsberg que tan luego como murió Mozart había hecho nombrar su sucesor en la dirección de la orquesta de San Estefano, al riquísimo barón Van den Swieten en casa del cual Mozart había por varios años dirigido los conciertos dominicales; y el mayordomo de la hostería “Zur Silbernen Schlange”, José Deiner. El humilde Deiner fué

el más solícito: vistió piadosamente al muerto con la negra camisa de la Confraternidad. Van den Swieten que por ser más rico se creía que gastaría algunas cantidades dijo que la miseria del difunto no consentía pompas ni aún modestas, por lo que, sin contradicción de nadie dispuso para una sepultura de tercera clase con el costo íntegro de 41 florines y 56 kratices: 3 para el carro que transportase los restos de san Estefano al cementerio de San Marx. Deiner, que preguntó a Constanza si no quisiese al menos hacer plantar sobre la fosa una cruz de madera, la viuda respondió que no “porque no había de haber una” ¿De quién? Creía, dijo después, del cura de la parroquia que había dado la absolución...

¿Qué triste funeral! ¿Qué frío y qué tempestad de agua y de nieve! A lo largo de la Schulerstrasse, el cortejo se dirigió por el pasaje Stubentor, la puerta de Hungría, que se abría donde hoy la Wollzeile desemboca en el Stubering. Tras el féretro, caminaban aquellos que habíamos citado, Salieri, Roser — director de orquesta del Teatro en Freihaus, donde por semanas se veía en el cartel la **Flauta mágica**— dos cuñados de Mozart, el violonchelista Orsler Deiner y otras dos o tres personas. Ya en el Stubentor el grupo se redujo a Sussmayer, Roser y Orsler; luego que bajaron de la berlina que los esperaba fuera de la puerta, los tres cerraron y después de un breve acuerdo decidieron—cuando ya comenzaba a oscurecer— entrar a la ciudad, para ir a fortalecerse a la “Serpiente de plata”, la hostería en la cual habían pasado a menudo gratas horas con el malogrado amigo. Los cuatro cuando llegaron al cementerio, colocaron el ataúd de Mozart cerca de los otros, ya dispuesto al borde de la fosa común y tomaron después, el camino del retorno. Cuando por la mañana los enterradores fueron a su trabajo, procedieron a colocar los féretros en la tumba, y de manera confusa, también, a llenar la fosa de los desechocidos con paletadas de tierra. Cuando terminaron, ninguno se cuidó de poner una cruz, una lápida o una tablita de madera con los nombres de los muertos y la fecha. Todavía en 1805, no había quien supiese adónde reposaban los restos de Mozart, y el viejo Haydn se dolía amargamente de eso, hablando con el caballero Juan von Lucam.

Poco después se dolieron de eso muchos, la viuda Constanza, en 1808 después de diecisiete años de reflexiones, se dirigió al cementerio de San Marx, para preguntarle al guardián cuál era tumba de su marido. Pero el guardián era nuevo en el lugar y aquel que estaba en 1791 con el trascurso del tiempo reunió bajo tierra a los muchos amigos. A fuerza de investigaciones en los registros, se creyó probable que la fosa de Mozart debía haber sido excavada en la tercera o cuarta fila a la derecha de la gran cruz del campo santo. Pero las tumbas de 1791, removidas muchas veces, los esqueletos mezclados habían sido, otra vez sepultado confusamente. En aquel punto próximamente indicado se ve ahora cercana a un angelito apoyado en una columna del frente, una lápida de piedra con la siguiente inscripción en oro: “W. A. Mozart 1756 - 1791”. El angelito, la columna y la lápida han sido colocados ahí hace como cuarenta años. El guardián Alejandro Kugler, fué el que tuvo esta piadosa idea de honrar la memoria de Mozart, sirviéndose de los mármoles abandonados. Un monumento del escultor Hans Gasser, levantado en San Marx, en 1859, pasó al cementerio central de Viena, en homenaje a criterios tan poco comprendidos por los artistas y los críticos, que en este año del centenario de Mozart, ya están unidos o esparcidos su retorno al puesto primitivo; ahí al menos están ciertamente los restos de Mozart, ya estén unidos o esparcidos. Y si el camposanto, debiese desaparecer, como se dice, porque en ese lugar se quiere hacer un parque, que el monumento quede al menos en pie. Constanza Mozart, nacida von Weber y muerta von Nissen, que también ha de encontrar biógrafos capaces de rehabilitarla, demostrando que fué esposa desgraciada, y no mala, su tumba en el cementerio de San Sebastián, en Salisburgo está al lado de la de su segundo compañero. Los salisburgueses no tienen en cuenta ni una ni otra, y se necesita paciencia para descifrar bajo la hierba la inscripción en la cual se ve que Jorge Nicolás von Nissen el marido de la viuda de Mozart. Escribirla fué útil, pues de otro modo el señor von Nissen, caballero de la orden de Danabrog, hubiera muerto sin que nadie lo recordase.

Italo ZINGARELLI





el diario gráfico de la mañana, de gran circulación en el país.

UNMSM-CEDOC



MADRES, CUIDAD A VUESTROS HIJOS.
NO OLVIDEIS QUE HOY EL PELIGRO MAS GRAN-
DE ES EL AGUA. POR LO TANTO QUE NADIE LA
TOME SI NO ESTA HERVIDA.
UN MEDIO ECONOMICO, RAPIDO, COMODO,
LIMPIO, PARA TENER SIEMPRE AGUA HERVIDA
ES COLOCAR UN CALENTADOR ELECTRICO THERMA.
TENDRA UD. AGUA A 90. GRADOS Y A ESTA
TEMPERATURA TODO GERMIN MUERE.
DESPUES DEJA UD. ENFRIAR ESTA AGUA Y LA DA
A BEBER A SUS CRIATURAS EN LA CANTIDAD
QUE DESEEN, PORQUE YA NO HAY PELIGRO.
PUEDE UD. COMPRAR UN **THERMA**
CON UNA PEQUEÑA CUOTA MENSUAL
TELEFONEE UD. AL 30618.
ITALO-PERUANA. PIR. SAN PEDRO. 15%.